

El
DISCIPULO
se
HACE

-no nace

como transformar a los creyentes
en discipulos



WALTER A. HENRICSEN

Prólogo de Howard G. Hendricks

El
Discípulo
se
hace
-no nace

El autor, Walt Henrichsen, es director del ministerio evangelístico mundial denominado «Los Navegantes», que tiene como objetivo poner en práctica los principios expuestos en este libro, que han dado como resultado la conversión y dedicación a la obra del Evangelio de millares de obreros voluntarios del Señor, o sea discípulos formadores de otros discípulos.

El señor Henrichsen trabajó primeramente entre los estudiantes de la Western Michigan University de Kalamazoo, y más tarde fue director regional de «Los Navegantes» en el Sureste de U.S.A., residiendo en Ford Worth, Texas. Hoy reside en la oficina central de Colorado Streets. Es casado y tiene tres hijos.

El
Discípulo
se
hace

-no nace

Walter A. Henrichsen

Libros CLIE
Galvani, 113
TERRASSA (Barcelona)
EL DISCÍPULO SE HACE —no nace

Originally published in the USA under the title DISCIPLES ARE
MADE -NOT BORN. © 1974 by SP Publications, Inc.

© 1976 por CLIE. Ninguna parte de este libro puede ser
reproducida sin el permiso escrito de los editores, con la
excepción de breves citas.

Versión española: Dr. Samuel Vila
ISBN 84 - 7228 - 046 - 2 Depósito Legal: B. 14.428 -1983

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb, A.C. n.º 265
R.G. Galvani, 115. Terrassa

Printed in Spain

Índice

Prologo Editorial	9
Prefacio	19
1. La clase de persona que Dios utiliza	
2. Jesús como Señor	
3. El coste del discipulado.	
4. Una visión adecuada de Dios y del hombre	
5. Evangelismo y el discípulo	
6. Reclutando un presunto discípulo	
7. Cómo entrenar a un discípulo	
8. Impartiendo los puntos básicos.	
9. Convicción y perspectiva	
10. Dones y llamamiento	
11. Multiplicando sus esfuerzos	
12. Escogiendo un objetivo para la vida	

Prologo editorial

A propósito del Título

Estamos acostumbrados a oír un dicho popular totalmente contrario: “El artista nace, no se hace”, y este mismo aforismo, es cierto en un terreno espiritual. Jesucristo dijo a Nicodemo: “de cierto de cierto te digo: el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios.” En el Evangelio de Juan leemos: A todos los que recibieron dioles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre, los cuales no son engendrados de voluntad de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varón, mas de Dios” (Juan 1:12). Po esto creemos que puede chocar a algunos lectores, e incluso prestarse a malas interpretaciones el título del presente libro “El discípulo se hace, no nace”, como si fuera una negación o contradicción de la enseñanza del Nuevo Testamento. Pero de ningún modo es así. El doctor Walter A. Henrichsen es el más sincero promotor de la conversión y la nueva vida en Cristo, en el sentido más estrictamente evangélico.

Estamos cansados de oír proclamar la regeneración bautismal por las grandes iglesias oficiales que suelen atribuir a los sacramentos un valor exagerado “ex opera” por más que exhortan y llaman a sus fieles a hacer eficaz en sus vidas la gracia de Dios, que según su doctrina les fue aplicada en el bautismo. A esta doctrina de los sacramentos hemos opuesto siempre los cristianos evangélicos la doctrina de la conversión, como inicio del nuevo hombre. Es el Espíritu Santo de Dios quien persuade de pecado e induce la voluntad extraviada del hombre a reconocer la necesidad de su vuelta a Dios con arrepentimiento y -fe. Solamente entonces es cuando se produce el nuevo nacimiento. La gracia de Dios no es un -favor divino administrado mágicamente mediante un rito externo, sino el contacto voluntario y directo de cualquier alma

que, sintiendo su necesidad, acepta a Jesucristo como Salvador e inicia una nueva vida de comunión con Dios, llena de fe y gratitud inextinguibles. Este milagro espiritual, realizado por Dios, pero en cooperación consciente y voluntaria del hombre, es la doctrina básica de los tiempos apostólicos y post-apostólicos; la enseñanza sacada a luz de un modo particular por la Reforma y por los grandes despertamientos espirituales de todos los tiempos.

Convertidos y discípulos

Pero hay una diferencia esencial que muchas veces ha sido confundida en la práctica y que el doctor Henrichsen trata de destacar en este libro y en su movimiento de «Los Navegantes», y es entre convertidos, la de cristianos y discípulos. Nuestro Señor Jesucristo, al proclamar la gran comisión a sus apóstoles les dijo: «Haced discípulos en todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» No les dijo: «Haced conversos en todas las naciones», y mucho menos «haced partidarios de mi doctrina», sino «haced discípulos».

*El gran error de la iglesia desde muchos siglos, es que se ha limitado a hacer «convertidos». A veces genuinamente, otras veces artificialmente, en cuyo caso los convertidos no lo son por el Espíritu de Dios, y más bien merecen el nombre de partidarios, afiliados o cualquier otro. Pero la forma original de hacer discípulos ha sido grandemente olvidada. Ha faltado en muchos casos el elemento de educación cristiana, y sobre todo el de multiplicación, limitándose miles y miles de cristianos a serlo y nada más; a cultivar su propia fe dejando la acción práctica de «ser» y «hacer» discípulos a personas especializadas, aquellas que en siglos pasados fueron llamados «clero» o «religiosos» de alguna orden, y en los tiempos modernos, después de la Reforma, a «pastores» o «misioneros». Pero ese **no** fue el **mandato de Cristo, ni fue la práctica de la iglesia en sus orígenes, pues leemos en los Hechos de los Apóstoles que «los que fueron esparcidos***

iban por todas partes anunciando el Evangelio» (Hechos, 8.4), sin distinción alguna de clero o seglares, creyentes o misioneros, pues todo el mundo se sentía discípulo-misionero a la vez. El calificativo de discípulos implica progreso y el de misioneros multiplicación. La síntesis de ambas condiciones es, por tanto, el mayor privilegio que le puede tocar a un verdadero creyente en Cristo.

¿Eres un discípulo de Cristo? ¿Tienes más práctica, más capacidad espiritual, más habilidad para cumplir la voluntad de Dios, a pesar de todas las tendencias de tu vieja naturaleza, este año que el pasado, o que hace tres años, diez o veinte?

Un título honroso

Los discípulos de los grandes maestros reciben una parte de la honra de aquéllos. Si un médico puede decir que ha sido discípulo del doctor Ramón y Cajal, del doctor Marañán o del doctor Barraquer, inspira confianza a sus clientes. Se supone que aquellos hombres tan sabios no habrían tolerado un zoquete a su lado, y que éstos recibieron secretos profesionales muy valiosos de parte de tan grandes maestros. Cada cristiano es un discípulo del más sabio, el más insigne de los maestros. No sólo son discípulos los estudiantes de seminarios o institutos bíblicos. Su discipulado allí es cultural, literario, histórico; pero todos los cristianos lo somos en el sentido en que lo eran todos los creyentes del Nuevo Testamento; en el terreno moral y espiritual. Y este es nuestro mayor título de gloria.

Me temo que muchos cristianos nunca se han dado cuenta de que son discípulos del Señor. Se consideran redimidos, hijos de Dios, herederos del cielo, pero no discípulos. Les parece que habiendo aprendido que ellos son pecadores y que Jesús es su Salvador, ya lo saben todo, y todo está ya cumplido. Pero debemos decir que esto es tan sólo la primera lección del discipulado cristiano; lección importantísima, indispensable, que cada persona debe aprender, pues es la primordial; pero después de

esta primera lección hay muchísimas otras a aprender; lecciones de fe, de amor, de humildad, de obediencia, de abnegación, de santidad, de parte de Aquel que fue el más fiel, amoroso, humilde, abnegado y santo de los maestros. Por esto es un privilegio ser su discípulo, pues:

Un discípulo de la facultad de Medicina, llegará a ser médico.

Un discípulo de la Escuela Industrial, será perito o ingeniero algún día.

Un discípulo de la Polifónica será músico o cantor.

Un discípulo de Cristo será un santo, por lejos que esté ahora de serlo.

Desgraciadamente, muchos están muy lejos de semejante realización, pero tienen, el deseo, el propósito, la aspiración que los mundanos no tienen, no sienten.

A veces he tratado con cristianos sencillos, plagados de defectos, pero llenos de buenos deseos, de fervor y de visión espiritual. Me he dicho: aquí hay la vida de Dios; estos defectos son tremendos lunares que afean a estos discípulos y debieran ser quitados; pero esta alma está en camino de progresar.

En cambio, he tenido relación con personas educadas, morales, honestas, pero indiferentes a las cosas de Dios, muertos espiritualmente. Y me he dicho: Estos son hoy como hace veinte años, y de aquí a veinte años serán igual; no han entrado en la Escuela de la fe, del amor a Dios y al prójimo, de la santidad, de la piedad.

¡Qué progreso se nota en algunos discípulos del Nuevo Testamento!

San Pedro, el impetuoso, escribe 1 Pedro 3:15 y 5:8.

San Juan, el «Boanerges», «Hijo del Trueno», se expresa en los términos de 1 Juan 4:7-8 y 20-21.

Se ha observado progreso teológico y de carácter en las epístolas de San Pablo, aunque es el mismo Espíritu quien las inspiró. Pero

el instrumento humano muestra otro carácter cuando escribió 1 y 2 Tesalonicenses que cuando escribió Romanos y Efesios. Excelentes epístolas las primeras, llenas de entusiasmo juvenil, pero había aprendido mucho más el gran apóstol cuando escribió las segundas, mucho más profundas.

¿Estamos aprendiendo nosotros en la Escuela del Señor? Las mismas caídas pueden ser beneficiosas y aleccionadoras, como ocurre con los niños. Muchos cristianos han aprendido y mejorado mucho con una caída. Asimismo son aleccionadores los contratiempos, las dificultades, los desengaños...

Ser discípulo es, sin embargo, una posición un tanto dura. Significa ser reprendido, amonestado y corregido, pero ¡qué delicioso es en cualquier oficio, arte o empeño cuando empezamos a hacerlo bien!... lo que ayer era difícil, ahora -no lo es tanto, y mañana lo será mucho menos. Tal es la experiencia que tenemos en todas las artes humanas, como andar en bicicleta, tocar el piano, trazar un dibujo o realizar ecuaciones matemáticas. Así es en la vida espiritual. Lo que ayer parecía imposible, hoy no lo es tanto, y menos mañana; hasta un día, glorioso día, cuando todos seremos maestros, todos seremos semejantes a El.

El secreto de la multiplicación

Jesús escogió particularmente a doce discípulos para que estuviesen con El todo el tiempo, a los cuales, más tarde llamó apóstoles o «enviados», pero El no limitó el discipulado a estos doce, sino que fue siempre el mayor deseo de su corazón, de que todos los que creyeran en El vinieran a ser verdaderamente discípulos suyos; que no se limitaran a ser convertidos al Evangelio que El predicaba, ni mucho menos simples partidarios de su doctrina, sino que quiso hacer de todos ellos discípulos. Esto es lo que leemos en Juan, 8:31. «Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permaneciereis en mi Palabra seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la Verdad, y la

verdad os hará libres». Sabía que El personalmente no podía atender a un número mucho mayor que los doce que había escogido; pero su amplio corazón abarcaba a todos y sabía que había ya en sus días discípulos incipientes que podían, permaneciendo en su Palabra, no solamente ser ellos mismos discípulos y progresar en el conocimiento y la fe, sino ser lo que proclama el doctor Henrichsen en este libro: «Hacedores de discípulos», practicando lo que recomendó el apóstol Pablo a su incipiente discípulo Timoteo: «Lo que has oído de mí, en presencia de muchos testigos, esto encarga también a hombres fieles que serán aptos para enseñar también a otro.» (2.a Tim. 2:2.)

*Creemos que es ésta una práctica grandemente olvidada en las iglesias cristianas y, por tanto, es sumamente necesario y oportuno el libro que nos hemos gozado en traducir **EL DISCÍPULO SE HACE, NO NACE**. Nuestro principal empeño ha de ser estimular a los cristianos a convertir a otros cristianos en discípulos fructíferos, no solamente en discípulos capaces de progresar, lo que también ha sido olvidado en gran parte, sino como destaca el doctor Henrichsen, en discípulos fructíferos, hacedores de discípulos.*

Creemos que hay una gran ventaja si la persona a la cual nos proponemos hacer discípulo de Cristo fructífero, fuese un convertido por el propio amigo y preceptor que se propone educarle para, la gran tarea. Pero no es esta siempre una condición indispensable. Algunos de los discípulos del apóstol Pablo, fueron sus hijos espirituales, convertidos por el gran apóstol de los gentiles. Al joven Timoteo le llama varias veces «hijo» por lo mucho que había recibido

el joven discípulo de la influencia de Pablo; sin embargo, le recuerda la base de su fe no fingida que había recibido el muchacho de su madre Eunice y de su abuela Loida.

Si ves, amigo lector, algún joven bien dotado en tu iglesia, lleno de deseos espirituales, pero falto de experiencia, y sobre todo de valor para ser un buen testigo a otras personas, será una de las mejores obras de tu vida el que, después de haber leído este provechoso libro, y tras de invocar y seguir la dirección del Señor, trates de entrar en especial amistad con él, ora invitándole a tu casa, o interesándote tú en sus propias aficiones, para que poco a poco vaya comprendiendo que hay motivos e intereses más altos que aquellos que posiblemente hoy le apasionan de modo que llegue a ser dentro de algunos meses un ganador de almas, porque hayas tú encendido en su pecho el fuego del discipulado y del evangelismo.

Suponte que cada tres años lograras entrenar a media docena de discípulos auto-propagadores del discipulado, como aconseja y enseña en estas sabias páginas el doctor Henrichsen, ¿te imaginas la tremenda influencia que tu presencia en este mundo habría podido desarrollar y dejar para el porvenir cuando Dios te llamara a su presencia dentro de 20, 40 o 50 años?

Sin duda, habrías de tener desengaños. Los tuvo Jesús en cuanto a uno de sus escogidos, Judas; y Pablo suspira amargas palabras de queja respecto a Demás, Alejandro, y otros. Por esto ningún hacedor de discípulos tiene que desalentarse si se encuentra con alguna experiencia similar; pero también encontrarías muchos motivos de aliento y hasta de placer y satisfacción, incluso humana, dentro de una sincera amistad con personas capacitadas, a las que tú pudieras ver progresar en los intereses del Reino de Dios. Intereses que, sin duda, ocupan ya un lugar preferente en tu corazón, pues de otro modo, creo que no estarías leyendo este libro

Habilitamiento para la eternidad

Todo discípulo en las artes humanas lo hace con un ideal, el de capacitarse para un servicio de muchos años sobre la Tierra, a

pesar de que muchas veces la muerte viene a truncar tales esfuerzos y aspiraciones. Hoy tenemos grandes obras artísticas que han inmortalizado los nombres de pintores o músicos célebres, no solamente por las obras que ellos mismos nos han dejado, sino por las de sus discípulos. Así, tenemos cuadros de la escuela de Goya, de la escuela de Velázquez o de la escuela Flamenca; esto es, artistas que imitaban el estilo de los grandes maestros de una cierta tendencia pictórica.

El cristiano piadoso y fiel, es una persona que se está habilitando para un glorioso servicio que ha de durar no tan sólo unos pocos años y dejar buenas obras, sino también un número más o menos considerable de cooperadores y discípulos, hacedores de otros discípulos, multiplicándose y extendiéndose no sabemos por cuantas generaciones, hasta que venga el Señor.

Pero todavía tenemos más, mucho más, aunque revelado de un modo muy sintético en las Sagradas Escrituras, acerca de un servicio cristiano en las alturas. El apóstol Pablo respondiendo a los discípulos que estaban siendo entrenados con grandes dificultades y muchas caídas en la ciudad de Corinto, les dice: «¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?, y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¿Cuánto más las cosas de esta vida?» Sería muy aventurado tratar de extender la imaginación sobre este pasaje, pero algo debe significar acerca de un futuro servicio de los discípulos de Cristo entrenados en este mundo. Asimismo tenemos en Apocalipsis 22:3 la expresión: «Sus siervos le servirán»; y en Efesios 3:10 la declaración: «Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.»

Sin duda que hay un servicio glorioso para los cristianos en las regiones celestiales, y ello es lo que nuestro Señor nos da a comprender cuando nos dice: «El que es fiel en lo poco, también

en los demás es fiel, y el que en lo poco es injusto, también en lo demás es injusto y si en lo poco no fuisteis fieles ¿quién os confiará lo verdadero?» Declaración que corresponde perfectamente a las palabras de bienvenida que el Señor pone en sus -mismos labios con referencia a sus discípulos fieles: «Bien buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor.» (Luc. 16:10 y Mat. 25:21.)

Todo esto nos hace presentir un servicio glorioso en las regiones celestiales. Posiblemente un servicio de discipulado, sin necesidad de regeneración puesto que no existirá el pecado, pero sí de enseñanza de exposición de experiencias a la gloria de Dios. Y es, posiblemente, para este discipulado superior que estarnos capacitándonos en nuestras actuales circunstancias, buenas o malas, agradables o desagradables; pues el Señor está templando el acero de nuestro carácter, no tan sólo para irnos pocos años de servicio en esta vida y para que podamos formar con nuestra enseñanza y ejemplo a otros discípulos fieles, sino como maestros, redimidos por gracia y discípulos del Maestro Supremo, a otros seres celestiales por toda la eternidad.

El Dr. Zoller, en su libro «El Cielo», supone que llevaremos con nosotros todo lo aprendido sobre la tierra. Algunas cosas no nos serán útiles porque las condiciones de vida estarán muy cambiadas; pero la gran mayoría de cosas lo serán. No habrá como algunos piensan «borrón y cuenta nueva» en la vida superior. Cada vez que la Sagrada Escritura nos habla de aquellas condiciones de vida nos presenta a los fallecidos como recordando las cosas de la tierra (Lucas 16:28 y Apocalipsis 6:10). La altura moral y espiritual a que lleguemos aquí, nos será muy útil allá. Sin duda que habrá desarrollo (Juan 17:26), pero la medida alcanzada sobre la tierra, sobre todo en el aspecto moral, será la gran base para nuestro superior servicio en la eternidad. ¡Vale la pena, pues, progresar en nuestro discipulado y dedicarnos con toda nuestra alma a promoverlo, multiplicándolo en otros, teniendo en cuenta

la alta posición a que hemos sido llamados en el tiempo y en la eternidad.

Tarrasa, 29 de noviembre de 1975

Samuel Vila

Prefacio

«Hacer discípulos», es el mandato del Maestro (Mateo 28:19-20).

Nosotros podemos ignorarlo, pero no podemos evadirlo.

Nuestro Señor resucitado dejó este legado, la carta magna de la iglesia y proveyó tanto el modelo como el método. Su vida y muerte cautivan las vidas de los hombres. El demostró que nada hacemos si no llegamos a cambiar las vidas de las personas.

«Seguidme», dijo a sus discípulos, y entonces les dio la seguridad:

«Y he aquí, yo estoy con vosotros siempre...» De alguna manera hemos olvidado que esta promesa no es una carta blanca, su promesa está unida a un proceso; no podemos aceptar la promesa e ignorar el proceso. Mucho de la actividad servil y frustrada de la iglesia contemporánea está vacía de significado y cumplimiento. Diversión, no educación, es nuestro programa. Los legos están desilusionados buscando manjares eternos. S. Lewis dijo: «Todo lo que no es eterno está fuera de razón.»

«*Los discípulos se hacen, no nacen*», no es una serie de seca doctrina, sino un alimento sugestivo para ser masticado. El escritor constantemente da en el clavo,

Walt Henrichsen no es un mero teórico. Asociado desde hace mucho tiempo con «Los Navegantes» —una organización dedicada a hacer discípulos— ha probado lo que dice por medio de las Escrituras y ha presentado resultados efectivos de su estudio y experiencia.

También escribe de su propia experiencia familiar, El y su esposa Leette han tenido el gozo de educar

a cuatro hijos activos en las cosas del Señor y han experimentado el dolor de perder a su hijo mayor afectado de leucemia.

Aquí está un primer libro sobre el discipulado en-comendado a aquel que quiere andar por el camino que Cristo anduvo y sostener un ministerio de multiplicación. Estas páginas llenan una

urgente necesidad en nuestra generación cuando la batalla que se libra es para ganar las mentes y corazones de los hombres. Cada cual, después que ha sido plenamente entregado será como su maestro, declaró Nuestro Señor (Lucas, 6:40). Este libro le invita a tomar Su yugo y aprender de él.

HOVAR H. H. HENRICH,
profesor de Educación Cristiana en el
Seminario Teológico de Dallas, Texas.

1

La clase de persona que Dios utiliza

Cuando Jesucristo dio voluntariamente su vida en la cruz hace dos mil años, no murió por una causa, murió para un pueblo. Durante su ministerio sobre la Tierra «ordenó a 12 para que estuvieran con El y pudiera enviarles a predicar» (Marcos, 3:14).

Poco antes de su muerte en el Calvario Jesús oró por estos hombres (véase Juan 17). En esta oración hizo El referencia, más de cuarenta veces, a sus doce discípulos.

Durante su breve ministerio sobre la Tierra, Jesús tuvo al mundo entero en su corazón, pero El vio al mundo por los ojos de sus discípulos. Antes de su ascensión les dio lo que comúnmente se llama «la Gran Comisión», según se encuentra referido en Mateo 28:19. Jesús les encargó de traer el evangelio a todo el mundo, haciendo discípulos.

Jesús tenía una visión mundial, y esperaba que sus discípulos la tuvieran también. Jesús esperaba que ellos vieran el mundo mediante los discípulos que producirían, del mismo modo que El había visto al mundo a través de sus doce apóstoles que El mismo había educado. Su misión de alcanzar el mundo entero por el uso de la multiplicación de los discípulos, no se encuentra en un

pasaje oscuro de la Biblia, es el tema que late en todas sus páginas.

Es evidente que esto estaba también en el corazón del apóstol Pablo cuando escribió su última voluntad (o testamento) a su hijo en la fe, Timoteo, diciéndole: «Las cosas que has oído de mí en presencia de muchos testigos, encarga a hombre fieles que sean capaces de enseñar también a otros» (Timoteo 2:2).

La expresión tú eres indica la importancia que tenía el ser individual para Jesús. **Cuando Jesús encontró a Pedro, le dijo, según Juan 1:42, «Tú eres Simón... tú serás llamado Cefas»** (tú eres Simón... tú vendrás a ser una roca). Cuando Jesús vio a Pedro no le vio tal como era, sino tal como sería algún día. Hay un tremendo potencial a desarrollar en la vida de un hombre.

Los adverbios «tú» y «mi», indican la importancia de la relación personal, de la mutua confianza, de la mutua confidencia y confianza desarrollada en años de trabajar juntos. Cuando Pablo escribió desde su prisión a la iglesia de Filipos, les dijo que ya que estaba imposibilitado de visitarles les enviaría a Timoteo, su hijo en la fe. En esencia lo que dijo fue: «Cuando Timoteo llegue será como si yo mismo estuviera presente.»

Muchos años antes, Pablo, había visto el potencial que había en este joven del Asia Menor, y decidió dedicarle su vida.

Encarga, sugiere transmitir algo de una persona a otra. Indica el depósito de una sagrada encomienda. Pablo está diciendo a Timoteo: «Tú eres mi discípulo, esta es la relación que existe entre tú y yo, ahora bien, transmite esto como forjador de discípulos a otros discípulos

Cuando nosotros invertimos en las vidas de otras personas, transmitimos, no solamente, lo que sabemos, sino mucho más importante aún, lo que somos Cada uno de nosotros venimos a ser como la persona con quien nos hemos asociado. Estoy seguro que si pudiésemos conocer a Timoteo y a Pablo encontraríamos que son semejantes en muchos aspectos

Más tarde, Pablo le escribió: «Pero tú has conocido plenamente mi doctrina, mi manera de ser, mi propósito, fe, paciencia, caridad, persecuciones. (2 Timoteo, 3:10-11). Esto da una sinopsis de lo que encargo Pablo a Timoteo y a su vez lo que Timoteo transmitió a otros hombres fieles.

Hombres fieles, el discipulado permanece o cae de acuerdo con estas dos pequeñas palabras. Salomón, el sabio, rey de Israel dijo: «La mayoría de los hombres proclaman su propia bondad; pero un hombre fiel ¿quién lo hallará?» (Prover. 20:6). Hombres y mujeres fieles han sido siempre pocos, pero Dios todavía los busca; pues los ojos del Señor contemplan toda la tierra para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con El» (2 Crónicas 16:9).

Enseña también a otros, aquí es donde empieza el proceso del discipulado. Nosotros estamos en la cuarta generación de este texto, la línea empieza con Pablo, luego Timoteo, después hombres fieles, y finalmente otros que sucederán por generaciones, para enseñar también a otros. Esto no puede ser hecho únicamente mediante clases escolares; implica el impartir la misma vida espiritual con una profundidad semejante a la que se transmitió de Pablo a Timoteo.

Esto es un proceso de multiplicación. Mientras los hombres fieles están enseñando a otros, Timoteo está en el proceso de levantar más hombres fieles que sean capaces de enseñar a otros también. La acción de esta multiplicación constante de discípulos constituye la única manera como la Gran Comisión de Cristo puede ser plenamente cumplida. Otros ministerios pueden apoyar este proceso, pero jamás reemplazarlo

Dawson Trotman, fundador de «Los Navegantes», acostumbraba a decir: «La actividad no sustituye la producción. La producción no sustituye a la reproducción. Cualquier ministerio en el que estemos implicados debe ser reproductivo.»

Hemos ya señalado que la clave del ministerio de hacer discípulos son los hombres y mujeres fieles. Ahora bien: ¿Cuáles son las cualidades de una persona fiel? ¿Qué cualidades de su piedad deben ser características en su vida? Consideremos mentalmente unos pocos rasgos de la persona que puede ser calificada de «fiel».

1 Es la que ha adoptado como objetivo de su vida el mismo objetivo que Dios presenta en las Escrituras.

Jesús dijo: «Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo, 6:33). Pocas veces el Señor Jesús pide a la gente que busquen algo, pero aquí sugiere que busquen dos cosas (que han de ser el doble objetivo de cada creyente), Su Reino y su Justicia.

Observad que Jesús no dice buscad dinero, o esposa, o muchas otras cosas que fácilmente ocupan nuestra atención; más bien El dice que si buscamos su Reino y su Justicia El asumirá la responsabilidad para darnos todas las demás cosas necesarias.

Un amigo mío que es abogado de una importante firma proporcionó durante tres años altos dividendos a la empresa; pero su colegas nunca quisieron tomarle como asociado. La razón es que todos aquellos hombres daban su vidas, su tiempo, su energía enteramente a la empresa, pero por qué mi amigo era cristiano no consideraba que el ser abogado a sueldo le obligara a darse tan enteramente al trabajo de la empresa. Era un magnífico abogado, y cumplía muy bien sus deberes profesionales, como lo indicaban los balances de la empresa, pero su objetivo era Mateo, 6:33. Su profesión de abogado significaba para él un medio, no un fin en sí mismo. Yo creo que es a causa de su entrega a los intereses superiores del Reino de Dios, que Dios le concedió tantos éxitos.

Cualquiera que sea vuestra vocación jamás debe ser el objetivo de vuestra vida, pues vuestra vocación, por noble que pueda ser, no

es, en última instancia, sino temporal. Las Escrituras nos enseñan que tenemos que dar nuestras vidas a lo eterno, no a lo temporal. Un hombre fiel es un hombre que ha escogido objetivos eternos para su vida.

2. La persona fiel es la que está dispuesta a pagar cualquier precio para cumplir la voluntad de Dios en su vida.

Esto es un punto crucial. Después de instruir a Timoteo que confiara a hombres fieles las cosas que el joven discípulo había aprendido de él, Pablo continúa diciéndole: «Tú, pues, sufre trabajos como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que pelea se embaraza con los negocios de esta vida, para que pueda agradar al que le tomó por soldado» (2 Timoteo 2:3-4). Habiéndose consagrado a sí mismo al objetivo divino, el hombre fiel resiste firmemente la tentación de ser seducido por las brillantes atracciones del mundo.

Permitidme preguntaros ¿hay algo entre vosotros y Dios? ¿Hay algún pequeño pecado preferido que no has querido confesar y abandonar, alguna esfera en tu vida que no has puesto bajo su control? ¿Que con respecto a tus finanzas, la cuestión no es cuánto dinero tienes en el banco, sino más bien quién tiene el poder para sacar dinero de tu cuenta. ¿Pertenece todas tus entradas financieras a Jesucristo? ¿Sabes lo que significa dar con sacrificio? Con esto quiero decir dar más que lo que desde un punto de vista humano puedes alcanzar. ¿Qué respecto a «las cosas»? ¿Juegan tus posesiones un papel extraordinario en tu vida? Pablo dice: «Pues muchos andan, acá, que son enemigos de la cruz de Cristo: cuyo fin es la destrucción, cuyo Dios es el vientre, cuya gloria es en vergüenza, que sienten lo terreno.» (Fil. 3:18-19). La Biblia dice que la gente que siente lo terreno son enemigos de la cruz de Cristo.

Todo lo que te es querido —tu familia, tu salud, tus sueños, tus aspiraciones y tus objetivos— debe ser mantenido dentro de una

mano abierta. Si deseas cumplir la voluntad de Dios para tu vida la suma total de todo lo que tienes debe pertenecer a Jesucristo. Él debe ser libre para hacer contigo y tomar de ti todo lo que Él quiera. No necesitas abrir tu mano a Dios con un sentimiento de temor, pues Dios te ama con un amor perfecto y desea tu mejor interés; pero ya hemos dicho que la persona fiel es aquella que quiere pagar cualquier precio para cumplir la voluntad de Dios en su vida.

3 La persona fiel es aquella que tiene amor a la palabra de Dios.

El profeta Jeremías dijo: «Fueron halladas tus palabras y yo las comí; y tu palabra fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí ¡Oh Jehová Dios de los ejércitos!» (Jeremías 15:16). ¿Tienes un apetito insaciable por la palabra de Dios? ¿La anhelas igual como anhelas comida cuando estás hambriento? ¿Eres sumiso a la autoridad de la Palabra de Dios, o escoges de ella lo que quieres creer y obedecer?

Un carpintero a quien yo he conocido por muchos años empleaba por término medio unas diez horas cada semana en estudio bíblico. Ese hombre nunca fue a una escuela bíblica, no es un erudito, pero para él las Escrituras tienen un lugar de prioridad. Yo creo que fue San Jerónimo el que dijo que las Escrituras son lo bastante sencillas para que un niño pueda venir a beber en ellas sin temor a ahogarse, y bastante profundas para que los teólogos puedan nadar en ellas sin tocar el fondo.

Un día estaba yo en la oficina de un cirujano. Este hombre en sus estudios profesionales había tenido que atesorar el contenido de veintenas de libros. Si yo, o cualquier de mi familia, tuviera que ser operado por él, ciertamente, quisiera que pusiera a contribución toda la ciencia que posee. Mientras estaba pensando en esto, se me ocurrió que como discípulo de Cristo, nosotros tenemos tan sólo un libro que nos es necesario dominar: la Biblia. Sin embargo, cuando digo a la gente de invertir cinco horas cada

semana en estudio bíblico y aprender de memoria un par de versículos cada semana me miran como si les presentara una demanda monstruosa.

¿Cuál es vuestra aprensión semanal de las Escrituras? ¿Tenéis un programa regular de estudio bíblico? ¿Estudiais sistemáticamente las Escrituras? ¿Es tan grande vuestro deseo por la Biblia que os es imposible satisfacerla?

4. *Tiene un corazón servicial*

Jesús una vez recordó a su discípulos que los no cristianos quieren ejercer autoridad sobre otros, y en contraste añadió: «Mas entre vosotros no será así, pues cualquiera que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y cualquiera que quiera ser principal será vuestro siervo; como el Hijo del hombre que vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mateo, 20:26-28).

El lema de la Real Academia Militar Británica es: «Servir para dirigir.» Es la misma verdad que Jesús trató de comunicar a sus discípulos cuando lavó sus pies (véase Juan 13); si, como Señor El había lavado sus pies, ellos debían también querer hacer lo mismo los unos con los otros.

Debemos tratar de reclutar a otros para bien de la propia misión de ellos.

5. *No pone su confianza en la carne.*

La Escritura destaca a menudo este principio; Pablo dijo: «Tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2 Cor. 1:9). Y en otro lugar dice «Pues yo sé que en mí (esto es en mi carne) no mora el bien» (Rom. 7:18).

La mundanalidad y el tener confianza en la carne están relacionados muy íntimamente, pues la mundanalidad puede ser definida como «vivir como si uno no tuviera necesidad de Dios».

Por ejemplo, salir a trabajar por la mañana sin emplear primero un tiempo con el Señor, significa para mí tener una gran cantidad de confianza en uno mismo. Eso es equivalente a decir «yo puedo gobernar hoy mi propia vida sin una dependencia absoluta de Dios».

Una de las maneras de determinar exactamente cuánta confianza tienes tú en la carne, es tomar del número de veces que la palabra yo entra en tu conversación. ¿Cuán a menudo hablas acerca de lo grande que eres y de las cosas que tú has hecho?

6 No tiene un espíritu independiente.

Se habla mucho hoy día acerca de «hacer lo que a uno le da la gana». En esta sociedad autoritaria en la cual vivimos la actitud general es: «No permitas a otros dictarte lo que tienes que hacer.» Sin embargo, el cumplimiento de la obra de Dios es un esfuerzo colectivo; se hace de acuerdo con hermanos y hermanas que tienen la misma mente y la misma fe. No hay lugar en la vida del discípulo para una actitud aislada, aquella actitud que dice: «Si no se hace lo que yo quiero, que no cuenten conmigo.»

Un joven me dijo una vez: «Yo escucho lo que Dios tiene que decirme; pero no estoy dispuesto a dejarme mandar por otras personas.» Tener tal actitud es vivir altamente engañado. La gente es, a menudo, instrumento de Dios para comunicarse con las demás personas. Dios está buscando gente fiel que quiera someter sus propias ideas por amor al grupo.

7. Tiene amor a la gente

El apóstol Juan dijo: «En esto consiste el amor; no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados» (Juan 4:10). Ser piadoso es venir a ser como Dios, ser como Dios es amar a otras personas, porque Dios las ama.

Recuerdo haber leído en un cartel de humor el siguiente chiste: «Yo amo al mundo, pienso que el mundo es magnífico, es a la gente que no puedo sufrir.» Sin embargo, la gente es la razón porque Jesús entró en la historia humana; El vino a redimir a la gente es el significado del Evangelio. El discípulo es una persona que presta atención a las vidas de otras personas. La persona fiel tiene amor para los demás.

8. No permite ser atrapado en espíritu de resentimiento.

El escritor de la carta a los Hebreos nos advierte de velar, no sea que caigamos de la gracia de Dios porque «alguna raíz de amargura brotando os impida, por la cual muchos sean contaminados». El contexto de este versículo se refiere a dar y recibir represión. Muchas personas han quedado resentidas porque al la verdad para recibir a una corona corruptible, pero nosotros incorruptible. Así que, yo de esa manera corro, no como a la aventura, de esta manera alguien ha señalado una falta en su vida, lo que les hace tomar la actitud «¡Oh! qué se piensa que es este fulano que osa hablarme de mis faltas; ¿Por qué no se quita la viga de su propio ojo antes de tratar de quitar la pequeña paja del mío?

Como joven cristiano recuerdo haber oído a alguien predicar sobre este versículo, o escribir en el margen de la Biblia: «La amargura viene como resultado de un maltrato real o supuesto.» Alguien puede agraviarte efectivamente o puede que tú pienses que alguien te ha agraviado. En ambos casos, si no pones cuidado, puedes producir en ti espíritu de amargura o rencor.

Un cristiano prudente me dijo una vez: «Yo nunca permitiré que otra persona arruine mi vida haciéndome que le aborrezca.» La raíz de amargura viene por un espíritu competitivo, un rompimiento de comunicaciones entre ti y otros compañeros cristianos. Yo creo que hay más discípulos que han venido a ser inefectivos en la vida cristiana a causa de alguna raíz de amargura,

que por cualquier otro pecado. Los cristianos fieles guardan sus corazones sanos en esta crítica esfera

9. Aprende a disciplinar tu vida

Uno de los pasajes de la Escritura más significativos que conozco fue escrito por el Apóstol Pablo: «¿No sabéis que los que corren en el estadio todos a la verdad corren, más uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis.

Y todo aquel que lucha de todo se abstiene; ellos a la verdad para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que yo de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea qué habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado» (1.a Cor. 9:24-27).

Un día yo me senté a meditar sobre lo más horrible que pudiera ocurrirme como cristiano. La conclusión a la cual llegué fue, si cuando yo muriera Dios me tomaría aparte y me diría «Henrichsen, déjame mostrarte lo que podía haber sido tu vida si tan sólo hubieses hecho lo que yo te pedí; si tan sólo me hubieses sido fiel; si tan sólo hubieses disciplinado tu vida, haciéndola de verdadero valor, tal como yo quería que fuese».

¿Habéis aprendido la disciplina? ¿Habéis aprendido a decir no a la tentación? Puede que se trate de un hábito que habéis sido incapaces de vencer. Sabéis que el Espíritu de Dios quisiera que obtuvierais la victoria, pero no habéis hecho nada para conseguirlo razonando de la siguiente manera: «Si Dios quiere quitarme este hábito tendrá que darme poder para hacerlo.» Aunque esto es verdad, es un modo de evitar la cuestión, porque Dios nos ha dado ya el poder, pues nos ha sido concedido por el Espíritu Santo. Todo lo que necesitas es apropiártelo y tal apropiación requiere disciplina. Nunca culpes a Dios por tu falta en hacer lo que es justo.

Supón que es la tarde que tú sueles dedicar a estudio bíblico, pero descubres que a aquella hora se da uno de tus programas favoritos en la televisión, así que piensas hacer el estudio bíblico alguna otra vez. No solamente pierdes el estudio bíblico, sino que vas a dormir muy tarde. Tan tarde, que no eres capaz de levantarte a la mañana siguiente para tener el tiempo de comunión a solas con el Señor antes de salir a tu trabajo.

No se trata de una o dos veces que realizas tal sustitución, el problema es que una vez has sido capaz de llevarla a cabo es muy fácil repetirlo una y otra vez. Siembras un pensamiento y cosechas un acto, siembras un acto y cosechas un hábito, siembras un hábito y cosechas una eternidad.

Es evidente que una persona no viene a ser «fiel» siéndolo en un fin de semana. La persona fiel es la que aplica las Escrituras a todos los aspectos de su vida. La vida del discípulo es una vida de disciplina. Estas dos palabras vienen de una misma raíz. Un discípulo es una persona disciplinada. Tal clase de vida no es fácil, pero Dios no nos ha prometido que lo sería. Que no es fácil puede verse claramente por el hecho de que son tan pocas las personas fieles hoy día.

La medalla de oro la consigue el atleta que ha trabajado duro, que ha aprendido la disciplina, que ha aprendido a decir no a mil distracciones que se cruzan a su vida personal, el que tiene un objetivo claro y definido y ha resuelto en su propia alma mantenerlo hasta que lo cumpla. Esta es la clase de persona que Dios utiliza

2

Jesús como Señor

Uno de los empleados de la oficina de «Los navegantes» es un nativo de Jamaica. Hace algunos años trabajaba por una compañía platanera cerca de su ciudad de Kimpton, en Jamaica. Se portaba tan bien en la compañía que un día uno de los ejecutivos le invitó a su oficina para discutir su futuro.

Después de asegurarse de las facultades que el joven tenía le dijo: «Tú tienes un gran futuro en nuestra compañía, con excelentes posibilidades de una rápida promoción; pero nosotros estamos buscando hombres entregados. Si has de tener éxito, quiero que sepas que tendrás que dar tu vida por las bananas.» El joven pensó un poco acerca de esto y decidió que no podía firmar un contrato que significara dar su vida por bananas.

El señorío de Cristo significa dar a Jesucristo el número uno sobre todas las «bananas posibles» en tu vida. Este capítulo trata de cuatro aspectos de lo que significa hacer a Cristo Señor de nuestras vidas.

1. El hecho de que Jesús es Señor, lo queramos o no
2. Razones por las cuales no queremos reconocerle como Señor.
3. Lo que significa reconocerlo como Señor.
4. Por qué Jesús quiere ser Nuestro Señor.

Consideremos estos cuatro puntos uno a uno.

Jesús es Señor, lo queramos o no

Jesucristo es el Creador de todas las cosas y por la palabra de su poder «todas las cosas subsisten». «Porque en El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para El. Y es antes de todas las cosas y todas las cosas en El subsisten. Y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, el que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia» (Colosenses 1:15-18).

¿Has considerado alguna vez cuan poco de tu vida controlas tú mismo? ¿Decidiste cuándo tendrías que nacer, o qué padres tendrías o en qué país nacerías? ¿Decidiste el color de tu piel, de tus ojos, de tu cabello; decidiste algo acerca de tu inteligencia, de tus dones o tu talento? ¿La estatura que tendrías la determinaste tú, o tu fisonomía; si serías guapo o feo? La respuesta a todas estas preguntas es no. En cada una de esas esferas y en muchas más, tú no has tenido parte; tu voto no contó absolutamente para nada.

Entonces ¿hasta qué punto ejerces tu control? La biblia declara que tú controlas una parte muy pequeña, pero importante de tu vida, que se llama tu voluntad. El señorío de Cristo tiene que ver con tu voluntad; implica sometimiento a Jesucristo. Significa que Jesús es Señor de todo lo tuyo; no sólo de una parte. Al hacer esta decisión de la voluntad recuerda que Él tiene ya el control de la mayor parte de las cosas que a ti se refieren, sea que te guste o no.

Por qué no queremos reconocer a Cristo como Señor

Aunque cada persona tiene sus propias razones para no reconocer a Jesús como Señor, algunas razones se repiten con demasiada frecuencia.

1. Puede que Él nos pida algo que no queremos hacer.

Por supuesto que esto ocurrirá. Si así no fuera no habría ningún objetivo en nuestra vida. Cuando tú haces a Jesucristo Señor de tu vida puedes contar con que El pedirá cosas que no puedas hacer. Abraham no quería ofrecer a Isaac en sacrificio. Moisés no quería ir delante de Faraón; José no quería pasar aquellos años en la prisión; Jesucristo mismo no quería ir a la cruz.

A nadie le gusta la cruz; a nadie le gusta morir; a nadie le gusta negarse a sí mismo; pero esto es lo que significa el señorío. Un discípulo es una persona disciplinada; una persona que dice no a algo que él quiere con preferencia a lo que su señor quiere. La disciplina del discípulo no trata de gratificarse a sí mismo cumpliendo siempre sus propios deseos.

Cuando Jesucristo es Señor de tu vida cada esfera de ella estará bajo su jurisdicción. Tus pensamientos, tus actos, tus planes, tu vocación, tu tiempo libre y el ideal de tu vida. Todo está bajo su señorío.

2. Nosotros pensamos saber lo que es mejor para nosotros. Nada más lejos de la verdad. Un niño dejado solo se mataría a sí mismo, podría comer cosas que no le convienen, o correr por las calles e ir a parar debajo de los coches o meterse puñados de arena en la boca, o herirse con un cuchillo o jugar con cosas igualmente peligrosas. Los padres deben velar constantemente sobre su hijito. De ese modo podemos decir que el padre es señor de la vida del niño. Efectivamente la ley requiere que sea así y cuando el padre rehúsa ejercer tal señorío tiene que hacerlo el juez. Cuando alcanzamos la madurez física creemos que las cosas cambian de repente, aquí está nuestro error. Un niño dejado a sus anchas probablemente se dañaría a sí mismo; del mismo modo los adultos dejados a nosotros mismos nos dañamos. Las estadísticas revelan que más gente muere cada día de accidentes de automóvil que de cáncer y ataques de corazón juntos. Un

grupo de científicos ha advertido que los Estados Unidos tienen bastante poder atómico para destruir cada ser humano que vive sobre la faz de la tierra; o sea el equivalente de una grande maleta de viaje llena de dinamita para cada hombre, mujer o niño que vive actualmente en el mundo. Sin contar con el poder atómico que tienen otras naciones.

¿Os habéis parado a pensar en el hecho de que tenemos que alquilar policías para vigilar que no nos dañemos unos con otros? Sin embargo tenemos la audacia de decir que sabemos lo que es mejor para nuestras vidas.

3. No estamos seguros de que Dios se preocupe de lo que es mejor para nosotros.

Si Dios quisiera perjudicarnos, ¿imagináis lo que podría hacer? Si quisiera hacernos desgraciados y llenarnos de dificultades podría hacer la vida absolutamente intolerable. Puede argüirse que Dios no quiere meterse en nuestras vidas, pero es ridículo decir que quiere perjudicarnos.

Sin embargo, no podemos pretender que Jesucristo no quiera preocuparse de nuestras vidas. El mismo hecho del señorío, que hallamos tan frecuentemente mencionado en el Nuevo Testamento, se refiere a que Él quiere tener que ver con nuestra vida. Escuchad lo que decía Dios al pueblo de Israel por medio del profeta Jeremías: «Pues yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dijo el Señor, pensamientos de paz y no de mal para daros un futuro y una esperanza» (Jeremías 29:11, traducción según la Biblia Viviente).

Lo que significa reconocerle como Señor

Las consecuencias de reconocer a Jesucristo como Señor son fácilmente vistas en la oración que enseñó a sus discípulos: «Vosotros pues oraréis así:

Padre nuestro que estás en el cielo; santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino. Sea hecha tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan cotidiano; y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos guíes a tentación más líbranos del mal. Pues tuyo es el reino, el poder y la gloria, por todos los siglos. Amén» (Mateo 5:9-13).

Observad que la oración empieza con *Padre nuestro*. Jesús no nos enseñó a decir: «Padre mío», sino «Padre nuestro». El discípulo debe saber identificarse con la gente con quien convive; el discípulo no es alguien que ha llegado a la meta por el contrario, es un aprendiz, un peregrino, uno que se halla en el período de prueba para hacer de su vida lo que Dios quiere que sea. Por tanto debe entender las necesidades y fragilidades de la gente.

Santificado sea tu nombre. Jesús no oró que su nombre fuera santificado, sino que lo fuera el nombre del Padre. Reconocer su señorío significa rendir, someter nuestro nombre a Él.

¿Estás interesado en hacerte un nombre? ¿Estás deseoso de ser reconocido y honrado por la gente? ¿Es el ideal de tu vida servirte a ti mismo, hacerte un gran descubridor científico, un hombre afortunado en los negocios, casarte con alguna persona importante, es decir, algo que te dé conocimiento y fama? Tener a Jesús como Señor significa desear que su nombre, no el tuyo, sea alabado.

Venga tu reino. El propósito de Dios es gobernar la tierra exactamente como gobierna el cielo.

Él está en el proceso de edificar su reino ¿Estás tú trabajando sin descanso para edificar el reino de Cristo o estás tratando de construir tu propio pequeño reino? Tu iglesia, la clase de tu escuela dominical, tu consejo de diáconos o ancianos, tu programa misionero o de construcción, ¿son éstas las cosas que reclaman tu atención o puedes decir, con toda integridad, que es el reino de Cristo el que estás procurando construir?

Una manera de buscar el reino de Dios es mediante la evangelización; trayendo hombres «de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios». ¿Estás tú activamente implicado en el evangelismo? ¿Cuántos no cristianos sabes que te considerarían un amigo íntimo?

Sea hecha tu voluntad. Observad otra vez que el Señor Jesús no dice sea hecha «mi voluntad», sino «Tu voluntad».

Este es el mismo pensamiento que Jesús expresó cuando dijo: «No puede hacer nada de mí mismo, sino que como oigo juzgo, y mi juicio es justo porque no busco mi voluntad, sino la del Padre que me envió» (Juan 5:30).

No puedes orar diciendo: «Sea hecha tu voluntad», a menos que estés activamente interesado en buscar la voluntad de Dios para tu vida y en cumplirla. Empieces por donde empieces, lo que sabes por medio de las Escrituras es la voluntad de Dios. Si haces esto, el Espíritu Santo te hará claro con toda fidelidad los puntos sobre los cuales no estás seguro.

Danos hoy nuestro pan cotidiano. Podemos verdaderamente orar esta oración si nuestra actitud es «todo lo que tengo viene de, y pertenece a Jesús». De otro modo, ¿por qué pedir una cosa que «nos viene de por si sea como sea»? Pablo lo pone de esta manera: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y que no sois vuestros? Pues comprados sois por precio, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1. Cor. 6:19-20). Porque Jesús te compró al precio de su sangre no eres tuyo. Perteneces a Él. El señorío significa reconocer este hecho y someter a El todo lo que eres y todo lo que esperas tener. Cómo piensas de las cosas propias que consideras preciosas? Puede ser tu juego favorito de cristal o de vajilla; puede ser tu equipo de sport, tu estéreo o tu automóvil. Sea lo que sea pregúntate a quién pertenece. Si verdaderamente pertenece al

Señor Jesucristo, entonces por supuesto no te importará que Él lo use como lo considere mejor.

Y perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Jesús nos enseña aquí a pedir: «Señor, yo quiero que tú me perdones del mismo modo que yo perdono a otros.» ¿Puedes decir esto? ¿Podrías hacer un trato con Dios para que Él te perdonara en la misma proporción que tú perdonas a otros?

El señorío significa una entrega mutua; un compromiso no sólo de recibir, sino de dar. La gracia es la buena voluntad de Dios entregándose a sí mismo totalmente por nosotros; el señorío es nuestra voluntad de entrega totalmente a Dios. Cada cual quiere que Dios se consagre a El totalmente, pero pocos están queriendo consagrarse ellos mismos totalmente a Dios.

Y no nos metas en tentación. Aquí Jesús está orando que el Padre no nos lleve a situaciones en las cuales podamos ser tentados. Hay muchas tentaciones en la vida que no son malas en sí mismas, pero que pueden proveer oportunidades a Satanás para vencernos. Jesús no sólo dijo «no nos metas en pecado», sino «no nos metas en tentación». El orar así significa que no queremos rendirnos a cosas dudosas. No sólo no quiero rendirme a las cosas pecaminosas, sino tampoco a aquellas que pueden inducirme a la tentación.

Cada uno sabe cuáles son esas cosas. «Hacer a Jesús Señor de tu vida significa que quieres dejarla de lado.

Líbranos del mal. Esta es la misma oración que el Señor Jesús ofreció para sus discípulos la noche de su Pasión (véase 17:15).

El señorío implica el reconocimiento de que no hay otro camino para pelear nuestras batallas. Cristo y sólo Él debe guardarnos, nadie puede hacerlo por su propia fuerza y ganar. Aun Jesús sólo pudo derrotar a Satanás al precio de la cruz.

Santiago, el hermano de Nuestro Señor Jesucristo, lo pone de esta manera: «Por tanto someteos a Dios. Resistid al diablo y él huirá de vosotros» (Santiago 4:7).

El diablo huirá de nosotros si hacemos dos cosas:

1. Someternos nosotros mismos al Señor.
2. Resistirle en la fortaleza del Señor.

¿Por qué quiere Jesús ser Nuestro Señor?

¿Por qué quiere Jesús molestarse a estar implicado en nuestras vidas? ¿Por qué no nos deja simplemente en nuestra desgracia? Este es uno de los grandes misterios de la Biblia. Pero las Sagradas Escrituras expresan muy claramente que El nos ama y quiere mezclarse en nuestras vidas, El quiere ser Señor de nuestra vida. Cuando yo miro a mi propia propensión al mal, debo confesar que éste es un pensamiento asombroso.

Conozco a un comerciante de la ciudad de Oklahoma que usa un pequeño aeroplano para viajes de negocios, porque viaja a muchos puntos aislados del país, estaba volando una vez sobre un terreno montañoso cuando vio a un automóvil tratando de adelantar a un gran camión; era evidente que el conductor estaba extremadamente impaciente por adelantar al camión. Una y otra vez se introducía en la otra línea y tenía que volver a la que había dejado. Mi amigo decidió quedarse atrás y observar; cada vez que el pequeño automóvil trataba de pasar al camión se encontraba con una línea cerrada o curva o a otro coche que venía en sentido contrario. Mi amigo desde su aeroplano podía ver muchas millas de distancia y pensó: *si tan sólo yo pudiera entrar en comunicación con el conductor del automóvil podría decirle cuándo es seguro pasar y cuándo no lo es.*

En esta grande aventura de la vida nosotros no podemos ver los peligros que están delante nuestro, las curvas del día de mañana o las colinas que tenemos para la semana próxima, por consecuencia no estamos seguros de lo que tenemos que hacer.

Porque Jesucristo es Señor de todo, y ve el fin desde el principio, El lo sabe.

Su voluntad para ser Nuestro Señor revela su deseo de estar en comunicación con nuestras vidas, de modo que pueda decirnos cuándo es oportuno ir adelante y cuándo es mejor no movernos. ¿No sería extremadamente insensato desechar tan benigna oferta?

3

El costo del discipulado

Hace varios meses un hombre de negocios y yo estábamos comiendo juntos. Durante la comida le pregunté cuál era su preocupación principal. Respondió que era la manera de calcular el coste en su empresa. Esto significa calcular que el coste de fabricación de sus productos no fuera mayor que el precio a que se vendía incluidos todos los gastos.

Aunque no pude entender completamente sus cálculos comprendí que quería decir que si un producto costaba, incluyéndolo todo, 5 dólares y era vendido por 4.50, pronto la empresa tendría que cerrar el negocio. A la vez que me sonreía sobre tales ideas pensé cuánto el beneficio de ser cristiano excede el coste. Prácticamente el discipulado ha sido designado por Dios para nuestro mejor interés. No tiene el objetivo de «ayudar a Dios en su obra», sino más bien «ayudarnos a nosotros».

Dios no necesita nuestra ayuda, somos nosotros que necesitamos la de Dios. El discipulado fue designado por Dios a fin de darnos la ayuda que necesitamos. Una primavera, cierta familia de cinco personas estaban viajando por Georgia en un Volkswagen. Era tarde y llovía tanto que apenas podían ver a 100 pies de distancia en la carretera. Al proseguir su viaje con todo cuidado se dieron cuenta de un hombre y una mujer que viajaban a pie debajo de la lluvia. Pararon y les preguntaron si podían ayudarles en algo. Dándose cuenta entonces de que la mujer llevaba un bebé en sus brazos. Esta dijo que vivía en una ciudad a varias millas, pero la

tempestad había causado un corto circuito en su casa ocasionando un incendio que la había destruido hasta los fundamentos. Habían, escapado con dificultad salvando sus vidas y estaban viajando a la ciudad próxima distante unos 10 km. para ir a casa de una hermana que allí vivía, hasta que pudieran rehacer su hogar. Simpatizando con la desgracia de esta familia y puesto que no había lugar para ellos en el Volkswagen su dueño puso 20 dólares en la mano de la pobre mujer y prosiguió el viaje. Apenas había corrido un par de millas detuvo el coche y preguntó a su familia: ¿Cuánto dinero tenéis? Juntaron sus recursos y eran un poco menos de 100 dólares. El caballero volvió atrás hasta encontrar al matrimonio, que todavía estaban andando. ¿Tenéis el dinero que os di?, le preguntó. Muy sorprendida la pobre mujer dijo: —Sí, lo tenemos. —Entonces, dádnoslo.

Perpleja, la mujer abrió su monedero, sacó los 20 dólares y se los entregó. El hombre los juntó al dinero que había antes recogido y se lo devolvió todo junto, diciendo: «Nuestra familia quiere que tengáis todo esto.»

Cuando oí por primera vez esta historia pensé ¡qué ilustración tan acertada de cómo Dios nos trata! Nuestro Señor nos da muchos dones preciosos. Luego viene y nos dice: «Quisiera que me los dedicarais.»

Entonces los junta con sus recursos ilimitados y nos lo devuelve todo junto.

El discipulado es nuestra oportunidad para alcanzar los recursos infinitos de Dios. Es nuestra oportunidad para darles un alto significado a nuestras vidas, mediocres. En el discipulado no estamos haciendo nosotros un favor a Dios, Él nos lo hace a nosotros. Es vital que el discípulo comprenda este importante concepto.

Sin embargo, Jesús nos advierte también acerca de la necesidad de pesar el coste del discipulado y pesarlo bien, pues el discipulado nos costará algo. Nos costará nuestras vidas; pero los

resultados son infinitamente grandes, tan grandes que sería la mayor locura rechazar tal oferta.

Vengamos al capítulo 14 de Lucas y notemos algunos principios del discipulado tal como Jesús nos lo presenta.

Vers. 1: «Y aconteció un día de reposo que habiendo entrado para comer en casa de un gobernante, que era fariseo, éstos le *acechaban*.» Doquiera que Jesús iba los ojos de la gente estaban sobre Él. Pretendía ser diferente, había declarado ser el autor de un nuevo camino de vida. Él dijo: «Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia.» (Juan 10:10). Y a causa de sus singulares manifestaciones el pueblo vigilaba cada uno de sus movimientos para ver si sus pretensiones eran genuinas.

Lo que ocurría al Salvador es cierto para todas las personas piadosas. El cristiano «seguidor de Cristo» es un embajador de Jesucristo. Como discípulos suyos nosotros pretendemos estar en contacto con la realidad; o sea con Dios mismo y en consecuencia el mundo nos vigila.

Nuestro Señor vivió siempre según su principio, nunca según sus circunstancias. ¿Lo hacemos así nosotros, discípulos suyos? ¿Vivimos según nuestras circunstancias o según nuestros principios?

Su coche se hace viejo, como todas las cosas que se gastan y está empezando a causarle problemas. Ha venido el tiempo de cambiarlo, así que usted hace su propuesta al vendedor, éste le mira la cara y dice: «¿Qué tiene su coche?» Usted tiene ahora que vivir según su principio o según su circunstancia ¿Le dirá usted la verdad, o dirá una mentira? El discípulo es una persona que en todas las esferas de su vida determina de acuerdo con la Biblia lo que es justo y lo que no lo es y vive según este principio; no permitiendo que las circunstancias sean las que tracen su conducta.

Vers. 2: «Y he aquí había delante de Él un cierto hombre hidrópico.»

Jesús estaba constantemente en contacto con los necesitados; éstos siempre estaban delante de Él. .Muy raramente, alguien, durante el ministerio personal de nuestro Señor, vino a El en busca de ayuda y fue despedido sin ella. Jesús pareció negarse a la mujer sirio fenicia; pero aún en este caso ella obtuvo lo que necesitaba.

Otro gran principio del discipulado aparece ahora; *El discípulo es alguien que está en constante contacto con gente necesitada.* ¿Cómo discípulo de Jesús está usted siempre en contacto con las necesidades de la otra gente?

Vers. 8-10: «Cuando fueres convidado por alguno a bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él y viniendo el que te convidó a ti y a él te diga: Da lugar a éste y entonces comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres convidado ve y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: amigo, sube más arriba; entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa.»

Jesús está en casa de uno de los gobernantes fariseos, es el tiempo de la comida y la gente empieza a rodear la mesa ocupando los mejores asientos; observando esto El aprovecha la ocasión para enseñar este principio.

Cuando vienes a la mesa no tomes el asiento de honor, para que cuando el que te invitó venga no tenga que pedirte que vayas a un lugar más bajo, esto le haría sentirse a él muy incómodo, los otros convidados lo estarían también y nada digamos de cómo te sentirías tú.

Más bien —dice Jesús—, cuando vas a la mesa siéntate en el lugar más humilde, entonces, el que te convidó, comprendiendo que tú eres un huésped más honrado te hará cambiar de lugar y pensará de ti: *«Qué hombre más humilde es»*; y al ser cambiado del último lugar al primero, quedarás honrado ante todos los que lo vean.

Jesús está tratando de dar una enseñanza que resultará en tu favor.

Una lección importante para el discípulo aparece en estos tres versículos, *que los mandamientos de Dios nunca son caprichosos o arbitrarios, sino que están designados para lo mejor en favor nuestro*. Dios no está en el cielo pensando: «¿Cómo podrá hacer miserable la vida de estas criaturas mías?» Sino que está pensando: ¿Cuáles son las directrices que puedo dar a mis hijos a fin de enseñarles a vivir la vida en su mayor plenitud? Las leyes y los mandamientos de Dios están destinados a ayudarnos, no a impedirnos, a hacernos felices y cumplidos. Fueron escritos para librarnos de dificultades. Si el discípulo puede aprender esta lección muchos de los problemas en su vida quedarán resueltos.

Vers. 11: «Pues el que se ensalza será muy humillado; y el que se humilla será ensalzado.»

Del mismo modo que en el juego de fútbol hay los jugadores de reserva así lo hace también Dios. Aquí hay una verdad muy sencilla: Nuestros apetitos y deseos innatos no son malos en sí mismos, sino que son creados por Dios. Vienen a ser malos cuando buscamos satisfacerlos o cumplirlos de una forma antiescritural.

No hay nada de malo en querer ser ensalzado o en querer ser el primero o ser libre o ser un líder, lo que Jesús dice es que esto debe ser satisfecho en su propia manera. El secreto para ser el primero es ser el último, la clave para vivir es morir, la clave para ser libre es ser esclavo de Cristo. La clave para ser un líder es ser un servidor, la clave para ser exaltado es vivir una vida caracterizada por la humildad.

Todo el mundo quiere vivir, pero nadie quiere morir, todo el mundo quiere ser libre, pero nadie quiere ser esclavo, todos quieren obtener, pero pocos quieren dar. Aquí es precisamente donde entramos en conflicto con Dios. Él creó el mundo. Él nos

hizo, El hizo la vida, hizo las leyes por las cuales debemos vivir nuestras vidas.

A menudo queremos los resultados que Dios promete, pero no queremos pagar el precio y en nuestras pequeñas mentes pensamos que seguramente debe ser posible obtener ser primero sin ser el último; vivir sin realmente morir; y así nos esforzamos para hacer un cortocircuito en las reglas del juego de la vida. Pero la Biblia nos enseña que cuando tratamos de hacer un atajo en tales reglas, producimos un cortocircuito en todo el sistema. De ningún modo una persona puede obtener vida sin morir, el discípulo es alguien que ha aprendido esa gran verdad y vive su vida de acuerdo con ella.

Vers. 15-24: «Y oyendo esto uno de los que juntamente estaban sentados a la mesa, le dijo: Bienaventurado el que comerá pan en el reino de los cielos. El entonces le dijo: Un hombre hizo una grande cena y convidó a muchos. Y a la hora de la cena, envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya está todo aparejado. Y comenzaron todos a una a excusarse. El primero le dijo: He comprado una hacienda y necesito salir y verla; te ruego que me des por excusado. Y el otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos: ruégote que me des por excusado. Y el otro dijo: Acabo de casarme y por tanto no puedo ir. Y vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de la familia, dijo a su siervo: Ve presto por las plazas y por las calles de la ciudad y mete acá a los pobres, los mancos y cojos y ciegos. Y dijo el siervo: Señor, hecho es como mandaste y aún hay lugar. Y dijo el señor al siervo: Ve por los caminos y por los vallados y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena.»

Mientras Jesús estaba comiendo en casa de este rico fariseo con sus convidados, uno de ellos, lleno de entusiasmo, rompió a decir «Bienaventurado el que comerá en el Reino de Dios». Jesús

entonces procede a contar la parábola de la gran cena. Esa parábola se refiere evidentemente al Reino del cielo. Al gran festín de Dios el Padre y el Señor Jesucristo. ¿Por qué habría nadie de desechar una invitación a comer en la mesa de Dios? ¡Si solamente hubiesen comprendido quién estaba extendiéndoles la invitación! Pues como dice Pablo: «Ninguno de los príncipes de este mundo lo conoció, pues si lo hubiesen conocido no hubiesen crucificado al Señor de la Gloria» (1. Cor. 2:8). Los romanos y los jefes religiosos de los judíos crucificaron a Jesús porque no conocieron quién era. La gente hoy día rehúsa a Dios porque no comprenden quién es que está extendiéndoles la invitación a la gloria celestial y eterna.

La parábola de la gran cena nos revela que una preocupación por cosas insignificantes hace imposible la perspectiva de las cosas principales.

Posiblemente si Nuestro Señor Jesucristo tuviese que contar hoy esta parábola hablaría de construir un edificio de un centenar de pisos en vez de comprar un terreno para sembrar o cinco yuntas de bueyes o se referiría, quizás, a un gran negocio de bolsa. El ejemplo del matrimonio es el mismo, pues el gran interés por el matrimonio ha quedado a través de los siglos.

Ser cristiano es gratuito, no cuesta absolutamente nada, pues «por gracia sois salvos por la fe, y esto no es de vosotros, sino un don de Dios, no por obra para que nadie se vanaglorie» (Efesios 2:819). Pero hay un coste relacionado con ser un discípulo. El coste consiste en preocuparse de las cosas de Dios más bien que de las propias. Cuan fácil es para un cristiano estar tan preocupado por los propios sueños y aspiraciones de la vida que desestime el plan de Dios para su vida.

Raras veces el Espíritu de Dios grita llamando a una persona; su voz viene usualmente en forma de un sentimiento interior mientras el creyente lee las Escrituras. «El discípulo es una persona que está a tono con la voz del Espíritu de Dios.»

Vers. 25: «Y había grandes multitudes con El.» Ha estado siempre en boga citar alguna buena palabra de Jesús. El político sabe que tiene algunos votos de más si puede citar uno o dos versículos de la Biblia. Gandhi, aunque hinduista, era un gran admirador de Jesucristo. ¡Sí!, las multitudes siempre han seguido a Jesús. Pero notad quiénes eran los que escuchaban a Jesucristo. «Entonces se le acercaron todos los publicanos y pecadores para oírle» (Lucas 15:1), las multitudes le seguían; pero los publicanos y los pecadores eran los que le oían.

Así ha sido siempre, y seguramente lo será. El cristiano es una religión de rescate, ha sido designada para gente desesperada. Los que no pueden tener sus anhelos cumplidos son buenos candidatos para escuchar lo que Jesús tiene que decir. Son aquellos que «le oyen» y que no solamente oyen lo que El dice, sino que obran de acuerdo. Uno de los requisitos fundamentales para el verdadero discipulado es un espíritu de desesperada necesidad ardiendo dentro del alma (Vers. 26:33). «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, mujer e hijos, hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Porque ¿cuál de vosotros, queriendo edificar una torre, no cuenta primero sentado los gastos, si tiene lo que necesita para acabarla? Porque después que haya puesto el fundamento, y no pueda acabarla, todos lo que lo vieron, no comiencen a hacer burla de él, diciendo: «Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.» ¿O, cuál rey habiendo de ir a hacer guerra contra otro rey, sentándose primero, no consulta si puede salir al encuentro con diez mil al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, cuando aún el otro está lejos, le ruega por la paz, enviándole embajada. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.» El coste del discipulado empieza con una voluntad pronta a renunciar a todas las otras lealtades, prefiriendo la de Jesucristo.

En Números 14, se describe a los hijos de Israel en Cades Barnea a punto de entrar en la tierra prometida, cuando i 2 espías volvieron trayendo un mal informe. El coste de entrar en la tierra prometida era, según ellos, demasiado grande, pues había gigantes en aquella tierra, los hijos de Ánac (Véase Núms. 13:32-33). En un momento de terror el pueblo decidió volver atrás con la excusa de que los gigantes matarían a sus esposas y a sus hijos. Dios nunca prometió a los hijos de Israel que no habría gigantes en la tierra prometida, simplemente les prometió asumir la responsabilidad para su llegada con toda seguridad a aquel hermoso país. Pero en su pánico los hebreos se excusaron en sus esposas y en sus hijos. Una de las primeras señales de incredulidad es una preocupación indebida por la familia.

Para ser un discípulo de Jesucristo yo tengo que seguirle y cumplir su mandato, aun cuando parezca que va a costarme a mi madre, mi padre, mi esposa, mi esposo o mis hijos.

Para recalcar el impacto de este coste, Jesús emplea dos ilustraciones gráficas, la de edificar una torre y la de prepararse para una batalla.

El versículo 28 describe a un hombre que empieza a edificar una torre, pero no la termina. ¿Has empezado alguna vez algo que dejaste por terminar? ¿No has hecho jamás una promesa que no pudiste guardar? ¿O un voto que no pudiste cumplir? Si es así Salomón tiene una palabra de consejo para ti (Eclesiastés, 5:2): «No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras. Cuando a Dios hicieres promesa, no tardes en pagarla; porque no se agrada de los insensatos. Paga lo que prometieres. Mejor es que no prometas, que no prometas y no pagues.»

Cuando yo vivía en Fort Worth tenía que hacer frecuentes viajes de negocios a Dallas. Corriendo por la pista acostumbraba a pasar por delante de grandes estructuras que parecían ser bloques de

pisos por alguna razón no terminados. Yo pasaba una y otra vez por delante de tales estructuras, pero no había ningún progreso en su construcción. Más tarde descubrí que era un hombre que había empezado a edificar pero había calculado mal el coste, había terminado todo su crédito y era incapaz de sacar ningún beneficio del edificio medio construido. Esterera so-lamente un monumento a su error de cálculo.

Jesús usó este error para destacar la importancia de calcular cuidadosamente el coste de ser un discípulo antes de comprometerse a ello. No vale la pena empezar algo a menos que estés dispuesto a terminarlo. Notad que Jesús dice «y no es capaz de terminarlo».

El constructor de Dallas no fue capaz de terminar su edificio, sin embargo, para el discípulo la posibilidad y capacidad están detrás de la voluntad, la capacidad para ser discípulos es nuestra (por los recursos de Jesucristo, 2 Pedro 1:3). El único factor que necesitamos es añadir a la cuenta nuestra voluntad.

El señor Jesús dio una segunda ilustración, respecto a contar el coste: «Un rey que tiene que ir a la guerra.» Cuando hacemos frente a nuestro enemigo tenemos que respondernos dos preguntas: Primero, ¿puedo derrotarle con mis propios recursos? Segundo, ¿quiero pagar el precio implicado a tal derrota? Si las respuestas a ambas cuestiones es: ¡No!, es mejor enviar un embajador y procurar la paz. El Señor Jesús dijo: «Sobre esta roca yo edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mateo 16:18). Las puertas son para defensa, no para ofensa. ¿Has oído jamás de una persona que vaya a la guerra blandiendo un par de puertas delante del enemigo? Las puertas se emplean para mantener al enemigo fuera. El discípulo es llamado a la batalla contra las fuerzas masivas de Satanás. El objetivo es romper las puertas del infierno y libertar a los prisioneros en el nombre de Jesús. Jesús promete que cuando llevemos a cabo batallas como ésta las fuerzas del infierno no

prevalecerán contra nosotros, pero habrá un coste implicado en esta lucha.

«Si tú no quieres pagar el coste» dice el Señor, entonces «envía a un embajador y procura la paz». Como cristiano puedes ir al diablo y decirle: «Mira, Satanás, yo soy ya un cristiano y tengo mi camino asegurado al cielo, pero yo quiero hacer un pacto contigo, si me dejas tranquilo yo te dejaré tu dominio sobre las vidas de hombres y mujeres en tu reino. Por tu parte, no me molestes a mí, déjame vivir tranquilo y confortable.» Y el diablo dirá: «Amigo, está tranquilo que no te molestaré.»

Pero recordad que Satanás es un mentiroso y padre de mentiras. No tienes ninguna garantía de que él no se cruzará contigo. El coste que pagarás por no ser un discípulo de Jesucristo es infinitamente mayor que lo que te costaría serlo.

Versículo 34-35: «Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará? Ni para la Tierra, ni para el muladar es útil; la arrojan fuera. El que tiene oídos para oír, oiga.»

Jesús concluye su disertación acerca del discipulado con esta extraña parábola de la sal sin sabor. Por mucho tiempo yo no podía entender su relación con el discipulado. Hasta un día que se me ocurrió que esta parábola es una ilustración del creyente que rehúsa ser un discípulo. Es el propósito de Dios que cada creyente sea un discípulo, pero que cuando uno retroceda de tal deber, no vale para nada. No puedes convertirle; porque ya está convertido; no puedes salvarle, pues ya está salvo; no puedes usarle porque es inalcanzable. Es como una sal sin sabor, solamente es buena para ser arrojada fuera.

Cuando le ves semana tras semana yendo a la iglesia, sin hacer nada más para el Reino de Dios, da verdadera lástima pensando en los resultados para la Eternidad. Sí, parece cristiano, pero es un creyente que ha rehusado pagar el precio del discipulado. Al hacer esta decisión se ha relegado a sí mismo a una vida de mediocridad. Habiendo tenido la oportunidad de ser el primero,

ha escogido ser el último; para usar las mismas palabras del Señor Jesús: «Es una sal sin sabor. Lo mejor que puedes hacer, es no parecerte a él.»

Cuando Hernán Cortés desembarcó en Veracruz, en 1519, para empezar su dramática conquista de México con un puñado de 700 hombres solamente, hizo prender fuego a su flota de once barcos de madera. Sus hombres lo miraban comprendiendo que el destruir el único medio de escapar del Golfo de México significaba que tenían que conquistar el país o morir. Sin medios de retirada tenían solamente una dirección, la de ir adelante, al interior de México. Hacer frente a cualquier enemigo que pudiera presentárseles. Al pagar el precio para ser un discípulo de Cristo tú también tienes que destruir todos los medios de retirada. Resuelve en tu corazón hoy, que sea cual sea el precio que te cueste ser su seguidor, estás dispuesto a pagarlo; de otro modo no emprendas la guerra.

4

Una visión adecuada de Dios y del hombre

Cada problema que la persona tiene está relacionado con su concepto de Dios. Si tienes un gran Dios tendrás pequeños problemas, si tienes un concepto pequeño de Dios tendrás grandes problemas. Es así de simple, cuando tu Dios es grande todos los problemas que aparecen vienen a ser una oportunidad. Cuando tu Dios es pequeño cada pequeño problema es un gran obstáculo.

Cada discípulo debe tener una clara comprensión de:

- 1.º Quién es Dios.
- 2.º Quién es él.

Nunca tendrás una comprensión adecuada de quién es Dios hasta que te entiendas a ti mismo. Lo contrario es empero también cierto. Nunca tendrás una verdadera comprensión de ti mismo, hasta que comprendas quién es Dios. Estas dos ideas son dependientes una de otra. Las dos preguntas de quién es Dios y quiénes somos nosotros, tienen su respuesta en Isaías 40:66. Consideremos este pasaje.

La naturaleza y carácter de Dios

Isaías 40:3-5: «Voz que clama en el desierto: Barred camino a Jehová: enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se aliene. Y manifestarse la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá: que la boca de Jehová habló.»

La Biblia nos enseña que Dios es un ser glorioso que se manifiesta como Dios en la misma naturaleza. Todo el propósito de la vida emocional es ver su majestad y venir a ser absortos en su gloria. Leemos en el versículo 4 que Dios ha quitado todo obstáculo en el camino de nuestra comunión con El. Vemos, pues, que el Señor es el iniciador de la relación. Para nosotros conocer a Dios en su idea, no la nuestra. El cristianismo es único entre las religiones del mundo, porque consiste, no en el hombre buscando a Dios, sino a Dios buscando al hombre.

Isaías 40:10-11: «He aquí que el Señor Jehová vendrá con fortaleza, y su brazo se enseñoreará: he aquí que su salario viene con El, y su obra delante de su rostro. Como pastor apacentará su rebaño: en su brazo cogerá los corderos y en su seno los llevará; pastoreará suavemente las paridas.» El delicado contraste entre el poder de Dios por un lado y su extremada gentileza por el otro. Nuestro Dios es un Dios poderoso por el cual todas las cosas fueron creadas (ver *Isaías 40:25-28*). El salmista dice: «Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca» (*Salmo 33:6*). La ciencia nos ha enseñado que la energía es la sustancia del universo. Dios creó el universo por el poder de su Palabra. Su Palabra es energía creativa.

La ilustración del próximo versículo 11 es del pastor cuidando su rebaño. Esto nos enseña que el Señor hará dos cosas: nos alimentará y nos guiará. Él ha tomado la responsabilidad de todas nuestras responsabilidades, así que está bien a su cargo el dirigirnos.

Isaías 40:13-14: «¿Quién enseñó al espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién demandó consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?» Estas preguntas son retóricas y la respuesta es evidentemente una sola, porque nadie jamás ha podido aconsejar a Dios o mostrarle lo que tiene que hacer. Dicho en otras palabras: Es que El jamás ha tenido necesidad de preguntarlo, «Yo soy Dios, y no hay otro como yo, que declare el fin desde el principio, y las cosas que todavía no han ocurrido diciendo: «Mi consejo permanecerá, y haré todo según mi voluntad» (Isaías 46:9-10).

Isaías 40:15-17: «He aquí que las naciones son reputadas como la gota de un acetre, y como el orín del peso: he aquí que hace desaparecer las islas como el polvo. Ni el Líbano bastará para el fuego, ni todos sus animales para el sacrificio. Como nada son todas las gentes delante de él; y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y lo que no es.»

Esto pone el mundo en su perspectiva propia. Es fácil mirar a las cosas malas y desalentarnos. La decadencia de la raza humana; nuestra propia propensión al mal, nuestra incapacidad para controlarnos a nosotros mismos, el hecho de que nuestra adelantada tecnología solamente ha venido a añadir nuevos problemas a nuestro mundo. Todas estas cosas son suficientes para hacer a la gente amargada y cínica. Si no es la guerra, es el crimen; si no es el crimen es el escándalo; si no es el escándalo los desastres naturales; algo desgraciado está ocurriendo siempre.

Los poderes de la tierra no pueden con los problemas del mundo, ni en el sentido económico, ni en el político, ni en el filosófico. Pero Dios dice que las naciones más poderosas de la Tierra son para él como una gota de orín y tan insignificantes como una partícula de polvo sobre una balanza. El tiene todo el control y el poder.

Isaías 40:28: «¿No has sabido, no has oído que el Dios del siglo es Jehová, el cual crió los términos de la Tierra? No se trabaja ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance.» El Señor Dios nunca se cansa, nunca pierde la memoria, nunca está indeciso en cuanto a lo que tiene que hacer. Está en perfecto y absoluto control; nunca comete errores. Si creyéramos esto de veras, una multitud de problemas de nuestra vida quedarían resueltos. ,

Hay sólo dos personas que pueden dañarte, tú y Dios. Satanás no puede dañarte; esto se ve claramente en el libro de Job. Leemos que en la conversación entre Dios y Satanás (Job 1), Satanás dice que no puede tocar a Job porque Dios le ha cercado. Esto es verdad, con respecto a cada creyente, el diablo no puede tocarle, excepto por permisión divina.

Lo maravilloso del mensaje de la Biblia es que Dios toma a pecho nuestros mejores intereses. El no quiere dañarnos, El solamente piensa cosas buenas para nosotros, El desea lo mejor para cada uno de nosotros. Así que Dios se ha restringido a sí mismo al declarar que no puede dañarnos a causa de las promesas que nos tiene hechas. Sin embargo, esto va estrechando el horizonte, la única persona que puede dañar tu vida, eres tú mismo. Ciertamente otras personas no pueden dañarte, excepto por permisión divina. Si no fuera así significaría que Dios no tiene el control de los destinos de su pueblo. Entonces tendríamos que considerar la situación ridícula de imaginarnos a Dios levantando sus manos al cielo y diciendo: «Espero que mi siervo no va a tener un choque de automóvil o a matarse en una catástrofe de aeroplano.»

No, nadie puede arruinar tu vida sino tú mismo. Y la Biblia nos enseña que es posible para una persona dañarse a sí misma. Tú eres tu peor enemigo; pero si andas por fe y obediencia, y si Dios es lo que dice que es, nadie puede dañar tu vida. Nadie puede variar la perfecta voluntad de Dios acerca de ti.

Isaías 42:1-4: «He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento: he puesto sobre El mi espíritu, dará juicio a las gentes. No clamará, ni alzará, ni hará oír su voz en las plazas. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare: sacará el juicio a verdad. No se cansará ni desmayará, hasta que ponga en la Tierra juicio; y las islas esperarán su ley.»

Este pasaje es una profecía referente a Jesucristo Jesús dijo que le pertenecía el juicio (véase Juan 5:22-23). El juicio que él ejerce es según verdad, y es absolutamente consciente consigo mismo. Hemos visto ya que El nunca se desalienta o desanima aceres de la iniquidad del mundo; nuestro Dios traerá juicio y equidad a este planeta llamado Tierra.

Isaías 42:8: «Yo soy el Señor; éste es mi nombre y mi gloria no daré a otros, ni mi alabanza a esculturas.» El Señor nos recuerda una y otra vez que El no compartirá su gloria con nadie más. Pable señaló el mismo punto cuando escribió: «No hay muchos sabios ni muchos nobles en el Reino d(Dios» (véase 1 Cor. 1:26-29). En vez de esto Dios di sabiduría al humilde y al despreciado cuando ha di ser usado para su gloria. Los líderes religiosos judío; llamaron a Pedro y Juan hombres ignorantes y sir letras (véase Hechos 4.3-13), y, sin embargo, esto; ignorantes pescadores escribieron siete de los libro; del Nuevo Testamento. Estos siete libros son tan profundos que por siglos las mentes más grandes no han sido capaces de sondear sus profundidades.

Isaías 43:11-13: «Yo soy Jehová, y fuera de mí m hay quien salve. Yo lo anuncié y lo mostré, y lo hice oír, y no hubo entre vosotros extraño. Vosotros, pues sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios. Aún antes que hubiera día yo era; y no hay quien de m mano libre. Si yo hiciera, ¿quién lo estorbará?

La Biblia nos enseña que Dios es el Salvador del hombre. El y sólo El puede salvar, en consecuencia, sólo él es nuestra seguridad, porque aquí dice: «Fuera de mí no hay seguridad.» Nuestro

gobierno trata de dar seguridad a sus ciudadanos por medio de programas de seguros; las corporaciones dan promesa de seguridad a sus empleados mediante planes de pensión. Seguridad médica, salarios más elevados, mejores empleos. Se nos dice empero que el hombre no puede crear sus propios vehículos de seguridad, pero tan sólo Dios puede salvar. Sólo Dios puede librar, sólo Dios puede redimir, sólo Dios puede dar al hombre seguridad verdadera.

Apenas hemos escarbadado la superficie de estos grandes capítulos finales de Isaías respecto al carácter y la naturaleza de Dios. ¡Cuán fácil es, empero, ver que cuando somos capaces de alcanzar una visión de su grandeza, todos nuestros problemas y ansiedades quedan realmente insignificantes.

La naturaleza y el carácter del hombre

Isaías 40:6-7: Voz que decía: «Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se cae; porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente, hierba es el pueblo.» Así es como Dios considera al hombre, no como un grande y autosuficiente hacedor de su propio destino, sino como la hierba del campo que hoy es y mañana ha pasado. Santiago, el hermano del Señor Jesús, lo puso así: «¿Pues qué es de vuestra vida? Ciertamente es un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece» (Santiago 4:14). Para entender al hombre aquí es donde debemos empezar.

La brevedad de la vida nos ayuda a comprender la importancia de darnos a nosotros mismos a la cosa que vale. El salmista dijo: «Pues se ve que mueren los sabios, así como el insensato y el necio no permanecerá en honra. Es semejante a las bestias perecen, y dejan a otros sus riquezas. Mas el hombre no permanecerá en su honra; es semejante a las bestias que perecen (Salmos 10 y 12). No temas cuando se enriquece alguno, cuando

aumenta la gloria de su casa; porque en muriendo no llevará nada, ni descenderá tras él su gloria» (Salmos 16 y 17). Era cierto en los días del salmista y lo es igualmente hoy día. «Llaman las tierras de su nombre.» Los estados de Maryland, Louisiana, Pennsylvania, Virginia, North Carolina, todos dan testimonio a este orgullo humano. Un hombre en una de las ciudades de Michigan tenía muchas riquezas, calles, escuelas, bibliotecas llevan su nombre a causa de sus contribuciones filantrópicas. Poco antes de su muerte vino a su ciudad nativa y dijo a las autoridades que les daría todo lo que tenía si ponían su nombre a aquella ciudad. La brevedad de la vida hace al hombre asirse a ella y buscar la inmortalidad de cualquier manera que pueda hallarla.

Isaías 47:8-10: «Porque el hombre se esfuerza para alcanzar la inmortalidad en el camino equivocado corre de un modo contrario a los propósitos de Dios.» El tema de este pasaje es Babilonia, pero podría ser aplicado a toda la humanidad.

En un famoso pasaje que profetiza la venida de Jesucristo, Isaías escribe: «Todos nosotros nos descarriaríamos como ovejas. Cada cual se apartó por su camino» (53:6), y otra vez afirma el profeta: «Todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapos de inmundicia, y todos caemos como las hojas secas y nuestras iniquidades nos llevan como el viento» (64:6).

Una perspectiva correcta de Dios y del hombre nos muestra que todos los males y calamidades que caen sobre el hombre son producto de su propia locura y pecaminosidad; por consiguiente, todo el bien que sucede al hombre es producto de la gracia y misericordia de Dios. El hombre natural se volvería violentamente contra esto, y diría que todo el progreso, realizaciones y bendiciones de nuestra civilización pueden ser atribuidas al ingenio y grandeza de la mente humana. Sin embargo, cuando ocurren calamidades y desastres está pronto a acusar a Dios. La gente que no sabe atribuir todo lo bueno a Dios y lo malo a nuestra pecaminosidad, no comprende el carácter de Dios ni el

del hombre. Tenemos que recordarnos a nosotros mismos que a menudo entran circunstancias en nuestras vidas que son un reflejo del plan perfecto de Dios, pero que nosotros, por causa de nuestra falsa perspectiva, interpretamos como mal. Tomad, por ejemplo, la cruz del Calvario. Si tú y yo hubiésemos estado con los discípulos en aquel luctuoso día, seguramente habríamos visto la crucifixión como una tragedia. Asimismo si hubiésemos estado con las mujeres que fueron a la tumba el domingo por la mañana y la hallaron vacía, al igual que ellas hubiésemos llegado a la conclusión de que había caído sobre todos un segundo contratiempo; el cuerpo robado.

Sin embargo, con la perspectiva de dos mil años, podemos considerar la cruz y la tumba vacía, no como calamidades o desastres, sino como triunfos y victorias. A menudo nos herirá una circunstancia aparentemente adversa, tal como la pérdida de un ser amado, y según nuestra perspectiva tiene todas las marcas de una tragedia; pero desde el punto de vista de Dios puede ser el desarrollo de un plan más alto y más hermoso.

El encargo de Dios al hombre

Mucho de lo que está escrito en Isaías 40 a 66 es de carácter mesiánico, y por tanto, de un modo general, las promesas contenidas en estos capítulos son dirigidas, o bien al Mesías o a la nación de Israel; sin embargo, el Espíritu Santo promete: «El consejo del Señor permanece para siempre, los pensamientos de su corazón por todas las generaciones» (Salmo 33-11). Tal como podemos ver en estos grandes capítulos la naturaleza de Dios y del hombre, podemos también sacar algunos principios y promesas para nuestras vidas.

Considerad, por ejemplo, la promesa que Dios nos hace en Isaías 58:10-12: «Y si derramares tu alma al hambriento, y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. Y Jehová te pastoreará siempre, y en las

sequías hartará tu alma, y engordará tus huesos; y serás como huerta de riego, y como manadero de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y edificarán los de ti los desiertos antiguos; los cimientos de generación levantarás; y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar.»

Tu luz se levantará en la oscuridad. El Señor asumirá la responsabilidad de guiarte. Durante los períodos secos en tu vida el Señor satisfará tu alma. Tendrás el privilegio de venir a ser el fundamento de muchas generaciones. Pero todo esto está condicionado por un «sí». Si derramares tu alma al hambriento y al afligido. Si dedicas tu vida a este objetivo y propósito, Dios te prosperará más allá de lo que te puedas imaginar.

Este es el encargo de Dios al hombre en su amor; El nos salva por la obra completa de Jesucristo, y luego nos bendice y prospera tanto que, al tomar el carácter de Jesucristo, podemos efectuar un cambio en las vidas de otras personas. Todo esto es el «propósito ideal para el creyente». Esto es lo que el hacedor de discípulos es en definitiva.

Permitidme pedir os que miréis más adelante en los capítulos 40 a 66 de Isaías. Leed estos grandes capítulos, tres veces por separado. La primera vez que los leáis escribid todo lo que encontréis en ellos acerca de la naturaleza y carácter de Dios. En la segunda lectura escribid todo lo que aprendáis acerca de la naturaleza y carácter del hombre. En la tercera escribid todo lo que encontréis acerca del encargo de Dios al hombre. Esta tercera lectura os será especialmente provechosa. Habiendo aprendido su grandeza y vuestra tendencia al pecado, veréis cuan misericordiosamente os ha tratado siempre.

5

Evangelización y el discípulo

Ser un discípulo empieza con una relación adecuada a Jesucristo y tener en vuestro corazón lo que está en el suyo. Hacer discípulos empieza con evangelismo, cuando una persona lo pone como el objetivo de su vida cristiana significa que se dedica a poblar el cielo y despoblar el infierno.

El heraldo del evangelismo es nada menos que el Señor Jesucristo mismo. El capítulo 4 de Juan nos provee un admirable ejemplo de Jesucristo como evangelista.

Aprovechando la oportunidad

Versículo 4: «Y tenía que pasar por Samaria» Una mirada al mapa de Palestina en el tiempo del Señor Jesús, nos revela que el camino más corto y más fácil para ir de Jerusalén a Galilea era por Samaria; sin embargo, esto no era lo que hacían la mayor parte de los viajeros; en vez de ir por Samaria descendían desde las alturas de Jerusalén a los valles del Jordán y seguían por ellos hasta Galilea. La razón de esto procede de la cautividad asiría cuando las diez tribus del norte de Israel fueron llevadas en cautividad. Un remanente de estas tribus quedó en el país y se casaron con otras gentes, produciendo una nación de origen híbrido: los

samaritanos. Por esta razón eran despreciados por los judíos. Los judíos de «pura sangre» harían cualquier esfuerzo para evitar el contacto con los samaritanos.

Pero aquí encontramos que Jesús necesitaba ir por Samaria, ¿por qué? ¿Por qué sintió que era necesario pasar por aquella región de gente despreciada? Yo creo que fue para mostrar la universalidad del Evangelio. El mensaje de Nuestro Señor Jesucristo no era para un pueblo escogido, sino para todos los hombres y mujeres de cualquier pueblo, tribu y raza.

Debajo de todo esto hay una gran lección para cada aspirante a discípulo. Su objetivo debe ser alcanzar al perdido. Al hacer esto debe seguir el ejemplo del Salvador, de ser amigo de «públicanos y pecadores». Muchos evangélicos interpretan la «separación del mundo» como significando separación del pueblo. Pero el evangelismo empieza en la amistad con gente mundana. El discípulo debe ser fiel a las Escrituras, pero no tiene ninguna obligación a ser fiel a la intolerante actitud de la gente que tiene teología extra bíblica.

Versículo 9: (La mujer de Samaria dijo a Jesús.) «Los judíos no se tratan con los samaritanos.» La respuesta de Jesús vino a ser: «Yo tengo tratos con todo el mundo.»

Jesús llegó al pozo de Jacob muy cansado y sediento (vers. 6-7), sus necesidades eran simples y fáciles de entender, necesitaba reposo y bebida; pero en vez de satisfacerla El mismo, como podía haber hecho, creó su necesidad a fin de tener una oportunidad de testificar.

Cuando yo descubrí por primera vez esta verdad de Juan 4 fui herido en mi conciencia. A menudo yo uso mis necesidades físicas como una excusa para no testificar. Recuerdo, por ejemplo, una conferencia que tuvo lugar en la costa occidental. Durante la semana había hablado cuatro o cinco veces y tenido conversaciones personales con docenas de personas, así que estaba cansado y no quería entrar en ninguna otra conversación.

A mi vuelta a casa, en el aeroplano, me apresuré a buscar un asiento de ventanilla y puse mi pequeña maleta de mano en el asiento de al lado, a fin de evitar que nadie más se sentara allí. Hice de mi necesidad una excusa para no testificar.

Cuando Jesús se sentó para reposar vio a una mujer samaritana que venía al pozo a sacar agua. Difícilmente podía ser considerada como una buena oportunidad porque era samaritana; Él era judío, no tenían tratos con los samaritanos; ella era una mujer, El un hombre; ella era un mujer de mala vida, Él era un gran maestro; ella había perdido su reputación, y El sí entraba en tratos con ella corría el peligro de perder la suya.

Un día yo estaba viajando en un viejo aeroplano, en una de las líneas secundarias. Cuando ya me había sentado una mujer de pobre aspecto, probablemente de unos sesenta años, vino y se sentó a mi lado. Ella parecía muy abierta y alegre, pues vino al asiento riéndose y bromeando con otros. Cuando se sentó inició una conversación con ella diciéndole: «Señora usted parece muy feliz. Ella puso su mano sobre mi brazo y dijo: «Joven usted no tiene idea de cuan desgraciada soy. Tengo todo el dinero que necesito, pero mi marido ha muerto y no tengo amigos ni razón alguna para vivir.»

Por su primera presentación no había modo de adivinar que aquella mujer era una candidata para el Evangelio de Jesucristo, sin embargo, cuando ella me abrió su corazón pude ver que estaba en gran necesidad de lo que el Salvador ofrece. Lo que parecía una pobre oportunidad para hablar de Cristo fue, en efecto, una excelente oportunidad.

Principios de Evangelismo

Hay muchos principios básicos de esta tarea que podemos aprender del ministerio de Nuestro Señor. Ocho de ellos aparecen en Juan 4, los cuales vamos a considerar, porque posiblemente

nos estimularán el pensamiento y harán que encontréis más en la Biblia, con un estudio atento.

1. *La oportunidad de pedir un favor.*

Jesús le dijo: «Dame de beber» (Vers. 7). Es parte de nuestra naturaleza humana que otros se sientan obligados a nosotros, pues, esto nos hace necesarios e importantes. Pidiéndole un poco de agua Jesús hizo sentir importante a la mujer de Samaria. Revelar su necesidad creó una atmósfera en la cual ella podía sentirse libre para hablar de sus propias necesidades.

Un estudiante universitario encontró a una muchacha bonita en su clase de biología. Muchos de sus compañeros habían tratado de invitarla a pasear, pero habían sido rechazados, él decidió un nuevo sistema, le faltaba un botón a su chaleco y le pidió si querría cosérselo. Ella acepto y él entonces insistió en devolverle su favor sacándola a paseo.

Para hacerse amigos de la gente hay muchas maneras, mediante las cuales podemos hacerles sentirse importantes. A un jugador podéis decirle: «Oh, veo que usted es un buen deportista (en tal o cual deporte). ¿Podría usted dedicarme unos pocos momentos para mejorar mi estilo?» Un ama de casa puede usar el mismo procedimiento con una vecina, pidiéndole consejo para una comida, o bien un poco de harina, de sal, o cualquier otra tontería.

2. *Procedimiento propagandístico.*

Jesús respondió y le dijo: «Si tú conocieses el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber" tú le pedirías a él y él te daría agua viva» (Vers. 10). Jesús hizo aquí dos cosas que complacen a las mujeres: le ofreció un don y despertó su curiosidad.

Poco después de casarme compré un vaso tallado como regalo para el cumpleaños de mi esposa, lo traje a casa, dejándolo en el automóvil hasta que fuera el momento de regalárselo. Pero

aquella noche, estando en la cama, le dije que le había comprado un regalo para su cumpleaños, y esto despertó en ella tal curiosidad que no pudo dormir hasta que hubo ido al coche a ver el regalo. El Señor Jesús, que era un maestro en emplear la forma adecuada para entrar en relación con las personas, hizo lo mismo en el caso de Nicodemo en el capítulo 3. Recordad que Nicodemo era un maestro religioso, por tanto, su entrada fue de carácter teológico: «Os es necesario nacer otra vez.»

El gran evangelista doctor Trumble viajaba en un tren al lado de cierta persona que abrió una botella y le ofreció un poco de whisky. El doctor Trumble rechazó la oferta. Pocos minutos después el hombre insistió una y otra vez. La tercera vez el hombre hizo la oferta de la siguiente manera: «Usted pensará que soy un borracho, ¿verdad?

No —dijo el doctor Trumble—, estaba pensando que usted es una persona muy generosa por ofrecerme tantas veces y con tanta insistencia su propia bebida.

Esto fue suficiente para que el doctor Trumble pudiera llevar este hombre a Cristo antes de terminar el viaje.

3. Escoged las preguntas adecuadas y no os dejéis desviar de la conversación mediante otras preguntas.

La mujer de Samaria dijo a Jesús: «Los judíos no tienen tratos con los samaritanos» (Vers. 9)- Jesús no hizo caso de este punto controversial. Más adelante la mujer trajo otro punto de controversia acerca del lugar en que se debe adorar a Dios (Vers. 20). En este caso la pregunta valía la pena y Jesús la respondió.

En el evangelismo desarrolla un sentimiento en favor de las preguntas importantes, e insistió en ellas. En términos generales hay preguntas que son muy propias para dar a conocer a Dios. Jesús centró su conversación en lo que la mujer necesitaba, evitando ser entrampado en otras cuestiones.

Cuando habláis a la gente acerca de Cristo surgirán preguntas de todas clases. Si la Biblia dice que uno no puede casarse con una prima. Con quién se casó Caín. Qué hará Dios con los que jamás han oído el mensaje del Evangelio.

Muchas veces es difícil comprender, si la pregunta es realmente un asunto que interesa a la persona, y puede serle piedra de tropiezo para no creer, o bien si se trata de soslayar el tema de la salvación que queréis presentarle. Si no tenéis seguridad de ello podéis responder diciendo: «¿El conocer esto haría alguna diferencia en cuanto a su relación con Jesucristo? Si la respuesta es no; podéis sugerir entonces que la cosa importante es conocer a Dios de un modo personal. Si la respuesta es sí; haced entonces todo lo que podáis para responder de un modo razonable y persuasivo. Si no conocéis la respuesta, sed honrados diciéndole que no lo sabéis y que trataréis de buscarla para otra vez que podáis conversar con él o con ella.

4. Apretad el tornillo que haga contar a aquella persona su necesidad.

La mujer samaritana empezó a discutir con Jesús acerca de su capacidad para sacar agua del pozo de Jacob, Jesús la cortó con el encargo: «Ve, llama a tu marido y ven acá» (Vers. 16). Ella replicó que no tenía marido y Jesús levanto el velo de toda su vida. «Bien has dicho, no tengo marido; pues cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido» (Vers. 17). El Evangelio es las buenas nuevas de que Dios puede cambiar al individuo; estas buenas nuevas están basadas en el hecho de que la necesidad de cada persona puede ser suplida. Por tanto, en el evangelismo, uno de los primeros objetivos es hacer que la persona exponga su necesidad.

Suponed que estás andando calle abajo y una persona extraña os mira y dice: «Usted parece enfermo, venga a mi clínica y le operaré, y usted se sentirá mejor. ¿Cuál sería vuestra respuesta?

Probablemente tomaríais las de Villadiego tan a prisa como pudierais. Debéis tener cuidado de no ser culpables de Un proceder así en el Evangelismo. Probablemente no es la mejor táctica acercarse a un forastero y decirle: «¿Quiere usted ser salvo?» Antes bien, dedicaos a conocer a aquella persona, haced preguntas tentativas, incluso antes de empezar a hablarle del Señor Jesucristo. Procurad saber cuáles son sus necesidades, en qué se ocupa, en qué piensa.

Hace unos pocos meses estaba yo hablando a una señorita universitaria que regresaba a su casa. En el curso de nuestra conversación ella mencionó que estaba graduándose en sociología; se había propuesto ser una obrera social. Yo le pregunté por qué había escogido esta tarea, y me dijo que tenía un gran deseo de ayudar a la gente. Al llegar aquí, yo pude preguntarle: ¿Cuáles sentía que eran las necesidades de la gente? Esto nos enzarzó en una buena conversación espiritual, en la cual pude hablarle del Evangelio.

5. Decid la verdad aun cuando duela.

«Vosotros adoráis lo que no sabéis, nosotros adoramos lo que sabemos, pues la salvación es de los judíos» (22). La afirmación del Señor Jesús «la salvación es de los judíos» era algo que tenía que herir a la mujer samaritana. Su respuesta natural a tal aseveración podía ser: «Bien, aquí tenemos a un judío descarado, que piensa que lo sabe todo. Sin embargo, esta respuesta tan directa y llena de autoridad, le dio a ella confianza en su carácter de Mesías cuando se reveló a ella como tal. ¿Hacemos nosotros rodeos en aquellas cosas que sabemos que son verdad? En tal caso inclinamos a nuestros oyentes a desconfiar de nuestras propias convicciones.

Los cristianos creyentes en la Biblia a veces se ven apurados para explicar los caminos de Dios. A menudo nos hacen la pregunta: «¿Por qué Dios hizo destruir a naciones enteras en el Antiguo Testamento?» Nuestra reacción interna es con frecuencia: «Señor

otra vez te veo metido en apuros, vamos a ver si puedo sacarte de este problema moral.» Cuando testifiquéis acerca de la necesidad de recibir a Jesucristo como Salvador personal encontraréis a gente que os mirarán al rostro y preguntarán: ¿Quiere usted decir, realmente, que van al infierno las personas que no creen en Jesucristo? ¿Qué hará usted? ¿Les dirá que es así? ¿O buscará dar una vuelta y salirse del espinoso asunto? Esto no significa que tenemos que proceder descaradamente y sin tacto cuando hablamos a la gente sobre verdades espirituales. Paciencia, bondad y discreción, son virtudes necesarias en nuestras vidas (2 Tim. 2:24-25). Pero después de todo debemos estar dispuestos a decir a la gente la verdad.

6. *Convenga con la persona lo más posible.*

Este principio es la contrapartida del anterior. Los judíos y los samaritanos no podían estar de acuerdo ni en las cuestiones más simples, como si Dios tenía que ser adorado aquí o allá (Vers. 20.24). Cediendo a la mujer tanto como le era posible, Jesús le dijo: «Bien, en parte tienes razón, la cuestión no es si Jerusalén o si esta montaña, Dios es espíritu y debe ser adorado en espíritu y en verdad.

Un amigo mío estaba testificando a una persona que le replicó: Bien, yo soy católico y usted es protestante, no hablemos más. Pero mi amigo le dijo: «En tal caso es muy interesante porque yo tengo más de común con muchos amigos católicos que creen en la Biblia, que con ciertos amigos protestantes.» La conversación derivó al modernismo teológico, lo que hizo que pudieran convenir en muchas cosas y fue posible la conversión acerca de los principios esenciales del Evangelio.

7. *No permita que la conversación salga del asunto.*

Ese principio se observa en la respuesta que la mujer dio al Señor Jesús cuando le reveló que el hombre con quien vivía no era su

marido. Ella inmediatamente trató de cambiar de tema entrando en una discusión teológica acerca de donde Dios debía ser adorado, trató de evitar el tema moral preguntando una cuestión teológica.

Esto ocurre a menudo cuando se está hablando a las personas acerca de Jesús. Si la cuestión se hace un poco demasiado personal, en vez de hacer frente al asunto pueden empezar a preguntar, ¿y qué acerca de la gente de aquellos países donde jamás se ha predicado el mensaje de Jesucristo, van a ser condenados también? Para proseguir en el tema real debemos descartar amablemente la pregunta inoportuna diciendo que no se trata de la gente que no han oído el Evangelio, sino de ¿qué hará usted de Jesucristo ahora que lo ha oído? Sin embargo, si es una pregunta sincera que podría ser un obstáculo a la persona para venir a ser cristiana, debemos hacer todo lo posible para hallar la respuesta, véase número 3).

8. Sea sensible a cómo el Espíritu Santo está obrando en la vida de aquella persona.

Jesús no la empujó, inició la conversación y le permitió ponderar las consecuencias de lo que había sido dicho. Al leer la historia observará que la salvación vino a ser idea de ella, no precisamente de Él, terminó realmente deseándola. Él no la empujó en tal sentido.

Una hermosa ilustración de esto se encuentra en Hechos 2:36-28. Pedro había acabado su gran sermón de Pentecostés, dio una invitación y no dijo al auditorio lo que tenían que hacer, simplemente terminó declarando que Jesús era el Cristo, el Mesías esperado. Pero lo que dijo chocó de tal modo a sus corazones, por el Espíritu de Dios que estaba trabajando en ellos, que la salvación vino a ser idea de los oyentes, no de Pedro. Fueron ellos quienes tomaron la iniciativa preguntando: «Varones hermanos, ¿qué haremos?»

La respuesta de Pedro fue: «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.»

Cuando habláis a la gente acerca de Cristo podéis a menudo adivinar donde están por el cambio de visión acerca de lo que Él es. Esto puede ser visto en la respuesta de la mujer samaritana a Cristo. Primero le llaman un judío, después se dirige a Él como Señor (Vers. 11). Después le llama un profeta (Vers. 19); finalmente confiesa que es Cristo (Vers. 29).

Pasión para la obra

Jesús dijo que su comida era hacer la voluntad de Dios . Esto es lo que más le preocupaba; lo suprema para El. Por esto dijo a sus discípulos: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que acabe su obra. ¿No decís que faltan cuatro meses para la siega, he aquí os digo, levantad vuestros ojos y mirad los campos que están blancos para la siega» (Juan 4:34-35). Jesús no habla de sus milagros, ni de que le gusta hablar a la gente acerca de su eterno destino. Simplemente dice que está haciendo la voluntad de Dios.

Los cristianos se avergüenzan del evangelismo porque dicen que no tiene valor, que no es su don, que no les gusta hacerlo. Ciertamente puedo comprenderlo, el evangelismo está introduciendo a las personas en lo que la Biblia llama «guerra espiritual»; significa luchar contra las fuerzas de las tinieblas por las almas de la gente. Es de comprender que a pocas personas les gusta luchar. Un compañero mío, oficial de infantería de marina, una vez me confió que le gustaba dirigir hombres, le gustaba ir de puerto en puerto y practicar maniobras; le gustaban los desfiles, pero cuando tuvo que ir al Vietnam y entrar en combate con un enemigo real, y ver sus propios hombres caer por aquí y por allá, dijo que odiaba la guerra.

Lo que es cierto en cuanto a la guerra física, lo es también en cuanto a la guerra espiritual, si no te gusta enrolar a gente para la

guerra espiritual, no pienses que eres tú sólo. A poca gente les gusta; no se trata, pues, de si el evangelismo es tu don o tu punto fuerte, o no lo es.

La única cuestión importante es si es la voluntad de Dios. Sabemos por las Sagradas Escrituras que la voluntad de Dios para nosotros es que bregamos la obra de evangelismo. El ministerio del discípulo empieza con el evangelismo

6

Reclutando a un presunto discípulo

Hay una fuerte competencia hoy día para ganar asociados. Muchas organizaciones cívicas están atrayendo gente por centenares. Si no es la Cruz Roja, es la Logia, los Boys Scouts, las sociedades de mujeres, o mil otras organizaciones y comités que tienen sus programas y organización. Como si esto no fuese bastante tenemos la secularización constante de nuestra sociedad, con su materialismo: el teatro, el club regional, las carreras de caballos, la televisión, el fútbol e infinidad de otros deportes.

Sin embargo, si un joven quiere subir de grado en su corporación tiene que hacer una entrega total de su persona a aquel grupo. Ocho horas al día, cinco días a la semana de trabajo duro, no son bastantes, las empresas que progresan quieren jóvenes que piensen y se preocupen del negocio a la hora de comer, mientras están en la cama, en cualquier momento de su vida, no solamente en las horas de trabajo.

En este plano la competencia mayor es, sin embargo, de la parte de Jesucristo. Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz cada día y sígame» (Lucas

9,23). Aún hoy día, como siempre, Jesús está llamando discípulos, no cristianos domingueros. Hombres y mujeres que rehúsen rendirse a los atractivos del sistema mundano. En el mundo sí, del mundo nunca. Este tipo de personas tienen sólo un Señor, Jesucristo; El y tan sólo Él ordena su vida, manda en su vida, El determina donde van a emplear su tiempo, su dinero y recursos. Como embajadores de Jesucristo nosotros estamos en la empresa de reclutar hombres y mujeres para la vida del discipulado. Al hacer esto hay algunos pensamientos básicos que a menudo olvidamos; algunos principios que son esenciales si tenemos que reclutar la clase de gente que Dios puede usar. Ya hemos discutido antes ciertas características y cualidades que tienen que existir en la vida de aquellas personas que han de ser útiles para Dios. Aquí queremos considerar algunas cosas que el reclutador debe tener en cuenta si ha de conseguir personas calificadas para la obra de Dios. Permitidme recordaros otra vez que no puedo hacer una lista exhaustiva o completa, sino simplemente estimular un poco vuestro pensamiento.

1. Reclutad para una visión no para una organización.

Una organización por buena y grande que sea no es lo más alto en el sistema de valores de Dios. Dios da una visión, la organización debe servir a esta visión, pero nunca puede ser la visión de una organización, quiero decir obra organizada, ya sea una iglesia, bautista, metodista, presbiteriana o una organización cristiana como «Juventud para Cristo», «Los Navegantes», «Campus Crusade», «InterVarsity Fellowship», o cualquier grupo dentro de una iglesia.

No se trata de decidir una organización y buscar un presidente, vicepresidente, secretario, etc. Por el contrario, se trata de dedicarnos a nosotros mismos en lo que sabemos que es la voluntad de Dios. Si en el curso de esta dedicación y esfuerzo

venimos a ser numéricamente importantes y necesitamos una organización, bien está en que la formemos.

El discípulo debe tener cuidado de no predicar en primer término puntos o detalles de fidelidad, a fin de hacer su organización más efectiva. Es muy fácil caer en esta trampa. La asistencia a la escuela dominical empieza a flaquear, si hacemos una campaña de proselitismo en la vecindad, desde el punto de vista de las apariencias externas esto es interesar a personas en la obra de Dios, pero a menudo esto no significa más que una competición estadística pasajera, y no un interesar a personas realmente en la Palabra de Dios. En cambio, si tenemos en cuenta, en primer lugar, las necesidades individuales de la gente, es muy posible que el número de miembros aumentara por sí mismo.

Jesús dice: «Yo si fuere levantado de la tierra a todos traeré a mí mismo» (Juan 12:32). Juan explica en el próximo texto que esto significaba la clase de muerte que Jesús tenía que morir. Hay por menos una verdad fundamental sugerida aquí: Cuando nosotros, en nuestro ministerio, exaltamos a la persona de Jesucristo, los hombres serán atraídos a Él. Yo tuve una vez el privilegio de observar a una iglesia del norte de Michigan. Cada año el pastor y los ancianos pedían a los representantes de cada grupo de la iglesia defender su derecho a existir en la iglesia sobre la base de dos criterios: 1) la legitimidad de sus objetivos y 2) el grado hasta donde habían realizado tales objetivos durante aquel año.

Si algún grupo no reunía ambos puntos, los ancianos de la iglesia lo disolvían. ¡Qué magnífica idea! Si aplicáramos esta práctica con severidad a todas nuestras iglesias, sin duda contribuiría a tener sociedades más fuertes, aunque quizás en menor número.

Las mujeres de una iglesia local decidieron orar por los misioneros que su iglesia estaba sosteniendo.

Una vez cada semana se reunían para este propósito. La primera semana se reunieron en casa de la señora Jones, la cual preparó un té con pastas. La próxima semana en casa de la señora Smith, y

ésta no queriendo ser menos que la señora Jones preparó un té y pastas, y un poco mejor. Al pasar las semanas y meses, la preparación del yantar se hizo más y más importante; más tiempo se empleó charlando alrededor de la mesa y menos en oración. El propósito original de orar por los misioneros era noble, por cierto, pero la visión que constituía la razón de aquellas reuniones estaba desenfocada.

En numerosas ocasiones, en varios dormitorios y cuarteles militares yo he presentado a los jóvenes los derechos de Jesucristo. Inevitablemente cuando yo encuentro a alguien y le digo que quisiera hablarle de Cristo, la inevitable pregunta es: «¿A qué denominación pertenece usted?» ¿Es que hemos metido en la cabeza de la gente no creyente de este mundo que estamos más interesados en reclutar gente para nuestra denominación particular que para Jesucristo? ¡Es tan fácil caer en la trampa de pedir a la gente ser fiel a sus programas preferidos, más bien que a la voluntad de Dios! Aprendí hace tiempo que las personas a las cuales tratamos de conquistar se dan cuenta muy fácilmente de la diferencia entre ambos objetivos.

2. No deis la impresión de que la gente os está haciendo un favor a vosotros o a Dios, si se convencen de la necesidad de ser fieles a la causa de Cristo,

El apóstol Juan relata un incidente que ocurrió en el ministerio de Nuestro Señor Jesucristo. La gente quería coronarle rey, pero Jesús sintiendo que sus motivos eran impuros les hizo algunas sinceras pero duras observaciones. Juan dice: «Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y no andaban ya con él.» En este momento Jesús hizo algo sorprendente, volviéndose a los doce les dijo: «¿Queréis vosotros iros también?» (Juan 6:66-67). Yo no creo que el Señor Jesús se sintiera personalmente triste o desengañado, no. Nuestro Señor Jesús estaba una vez más subrayando el coste que implica ser su discípulo.

Si olvidamos este importante principio corremos el riesgo de reclutar hombres infieles. En Deuteronomio 5:8, Dios señala los tres requisitos que debieran reunir aquellos hombres que tenían que entrar en batalla: «Y los oficiales volverán a hablar al pueblo y dirán: ¿Quién es hombre medroso y pusilánime? Vaya y vuélvase a su casa, y no apoque el corazón de sus hermanos como el corazón suyo.» El luchar por Dios siempre es sobre una base voluntaria. Por grande que sea la necesidad —y la necesidad es grande— Cristo no sacrificará cualidad para ganar cantidad. Y nosotros como embajadores suyos no podemos hacer otra cosa.

Un día se me pidió predicar en una de las iglesias en la ciudad donde yo vivo. El pastor tenía que estar fuera del pueblo; al hablar con uno de los ancianos en el teléfono le pregunté si quería que yo enseñase en la escuela dominical además de predicar en el culto del domingo por la mañana, él me respondió que esto último no era necesario, puesto que ellos habían señalado instructores de la escuela dominical que lo harían.

Pero después que hube predicado en el culto de la mañana, mientras estaba saludando a la gente en la puerta de la iglesia, de repente el superintendente de la escuela dominical me acometió, y con mirada imperiosa me señaló algunos materiales que llevaba en su mano, diciendo: «Quisiéramos que usted enseñara en la clase de adultos; el señor Griffin que dirige esta clase no ha venido hoy.»

Yo le indiqué que me habían asegurado que no sería necesario para mí enseñar en la escuela dominical, y por esa razón no estaba preparado. Replicó, si usted no lo hace no lo hará nadie; además yo tampoco estoy preparado para la lección que he de dar en mi propia clase.

Así que me dejó de una pieza con los materiales de escuela dominical en la mano. Después supe que aquello era el resultado de cómo habían sido reclutados los instructores de la escuela dominical algunos meses antes. Fueron preguntando uno a uno a

los miembros de la iglesia si querían enseñar en una clase, y todos rehusaron, diciendo que no tenían dones para ello. Sin embargo, puedo asegurarnos que aun cuando el señor Elliot dio la misma excusa que los demás, si el superintendente le hubiera dicho: señor Elliot, comprendo que usted no tiene dones de maestro, pues no ha tenido ocasión de habilitarse en este campo; sin embargo, a causa de nuestra desesperada necesidad le ruego si usted quisiera enseñar en una clase de escuela dominical, el señor Elliot habría salido de la iglesia con gran enojo. La excusa que él dio de que no tenía dones era cierta, pero él mismo no lo creía, lo rué no quería era tomarse la molestia.

El superintendente estaba desesperado por cada uno que rehusaba, y empezó a insistir tanto, que por fin alguien condescendió diciendo: Bien, para hacerle un favor a usted yo acepto ser instructor. Ahora yo pregunto: ¿Con esta clase de actitud, qué clase de trabajo harían aquellos instructores? Su preparación sería el azar, probablemente hecho en un momento en que su programa de televisión no fuera demasiado interesante, y dejaban el estudio del tema tan pronto como la televisión pasara a otro programa. Y si les parecía, o si tenían algún otro trabajo que hacer en domingo, no titubeaban en faltar a la clase.

Nuestro Salvador se siente honrado y privilegiado de que nosotros nos hayamos entregado a él como discípulos suyos, pero Dios no permite que sintamos como que estamos haciéndole un favor siéndole fieles. De igual modo si no podemos llevar nuestros programas con una clase de personas que tomen a pecho el encargo, mejor sería no realizar tal actividad.

3. Creer en el asunto, no meterse en el asunto.

Este principio nos enseña que debemos empezar con poco e ir profundizando, más bien que concentrarnos en la idea de crecer y como resultado tener algo inmanejable. Cuando nos metemos en

un negocio, sin crecer en tal negocio, esparcimos nuestros recursos y disipamos nuestros esfuerzos (véase Prov. 24:27).

Supongamos que usted y yo nos proponemos cazar ciervos, y nuestro objetivo es atrapar a tantos como podamos. Temprano por la mañana nos hallamos en un amplio prado donde están pastando treinta o cuarenta ciervos. Tenemos dos escopetas, una con telescopio de largo alcance, y otra sistema trabuco.

Excitadamente yo le susurro: «Use la metralleta de manera que podamos alcanzar a cada ciervo del grupo, pero usted no quiere matarlos de este modo y me responde, usemos el fusil con antejo de largo alcance, pues de esta manera podremos por lo menos y con toda seguridad, alcanzar a uno o dos.

Sí, pero si usted usa el fusil de largo alcance todos los demás escaparán a correr; «aquí está nuestro dilema». ¿Queremos tener la satisfacción de herir a varios venados del grupo, aun cuando ello signifique que todos escaparán, o bien queremos traer a casa uno o dos, sabiendo que el resto no han sido heridos? Yo creo que unánimemente nuestra decisión será usar el fusil con telescopio más bien que el trabuco.

Nuestro ministerio debe tener un propósito fijo que es: reclutar un pequeño grupo de hombres y educarles de un modo profundo. Tan sólo cuando usted ha educado debidamente, que puede lanzarles a un programa de reclutamiento. No trate de comprometerse con más personas que las que puede manejar de un modo adecuado.

4. Adapte el trabajo a la persona, más bien que la persona al trabajo.

Debemos ser extremadamente cuidadosos de no reclutar gente para usarlos. Nuestro ideal debe ser ayudarles, y ellos apreciarán la diferencia. Cuando el Señor Jesús encontró al joven rico le dijo que entregara su riqueza a los pobres y le siguiera. El Salvador no estaba tratando de usar al joven pidiéndole que prestara sostén al

ministerio apostólico, sino más bien tratando de suplir su propia necesidad personal: el primer paso para ello era separarle de su desordenado afecto a la riqueza.

Determine con oración a cuál persona va usted a ayudar y ayúdela en aquella esfera más bien que aprovechar su habilidad o hobby para que lo dedique a la obra del Señor. El peligro consiste en que la tal persona no lo haga por amor al Señor, sino como una oportunidad para su acción; pero si usted educa a la tal persona en una vida espiritual profunda, vendrá el tiempo cuando pondrá voluntariamente sus habilidades y sus dones al servicio del Señor de todo corazón, Nuestro Señor Jesús está más interesado en lo que una persona es, que en lo que puede hacer. El ser es asunto nuestro; el hacer es asunto de Dios.

5. El discipulado debe tomar en consideración al hombre entero.

El desarrollo implica educación. Alguien puede decir; yo pensé que estábamos hablando de reclutamiento, no de educación. Así es, pero debemos recordar que en la vida cristiana, al revés que en otros temas, el reclutamiento y la práctica van mano a mano. Permítame ilustrarlo.

Cuando un joven es reclutado para la marina la primera persona que encontrará será un oficial muy amable que le explicará todas las ventajas y virtudes de la marina. Después que el recluta habrá firmado el contra es enviado a un campo de entrenamiento, y allí puede encontrar al más desagradable, exigente y estúpido sargento instructor. La reacción del recluta será ¡Dios mío en que lío me he metido! Pero ya es demasiado tarde, nada puede hacer ya el recluta para volver atrás, el severo instructor no tiene para nada en cuenta lo que el recluta piensa de él, del aprendizaje o del cuerpo de marina en general, su deber es entrenar, no reclutar. Pero no es así en la vida cristiana. La Biblia nos enseña que nuestro ingreso en el ejército de Cristo es sobre una base estrictamente voluntaria; cualquiera puede dejarla en cualquier

momento; por consiguiente, el disciplinado y el reclutamiento van unidos y debe continuar así durante todo el proceso. Tenemos que continuar reclutando al posible discípulo de Cristo mostrándole que estamos dispuestos a ayudarlo en cada esfera de su vida.

Para hacerlo sencillo permitidme sugerir que el desarrollo puede ser clasificado en tres esferas: Enseñanza, entretenimiento y edificación. Llamamos enseñanza al hecho de impartir conocimiento; entrenamiento a impartir habilidad para la obra; y educación a la modificación y mejoramiento del carácter. El desarrollo de nuestros discípulos debe incluir las tres cosas, enseñanza, entrenamiento y edificación.

Suponed que queremos enseñar a nuestro hombre a hacer evangelismo. Nos juntamos con él y le mostramos las diversas técnicas, tal como las estudiamos en el encuentro de Jesús con la mujer samaritana. El aprende como iniciar una conversación acerca de Cristo, aprende de memoria algunos versículos clave sobre los diversos aspectos del Evangelio; puede incluso aprender dos o tres anécdotas ilustrativas que puede usar al dar testimonio. Habiéndole enseñado a utilizar estas cosas, ¿está cumplido nuestro deber? De ningún modo, pues esta persona todavía no ha salido a hablar a alguien acerca de Cristo.

Ahora necesitamos entrenarle en la práctica. Al salir los dos juntos para la labor de evangelismo nos sentimos algo tímidos, él más que yo; así que le prometo que empezaré yo la conversación; todo lo que él necesita es observarme. Hacemos esto un número de veces, hasta que gradualmente yo empiezo a introducirle a él en la conversación. A medida que él va sintiéndose más confiado y eficiente toma más y más parte él mismo en la conversación. Finalmente, es él quien hace toda la tarea, yo sólo le observo. El puede conducir una persona a Cristo tan bien como yo o quizá mejor. ¿Está mi tarea como instructor de evangelismo terminada ya? No, todavía no.

Suponed que después de todo, este hombre no tiene un corazón para el evangelismo, suponed que tiene ideas equivocadas en cuanto a teología, o en cuanto a la necesidad que las personas tienen de Cristo para ser salvos. El resultado es que en un momento u otro dejará de evangelizar, cuando no tenga el estímulo de mi compañerismo.

Un factor final es necesario para este desarrollo: el proceso de edificación. En este punto trataremos de cambiar en el discípulo el concepto de los valores, y esto afectará a toda su personalidad. Podéis ver que cuanto más allá vamos en esta tarea del discipulado, más difícil se convierte. Edificar es mucho más difícil que enseñar o entrenar. ¿Cómo edificaremos la vida espiritual de una persona? ¿Cómo influiremos en su personalidad? He aquí algunas sugerencias.

- a) Haga un estudio bíblico con esta persona, ayúdele a ver la perspectiva de Dios en el asunto.
- b) Póngale en un medio ambiente en el cual se manifieste el carácter cristiano deseado. Si está rodeado de un ambiente de celo evangelístico, hay grandes probabilidades de que abrazará esta convicción.
- c) Lo más importante de todo, incúlquele una vida de oración.

La Escritura dice que «Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia con Dios y con los hombres» (Lucas 2:52). Aquí vemos cuatro esferas del desarrollo de Nuestro Salvador como joven.

Sabiduría – el intelecto

Estatura –el cuerpo físico

En gracia con Dios-lo espiritual

En gracia con los hombres –lo social

Cuando nosotros recluíamos hombres y mujeres para que vengan a ser discípulos de Jesucristo, debemos pensar en su desarrollo en estas cuatro esferas. Esto no significa que nosotros tenemos que

ser expertos en cada una de ellas a fin de entrenar a un discípulo. Nuestro deber no es cumplir la totalidad de esta tarea, sino ver que se realice.

En esto es donde el cuerpo de Cristo se complementa en el ministerio de hacer discípulos. Bosqueja tu plan y experimentalo en una variedad de personas. Al trabajar con tu Timoteo tu tarea es simplemente ver que éste obtenga toda la ayuda y atención que necesita, exactamente como un padre hace con su hijo.

6. Debe haber el adecuado equilibrio entre el amor y la reprensión.

En la Biblia se habla tanto de una cosa como de otra.

La disposición de Dios hacia nosotros es de amor y él espera que nuestra disposición hacia otras personas sea lo mismo. Recordad que el Señor Jesús llamó al amor a cada uno de sus discípulos, pues les dijo: «Un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado; que también vosotros os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos los hombres que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos para con los otros» (Juan 13:34-35).

El Señor no dijo, la gente conocerá que sois mis discípulos por el número de versículos que sabréis de memoria, ni con la frecuencia que asistiréis a la iglesia, ni por el número de personas que conduciréis a Cristo; dice simplemente: «En esto conocerán todos los hombres que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos para con los otros.»

Pero este amor tiene que estar unido a la reprensión. Posiblemente, una de las mayores flaquezas del cuerpo de Cristo hoy día es que hemos renunciado a reprendernos los unos a los otros. El sabio Salomón estaba muy en lo cierto cuando dijo: «Reprensión manifiesta es mejor que amor secreto. Fieles son las heridas del que ama, pero engañosos los besos del que aborrece» (Proverbios 27:5-6). Un amigo personal me comunicó que

convencido por el estudio bíblico, iba a pedir a Dios que por lo menos una persona cada semana le reprendiera por algún detalle en su vida que requiriera corrección.

Esto sí que era un desafío, ¿no es verdad?

«No reprendas al burlador, no sea que te aborrezca; reprende al sabio y te amará» (Proverbios 9:8).

A menudo la razón del por qué la gente no nos reprende es porque tienen miedo de nuestra reacción; tienen miedo de que nos lo tomaremos de un modo negativo y no quieren perder nuestra amistad o buena relación. Así que cuando ven qué cosas no son cómo deben en nuestras vidas, y quisieran ayudarnos, se quedan callados, porque sospechan que somos «burladores» más bien que «sabios».

¿Cuándo fue la última vez que alguien vino a usted y le señaló alguna falta en su vida? Si hace tanto tiempo que apenas lo recuerda, no es porque su vida sea sin reproche; hay cosas en su vida que necesitan corrección, como las hay en la mía; la única manera como las personas os llamarán la atención es si se dan cuenta de que vosotros sois personas sabias, que sabréis apreciar cualquier advertencia que se os administre con amor.

Las personas son atraídas al discipulado con grandes dosis de amor, pero si el amor tiene que ser de un carácter bíblico debe estar entretejido con la reprensión. La clase de personas que Dios usa son aquellas que responden a tal entretejido, Jesús no puede usar a gente que se resienta cuando son corregidos.

7. Reclutad a vuestros prójimos para el discipulado siendo servidores suyos.

La marca de la jefatura es el servicio. Chesty Puller, considerado como el más eficaz entrenador de «marinos», dijo que el cuerpo de la marina necesitaba hombres que pudieran dirigir, no mandar. Un comandante dice a la gente lo que tiene que hacer, un dirigente muestra a la gente lo que tiene que hacer con su

ejemplo personal. Esto es uno de los más duros aspectos del proceso de disciplina. A todos nos gusta que nos mimen y nos sirvan, pero pocos de nosotros queremos arremangarnos y servir a otros. Sin embargo, esto es precisamente como la gente es reclutada para la causa del discipulado. Pocas cosas impresionan tanto como ver a una persona servir voluntariamente a otros. Maridos ¿cuándo fue la última vez que servisteis a vuestra esposa ayudándole a lavar los platos o haciendo algún otro trabajo de la casa? ¿Cuándo fue la última vez que ayudasteis a vuestros hijos a hacer sus camas, o a calentar sus habitaciones.

A todos los que conocemos la palabra de Dios nos gusta ser llamados servidores; pero a ninguno gusta obrar como tales. Como cristiano, cuando me llamáis siervo me concedéis el mayor honor, pero cuando me tratáis como un siervo me siento insultado.

Todos nosotros queremos ser llamados siervos de Jesucristo, sin embargo, nos resistimos con todas nuestras fuerzas a actuar como siervos de Jesús.

8. Reproduciréis vuestro carácter en otros discípulos, sea que lo queréis o no.

Esta es una de las verdades más ciertas en la Biblia. Muchos no pueden, y no se atreverían a decir cómo el apóstol Pablo «sed imitadores de mí». Piadosamente decimos a nosotros mismos y a nuestros discípulos: Pablo pudo haber podido decir esto, pero yo no lo puedo decir, antes he de decirlo: «no me imitéis a mí, imitad a Jesucristo.» El hecho positivo, es, sin embargo, que vuestro discípulo os imitará a vosotros, lo queráis o no.

Cuando empezáis a ayudar a una persona en la fe cristiana os imitará de la misma manera que un niño imita a sus padres, y quizá mucho más. Vendrá a ser lo que vosotros sois, no lo que vosotros decís. Yo he visto esto repetidas veces en la experiencia cristiana:

El líder puede predicar repetidamente que la gente debe evangelizar pero a menos que él de el ejemplo realizando este trabajo, hay muy pocas probabilidades de que sus oyentes lo harán. Muchas ilustraciones de la Escritura dan testimonio de ese hecho, que nos reproducimos según lo que somos. Abraham hizo pasar a su esposa por hermana a fin de salvar su piel (Génesis 2). Su hijo Isaac hizo lo mismo (Génesis 26:7). El sumo sacerdote Eli no supo criar a sus hijos (1. Sam. 2:12-7). Pues se reprodujo este defecto en la vida de su protegido, Samuel (1. Sam 8:1-5).

Por tanto es imperativo que os esforcéis en ser la clase de personas que queréis que vuestro discípulo venga a ser. Lo podéis saber por anticipado mirándoos a vosotros mismos. He aquí por qué este libro empieza con el capítulo: «La clase de persona que Dios utiliza», a fin de que estas cualidades que han de estar en la vida de vuestro discípulo, se encuentren primero en la vuestra propia.

Si sospecháis por un momento que las cualidades esenciales de un discípulo no están en vuestra propia vida es el momento de volver atrás y empezar en vosotros mismos. Id al primer capítulo y empezad a aplicar las cualidades de piedad en vuestra propia vida.

7

Cómo entrenar a un discípulo

Hacer discípulos empieza con la tarea de la evangelización. Si trabajamos solamente con cristianos en nuestro ministerio de hacer discípulos, entonces la ganancia neta para el Reino de Dios es cero. La evangelización es la marca del discípulo consagrado, y primariamente del fruto de este evangelismo es que el servidor de Dios escoge a su «Timoteo» para hacerlo discípulo.

Si el primer paso en el proceso de hacer discípulos es la evangelización el segundo es instrucción, una cosa es emprender el combate de libertar a cautivos, y otra emplear el tiempo necesario con un nuevo convertido para que éste crezca y madure a la semejanza de Jesucristo. En la reproducción física, la tarea de los padres empieza cuando el niño nace, inmediatamente después del nacimiento. Vienen los años de cuidadosa nutrición y entrenamiento para hacer que el niño crezca y se desarrolla de modo que pueda un día casarse y asumir la responsabilidad de su propia familia.

Debe haber una responsable pediatría espiritual que se ocupe del cuidado y protección del bebé nacido por el Espíritu; que atienda a tales bebés en Cristo desde el momento de su nuevo nacimiento hasta que han crecido para poder ocuparse de sí mismos. La Biblia

enseña que Dios tiene el corazón de un padre. Vimos en nuestro estudio de Isaías 40-66 que Jesús enseñó a referirnos a Dios como «nuestro Padre». El entrenamiento cristiano consiste en traspasar al recién convertido, el amante cuidado que Dios ha mostrado para con nosotros. Con mucha razón repugna a nuestra conciencia cuando oímos de algún bebé que ha sido abandonado; sin embargo, nuestra conciencia estaba oscurecida en cuanto a nuevos bebés en Cristo que son totalmente olvidados, dejados solos y expuestos a resbalar en la mundanalidad.

Muchos temen involucrarse en la tarea del entrenamiento de nuevos cristianos porque les parece que no tienen las condiciones adecuadas, piensan que no saben bastante para asumir la responsabilidad de venir a ser padres espirituales, o sienten que alguien más podría hacerlo mejor que ellos. Todos estos sentimientos de inaptitud son muy normales, y probablemente nunca dejaréis de tenerlos, se parecen mucho a la situación humana o física. Nunca yo he encontrado padres que al educar a sus hijos sientan ellos mismos que lo están haciendo a la perfección. La educación para el discipulado es, pues, ni más ni menos que el cuidado paterno unido al sentido común. Sin embargo, hay algunos principios básicos que pueden ayudar a un recién convertido a alcanzar la madurez. ¿Cuáles son las responsabilidades de los padres espirituales hacia sus hijos recién nacidos? Analicemos brevemente algunos de los más evidentes.

1. Procurad adecuado cuidado y protección, especialmente en cualquier esfera peligrosa

Mi hija mayor Débora Lynn nació con una membrana superflua en el pulmón, una membrana formada alrededor de aquella parte del pulmón que mezcla el oxígeno con la sangre. En la mayoría de los casos los niños nacidos con este defecto mueren. A nuestra hija le fue dado un 10 % de probabilidades de vivir. Podéis imaginaros cuan contentos estuvimos al descubrir que el médico

que cuidaba de Debora en el hospital era el más calificado pediatra de la ciudad. La puso aislada y tomó toda clase de precauciones para asegurar su sobrevivencia. Por la gracia de Dios así fue, y hoy día Debora, la señora de Lynn, es una señora llena de salud.

El cuidado y atención que el doctor dio a Debora me sirve como una buena ilustración de la diligencia que requiere cuando tratamos con recién nacidos espirituales. Suponiendo que usted tiene la responsabilidad de un nuevo bebé en Cristo aquí van algunas sugerencias. Insisto de nuevo, con cuidado, acerca del plan de la «salvación». «Este es el testimonio; que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene el Hijo de Dios tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1. Juan 5:11-12).

Cada persona que tiene al hijo de Dios tiene vida eterna. Podéis preguntar a un recién convertido, ¿dónde está Jesucristo esta noche? Cualquiera que sea su respuesta, podéis decirle que Cristo está de un modo especial en su corazón. Podéis usar la ilustración de un lápiz dentro de una Biblia, la Biblia representando a Jesucristo y el lápiz la vida eterna. Si el creyente tiene la Biblia (Jesucristo) tiene el lápiz (que representa la vida eterna), pues la vida eterna se encuentra en el Hijo.

Desgraciadamente muchos cristianos pasan años de su vida viviendo en una niebla de inseguridad porque no entienden lo que las Sagradas Escrituras enseñan acerca de este asunto; les falta la seguridad de la salvación. El debido crecimiento y desarrollo solamente puede brotar del conocimiento por parte del nuevo cristiano de que-es un hijo de Dios por toda la eternidad.

2. Orad con él.

La inmensa mayoría de oraciones del Nuevo Testamento no tienen que ver con los inconversos, sino con el crecimiento y madurez de los nuevos cristianos. Dos grandes oraciones de Pablo

en Efesios, por ejemplo, se refieren a su preocupación por el crecimiento y madurez de aquellos creyentes (véase Efesios 1:15-23; 3:14-20).

Yo encuentro que la oración es la tarea más dura en la que puedo involucrarme como cristiano; al mismo tiempo que es la más importante parte del entrenamiento. Si encontráis que la oración es tarea difícil, permitidme sugeriros que oréis simplemente con vuestro discípulo cristiano las mismas oraciones que encontráis en la Biblia, como estas citadas de las cartas a los Efesios. Podéis estudiar en el Nuevo Testamento oraciones que serían aplicables y entonces usarlas como parte de vuestro plan de entrenamiento. Otra cosa que yo hago es pensar en las esferas en las cuales yo mismo tengo dificultad, e interceder por mi amigo en aquellos asuntos. La Biblia dice: «No os ha tomado tentación sino humana» (1 Cor. 10:13). Todos nosotros luchamos con las mismas tentaciones y tenemos las mismas necesidades básicas.

3. Visítadle pronto y con frecuencia, después de su decisión por Cristo.

Esto es particularmente importante en los días que siguen a la experiencia de la conversión. Satanás reagrupa sus fuerzas para una contraofensiva y el recién convertido es particularmente vulnerable porque no entiende la naturaleza de la guerra espiritual, ni las grandes verdades de la Biblia que pueden ayudarle en medio de pruebas y tentaciones.

En los primeros diez días de la vida de un niño su madre tiene que estar casi constantemente sobre él. Cuanto más crece el niño con menos frecuencia necesita tales cuidados. Lo que es cierto en la esfera física lo es también en la espiritual.

Uno de los ministerios más significativos que podéis tener con vuestro nuevo cristiano es el de la animación. Hacedle saber que ahora él forma parte de la familia de Dios y que ambos sois hermanos en Cristo. Una de las cosas en las que Satanás tratará

de engañarle es haciéndole creer que las tentaciones y problemas a que tiene que hacer frente son únicas para él. Animadle con el hecho de que todos tenemos que luchar con los mismos problemas, y no sólo eso, sino durante los tiempos de tentaciones procurad estar cerca, luchando la batalla.

Procuradle una dieta adecuada

Cuando la pequeña Débora vino finalmente a casa del hospital, después de haber triunfado de su enfermedad, tuvimos la responsabilidad de alimentarla regularmente. No la alimentábamos cuando nosotros podíamos o teníamos tiempo libre para hacerlo, sino cuando ella necesitaba ser alimentada, y a menudo esto era en los momentos más inconvenientes para nosotros. Una cosa es cierta, que no le pedíamos que ella se arreglara por sí misma. Habría sido cruel decirle: «Querida, ¿quieres comer? Hay bastante alimento en la nevera, arréglate tú misma.» La adecuada dieta espiritual para un nuevo creyente debe incluir por lo menos:

1. Un tiempo quieto diario de adoración.

En Marcos 1:35 leemos acerca de los hábitos del Señor Jesús. «Y por la mañana, antes de ser de día, salía a un lugar solitario y oraba.» Cada día debería empezarse con un breve período de comunión con el Señor, pues así el creyente obtiene su alimento espiritual para el día. El tiempo quieto de adoración debe incluir un tiempo de oración y otro de lectura de la palabra de Dios.

Adoración: Empezad separando tiempo de adoración y oración sobre la grandeza de Dios. Animad al nuevo creyente a usar alguna de las grandes oraciones de la Biblia tales como 1 Crónicas 29:11-14.

Confesión: Es un período del culto privado en el cual se reconoce nuestra pecaminosidad y dependencia del Señor. «Si confesamos nuestros pecados Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros

pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Este versículo es el jabón del cristiano. Imaginemos que mi niño ha desobedecido yéndose a jugar con el lodo. Al venir llorando pidiendo perdón, yo no solamente le perdono sino que lo llevo al cuarto de baño y le lavo de pies a cabeza. Le limpio los vestidos de modo que cuando hemos terminado nadie puede darse cuenta de que ha estado en el lodo. Esta es la promesa que el Señor Jesús hace al creyente (1 Juan 1:9).

Acción de gracias: La larga lista de pecados mencionados en Romanos 1 empieza con la frase del versículo 21 «ni dieron gracias». Al principio de la vida cristiana el creyente debe aprender la importancia de ser agradecido. Esta parte del tiempo de oración consiste en enumerar las muchas bendiciones recibidas por la misericordia de Dios. La Escritura dice: «Toda buena dádiva, todo don perfecto es de lo alto y desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Santiago 1:7).

También debemos pasar algún tiempo intercediendo por otras personas; por nuestra familia, por los amigos, por la iglesia, por nuestro país. Podemos ayudar al joven cristiano en este aspecto de la oración enseñándole cómo usar un cuaderno de oración. Tomad una libreta y escribir en la página de un lado: peticiones, y en la del otro lado, respuestas. Anotad la fecha en que empezáis a orar por un asunto, y cuando viene la respuesta escribid la fecha al otro lado. Es un modo gráfico, que mostrará al recién convertido el modo maravilloso como Dios responde a la oración. Entre las muchas ayudas obtenibles para este tiempo de oración hay tres que son mis favoritas: «El tiempo quieto», publicado por Intervarsity Press, «Cita con Dios» y «Siete minutos con Dios»; los dos últimos publicados por los Navegantes.

Ayude al joven cristiano a ser consciente en este tiempo privado devocional, acudiendo usted para compartirlo personalmente con él en los primeros tiempos. Por ejemplo, tenga un culto

devocional con él por la mañana durante la primera semana de su andar con Dios. Durante la segunda semana vaya a juntarse con él de un día para otro; después una vez cada semana, por lo menos durante un mes o dos. Anímele a empezar con un breve período de comunión con el Señor, más bien que con un plan muy atractivo y variado. Esto es lo bueno del pequeño plan antes citado: «Siete minutos con Dios.» Es mejor tener siete minutos con el Señor de un modo perseverante cada día, y no ceder en esta costumbre, que proponerse tener una hora con el Señor cada mañana, y abandonarlo dentro de pocos días.

2. *Lectura Bíblica.*

«Desead como niños recién nacidos la leche espiritual de la palabra, sin engaño, para que por ella crezcáis (1 Pedro 2:2). Empezad el culto devocional con el joven cristiano, leyendo una pequeña porción, preferiblemente del Nuevo Testamento o de los salmos.

Un método que ha dado muy buenos resultados es leer un párrafo o dos y al meditarlo subrayar alguna palabra o algún versículo que os ha impresionado por su significado. Este sería el texto favorito de la mañana. Hacedlo durante seis mañanas y a la séptima revisad los seis textos favoritos y escoged de los seis uno al que consideréis más selecto de todos. Este versículo debería ser escrito en una pequeña tarjeta y aprendido de memoria.

3. *Estudio bíblico.*

El objetivo más importante de este entrenamiento es enseñar al joven cristiano a alimentarse él mismo de la Palabra de Dios. Ponedle en contacto con escritores que pueden alimentarle y enseñarle así «todo el consejo de Dios». Recordad que los comentarios de estas personas nunca pueden ser un sustituto de su propio estudio y meditación. Recuerdo que en los primeros días de la vida de mi pequeña Debora, qué alegría era cogerla en

brazos y alimentarla con el biberón. Cuando se hizo mayor, sin embargo, la enseñamos a alimentarse ella misma. Eso era tan importante para nosotros, como padres, que no le permitíamos emplear los dedos para comer; sabíamos que el proceso de enseñanza sería lento y difícil, pero era esencial.

En el período inicial del entrenamiento usted y su pastor tendrán que cumplir la mayor parte de la alimentación del nuevo bebé. Para muchos recién convertidos la tarea de aprender a alimentarse ellos mismos de la Palabra de Dios es laboriosa. Tiene el peligro de que parezca legalista e infructuosa. Por esta razón el nuevo cristiano a menudo será tentado a dejar de hacerlo. Dándose cuenta de esta tentación usted tendrá que actuar íntimamente con él, animándole a permanecer firme en su propósito. Hay muchas buenas ayudas para el estudio bíblico, pero desgraciadamente hay pocos que enseñen a una persona cómo alimentarse ella misma. La sociedad «Los Navegantes» tiene un estudio bíblico por series titulado «Plan del discipulado», cuyo objetivo es enseñar a los jóvenes lo que significa venir a ser un discípulo, y fortalecerle con ayudas para el estudio de la Biblia, de modo que pueda estudiar él mismo la Biblia sin otra ayuda que el Espíritu Santo. Otro excelente libro acerca de cómo estudiar la Biblia es el libro «Independence Bible Study», por Irving L. Jensen (Moody Press). Lo recomendaría para cristianos maduros.

Sea cual sea el método físico de estudio empleado, debe incluir un período de tiempo en que el joven cristiano repare su propio estudio, y otro momento cuando se junte con un grupo de personas que también han hecho el estudio y que ahora comparten su resultado y aprenden el uno del otro. En las primeras semanas de aprender cómo estudiar la Biblia, necesitaréis preparar la lección con el nuevo creyente. No hay otra manera de crecer, sino ésta, paso por paso.

Haceos dignos de amor y afecto

Hay una cosa que es imposible dar con exceso a la gente, y eso es amor. La gente malinterpretará el amor con imágenes de aquel amor que todo lo estropea; pero los dos no tienen nada de común. Los sociólogos y psicólogos nos dicen que si un niño es privado de amor en los primeros años de su vida, es dudoso que pueda entender lo que significa verdaderamente amar y ser amado, cuando sea mayor. Una de las necesidades básicas en la vida es ser amado, debemos aplicar el principio del amor tierno a nuestros bebés en Cristo. Rodear al joven cristiano con amor.

1. Invítadle a vuestra casa para la comida y hacedlo sentir como parte de la familia.

Bob Wheeler es un carpintero de oficio a quien Dios empleó para conducirme a Cristo, hace muchos años. Una de las cosas más significativas que hizo fue rodearme de cariño en el seno de su familia. Su hogar era como mi casa, allí siempre me sentía bien venido. No puedo recordar cuántas veces comí en su mesa, pero cuando pienso en Bob siempre recuerdo el texto de 1 Cor. 16:15: «Ya sabéis que la casa de Stéfanas es las primicias de Acaya, y que se ha dedicado al ministerio de los santos.» Es un versículo que tiene tanto significado para mí, que mi esposa y yo lo adoptamos como lema para nuestro propio hogar.

2. Rodeadle con el calor y comunión de la iglesia

El escritor de la carta a los Hebreos exhorta: «No olvidando vuestra congregación como algunos tienen por costumbre, antes exhortándoos unos a otros, tanto más, cuando que aquel día se acerca» (Hebreos 10:25).

Hay una cierta química que tiene lugar en la comunión de los creyentes, que produce un medio ambiente que conduce al crecimiento y a la estabilidad. Lo puedo recordar cuando Bob me llevaba a la iglesia por primera vez. Sus amigos vinieron a ser mis amigos, la comunión y el ánimo que demostraron fue el más

importante factor en mi desarrollo como cristiano. En la iglesia es donde tuve la oportunidad de observar a otros creyentes y adoptar su estilo de vida como mío, había mucho en mi vida vieja que tuvo que ser separado, mucho de la nueva vida que yo tuve que incorporar. Aquella pequeña iglesia jugó el mayor papel en mi transición.

3. Tomadle con vosotros.

Se dice del Señor Jesús «y ordenó a doce para que estuvieran con El y que les enviara a predicar» (Marcos 3:14). Viajad juntos, haced vacaciones juntos, jugad deportes juntos, haced cosas juntas. Lo que ocurrirá se halla expuesto en Proverbios 27:17. Para promover una atmósfera de aceptación recuerdo cuando yo estaba haciendo una de las cosas que más apreciaba de mi padre; es el hecho de que podía hablar con él acerca de cualquier asunto que me pasara por la cabeza sin temor de ser mal comprendido ni reprendido. Cuanto más crecí, más preciosa se me hizo esta herencia de confianza en mi padre, y es lo que estoy tratando de llevar a cabo con mis propios hijos. A menudo hay cosas en nuestros corazones de las que quisiéramos hablar a alguien, pero nos retenemos porque tenemos miedo de ser mal comprendidos. Cuando educamos a un cristiano es especial que él se sienta libre para compartir sus dudas, temores y problemas personales, por íntimos que sean, sin temor de que sea culpado o rechazado por causa de ello.

Pedro dice, «la caridad (amor) cubrirá multitud de pecados» (1 Pedro 4:8). Probablemente no puede hallarse mejor consejo acerca de cómo vencer los sentimientos de inaptitud que todos tenemos, particularmente en nuestras relaciones interpersonales. Al tratar de llenar las necesidades de mi esposa, educar a mis hijos y ayudar a otros en la madurez en Cristo, este sentimiento de inaptitud es a veces abrumador, pero todo sale bien añadiendo el ingrediente llamado amor.

La aprensión que usted sienta para asumir la responsabilidad de ayudar a algún cristiano recién convertido es muy natural, la aplicación de estos sencillos principios le ayudará, pero no eliminará todas las aprensiones. Manténgase unido a la tal persona, y ámele como amaría a un miembro de su propia familia. Dios hará el resto.

8

Cómo educar a un discípulo Impartiendo los puntos básicos

Al empezar el discípulo su ministerio de formar a otros discípulos para la misma obra encontrará cinco objetivos descritos por el apóstol Pablo en 1 Tesalonicenses 1:50-10.

1. Sólidas decisiones para Cristo.

«Pues nuestro Evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder y en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros» (Vers. 5). Cuando Pablo predicó el Evangelio a los tesalonicenses la palabra fue proclamada con poder. Fue acompañada por el Espíritu Santo, y el resultado fue que las gentes que vinieron a Cristo fueron llenos con mucha seguridad, hicieron sólidas decisiones para Cristo.

2. Discípulos.

«Y vosotros vinisteis a ser *imitadores de nosotros* y del Señor, habiendo recibido la palabra en medio de gran tribulación con gozo del Espíritu Santo» (Vers. 5). Esta es una decisión muy útil del discípulo, es alguien que viene a ser seguidor de nosotros y del

Señor. La gente aprende cómo seguir al Señor siguiendo al pueblo del Señor. Pablo pudo hacer discípulos en Tesalónica porque ellos estaban dis-puestos a imitarle. Además, porque la vida de Pablo era consistente con las Sagradas Escrituras bajo la dirección de Dios, los tesalonicenses vinieron a ser seguidores del Señor también.

3. Ejemplos.

«De modo que vosotros fuisteis ejemplo a todos los que creen en Macedonia y Acaya» (Vers. 7). Los tesalonicenses vinieron a ser modelo y escaparate de lo que significa en realidad ser cristiano. Sus vidas fueron ejemplo al resto de la gente en Grecia.

4. Reproducción.

«Porque partiendo de vosotros ha sido divulgada la palabra del Señor, no sólo en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar, vuestra fe en Dios se ha extendido de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada» (Vers. 8). Doquiera que Pablo iba la respuesta era: «Ah, sí, sabemos lo que usted está hablando porque encontramos a unos cristianos en Tesalónica», etc., etc. El ministerio de Pablo a los tesalonicenses fue tan eficaz que su inmediata respuesta fue compartir el evangelio con otros.

5. Dedicación.

«De cómo os convertisteis de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su hijo de los cielos» (Vers. 9-10).

Observad lo que esto implicaba:

- a) abandono de la idolatría;
- b) un retorno al verdadero Dios;
- c) servicio no pasivo;
- d) posesión de fe;
- e) expectación de la gloriosa vuelta de Cristo.

Hasta aquí hemos visto lo que incluye el traer hombres a Cristo y continuar educándoles como nuevos cristianos. Ahora bien, ¿qué implica traer nuevas personas de las etapas iniciales del

entrenamiento al discipulado maduro? Podemos llamar a esto un proceso de entrenamiento.

El proceso de entrenamiento

El diccionario define la palabra entrenar como dirigir el crecimiento por instrucción, disciplina y ejercicio, hasta dar forma a una planta por domar, poda y forzar sus ramas en una dirección. Al entrenar debemos ayudar a la gente a usar hasta el máximo su potencial para Jesucristo. En el proceso de entrenamiento debe ser recordado que el entrenador no puede realizar por sí mismo la obra del Espíritu Santo; no puede alcanzar las profundidades secretas del hombre y cambiar su sentido de los valores, aunque a menudo desea que pudiera hacerlo cuando se encuentra con personas que aparentemente están dando sus vidas por cosas erróneas y cuyo sentido de los valores parece estar desquiciado.

Todo lo que el entrenador puede hacer es ayudar a la persona en lo que ésta quiere hacer. Si una persona no ve las cosas desde el punto de vista de Dios, si no somete su vida a Jesús como Señor, si no quiere pagar el precio de ser una persona de Cristo hay poco que se pueda hacer para disciplinarlo. Por esto, la mayor parte de este libro está dedicada a traer a la vista los objetivos clásicos de la vida cristiana. Si una persona está entregada a Jesucristo y altamente deseosa de hacer su voluntad, el proceso de entrenamiento resultará sencillo y placentero.

En última instancia el entrenador sólo puede contribuir al desarrollo de una persona en dos esferas. 1ª La entrega del tiempo, y 2ª la oportunidad de aprender. Todos los otros factores conducentes al cambio y crecimiento de un sentimiento de responsabilidad personal, voluntad a la obra con sacrificio, flexibilidad e inteligencia nativa, son más bien heredados por la misma persona.

El entrenador debe someter, por tanto, toda la responsabilidad del cambio a la persona que está educando. Puede, sin embargo,

proveer a la tal persona con una variedad de técnicas de entrenamiento que serán útiles a sí mismo para su propio desarrollo. El entrenador asume entonces, simplemente, el papel de guía y estímulo para la persona, capacitándola para obtener sus propios objetivos. Hay varios instrumentos y métodos que pueden ser usados en educar a las personas para venir a ser discípulos. Estos deben ser bien distinguidos de los principios que tienen aplicación universal, Jesús dijo a los judíos que habían creído en El: «Si creyereis a mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos» (Juan 8:38). Uno de los objetivos del discipulado es «continuar en la Palabra». Los diversos cursos de estudio de la Biblia y memorización de textos que tenemos a mano son simplemente métodos para ayudar a la gente a permanecer en la Palabra. El discípulo incipiente debe estar, pues, mirándole a usted como el entrenador, por la ayuda que le da, proporcionándole los mejores métodos, pero la metodología nunca debe ser el ideal principal, ni el objetivo en el proceso de hacer discípulos. Al tratar de hacer a un joven discípulo puede empezar preguntándole: ¿qué es un discípulo? Después que haya intentado varias definiciones posibles debe sugerirle ¿por qué no lo estudiamos en el Evangelio de Juan durante la semana próxima para ver lo que dice? Una semana después, si han empezado a estudiar lo que es un discípulo en el Evangelio de Juan puede preguntarle: ¿Le gustaría a usted ser un discípulo? Suponiendo que su respuesta es sí, tome la idea mencionada en Juan 8:31 acerca de permanecer en la Palabra, y pídale que emplee la próxima semana pensando en cómo puede permanecer en la Palabra. Más tarde, le sugerirá varias maneras por las cuales una persona puede permanecer en la Palabra de Dios, pero no se lo diga de repente, deje que lo descubra él mismo.

En su próxima reunión pídale de compartir con usted los diversos métodos y maneras de practicar las enseñanzas de la Palabra de Dios. Después de repasar lo que ha descubierto por sí mismo,

pídale que emplee una semana orando acerca de lo que el Señor quiere que haga en cada una de estas esferas que El habrá puesto en lista. Por ejemplo: Puede haberle sido sugerido un estudio bíblico, lectura de la Palabra y memorización de textos. Su objetivo, ahora, es encontrar lo que el Señor quiere que haga en cada una de estas esferas.

Es muy probable que cuando vuelva a reunirse con él descubra que los objetivos que se ha fijado espontáneamente son mucho más altos que los que usted le sugeriría. Una de sus tareas, entonces, es ayudarle a modificar sus propósitos y mantenerle realista en sus objetivos personales. Sean lo que sean, tales objetivos son su idea, el producto de sus más altas determinaciones ideales acerca de la voluntad de Dios para su vida. Ayúdele a descubrir los principios del discipulado por sí mismo, mediante el estudio de la Palabra, y asegúrese de que las aplicaciones que hace de tales principios son auténticamente suyas.

Como hemos sugerido en el capítulo acerca del entrenamiento, este tipo de instrucción individual sólo puede ser llevado a efecto sobre la base de uno a uno, la comunión cristiana, la enseñanza de grupo jugarán un papel estratégico en favor del ministerio de aquel discípulo, pero nada puede reemplazar la atención personal.

¿Cuáles son las cosas básicas?

Hace pocos años estaba yo hablando con una persona acerca del plan de uno a uno, tratando de enseñarle cómo hacer un discípulo de la persona a quien había convertido. Al hablar sobre lo que esta persona necesitaba surgió la pregunta: «¿Cuáles son las características absolutamente esenciales que deben aparecer en la vida de una persona para considerarla un discípulo?» Después de discutir este asunto por un rato decidimos hacer un estudio personal sobre ello y discutir después nuestros hallazgos.

Cuando nos reunimos la próxima vez hicimos una lista de todas las cualidades que queríamos ver en la vida del supuesto discípulo. Al terminar teníamos tantas cosas en la lista que parecía una cuenta de supermercado. Entonces decidimos que teníamos que discernir entre las cosas que nos gustaría ver en un recién convertido y las condiciones absolutamente esenciales.

Continuamos este trabajo y llegamos a las conclusiones básicas mediante una pequeña ilustración que usamos en «los Navegantes» llamada «la Rueda».

La rueda es una ilustración del creyente centrado en Cristo y lleno del Espíritu que anda en obediencia.

El eje de la rueda

El eje de la rueda es Jesucristo. Él es el centro de todo. Pablo escribió: «Con Cristo estoy crucificado y vivo no ya yo; mas Cristo vive en Mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó así mismo por mí» (Gálatas 2:20).

El eje de una rueda hace dos cosas, proporciona el poder que la mueve, y asimismo da dirección a la rueda. Este es el papel que Jesucristo juega en la vida de cada creyente.

Recuerdo que cuando era niño, estaba mirando a un chico, compañero mío, que hacía rodar un neumático colina abajo. Aquella rueda sin eje escapó de su control y saltó por encima de los campos adyacentes, destrozó algunas flores derribó el palo que sostenía un entoldado, derribó unas botellas de Coca-Cola, y finalmente se detuvo en la valla del vecino. El problema del neumático es que no tenía eje que le diera dirección. Cristo, el eje de la vida del cristiano, le proporciona dirección. Sin la dirección de Cristo estamos en constante turbación chocando con otras personas, poniéndonos a nosotros mismos en dificultades y causando daño.



Los radios de la rueda

1. La Palabra de Dios

Uno de los radios del dibujo es la Palabra de Dios. La Escritura dice: «Que la Palabra de Cristo habite en vosotros en abundancia con toda sabiduría; enseñando y amonestándoos los unos a los otros con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor» (Colosenses 3:16).

Dawson Trotman, fundador de «Los Navegantes» dibujó una ilustración para mostrar cómo la palabra de Dios puede estar en la vida del cristiano. Hay cinco principales maneras: Oyendo, leyendo, estudiando, memorizando, y meditando. Las cinco deben actuar conjuntamente si queremos poseer un firme conocimiento y apoyo en la Palabra de Dios.

a) *Oír*: Ayude a su recién convertido a escuchar con atención. Sugiera que tome notas en la iglesia cuando el pastor predica. Es bueno, después que ha terminado el culto, comparar las propias notas con las de otros, hablar de lo que fue dicho y

buscar manera para aplicarlo. Quizá su pastor quedará sorprendido de ver que hay personas que toman notas cuando el habla en la iglesia, pero estoy seguro de que le complacerá y animará ver que hay alguien que presta tal atención a su comentario sobre las Escrituras.

b) *Leer*: Anime a su discípulo a adoptar algún plan para leer toda la Biblia en un año. Leyendo aproximadamente 3 capítulos cada día, se puede leer toda la Biblia en el término de un año. Hay muchos planes de lectura de la Biblia entera para hacerla del modo más agradable y provechoso. Sin duda su pastor puede proveerle alguno. Leer toda la Biblia en un año le dará una vista panorámica de todas las Escrituras, y un conocimiento de lo que Dios ha hecho a través de los siglos.

c) *Estudiar*: «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la Palabra de Verdad»



(2.a Timoteo 2:15). El estudio de la Biblia es lo esencial para sacar provecho de la Palabra de Dios. Hay cinco principios que debieran caracterizar a todos los estudios bíblicos cualquiera que sea el método empleado. Estos son:

1. *Investigación original.*

El discípulo y el Espíritu Santo se juntan en el propósito de aprender de la Palabra de Dios y el Espíritu toma el papel de instructor. El discípulo puede necesitar libros auxiliares, pero estos sólo deben ser usados después que ha completado su propia investigación original.

2. *Consistencia del sistema.*

Esto significa no estudiar una porción un día o en una semana y dejarlo por tres meses. El estudio sistemático significa un plan de ataque y no una investigación hecha de vez en vez al azar.

3. *Reproducción escrita.*

El discípulo debe escribir sus pensamientos obtenidos del estudio bíblico. Alguien dijo: «La tinta más pálida es mejor que la mente más retentiva.» Todos nosotros hemos hecho la desafortunada experiencia de perder para siempre preciosos pensamientos que habíamos obtenido durante la lectura y meditación de la Biblia por la simple razón de no haberlos escrito.

4. *Pasar a otros lo que sea práctico.*

Recuerde que el objetivo es formar un ministerio continuado de discípulos que se hagan unos a otros por varias generaciones. Un amigo mío compartía su estudio bíblico que incluía varios comentarios críticos de griego y hebreo. Sin duda, que era un estudio impresionante, pero de bien poca eficacia en el terreno

práctico para el que recibía tales enseñanzas, pues aun cuando él las entendiera, era muy difícil «pasarlas a otro».

5. *Aplicación.*

La Biblia no nos es dada principalmente para aumentar nuestro conocimiento, sino para cambiar nuestras vidas. Como lo dijo el doctor Howard Hendricks, profesor del Seminario Teológico de Dallas: «La interpretación sin aplicación es aborto.» En el Estudio Bíblico no sólo tratamos de encontrar lo que dice, sino lo que nos dice a nosotros.

Puede que el responder las siguientes preguntas le sea un método útil de estudio bíblico.

1. *¿Qué dice aquí?*

Analice el pasaje (ya sea un párrafo o un capítulo entero) versículo por versículo, anotando cualquier referencia similar o ilustrativa que le venga a la mente. Por ejemplo, si está usted estudiando 1.a Timoteo 3:16, posiblemente la referencia que le venga en mente sean 2.a Pedro 1:21. Haga entonces una lista de las observaciones o pensamientos que le sugiera dicho pasaje.

2. *¿Qué dice aquí que yo no lo entienda?* Escriba todos los problemas que tenga con el pasaje. Cuando yo empecé a hacer estudios bíblicos pensaba que cuantos menos problemas tuviera es que entendía mejor el pasaje, pero cuando he estudiado más las Escrituras comprendo que es precisamente al revés, cuanto más profundamente yo sondeo un pasaje, más problemas tengo, eso es, hay más cosas en el capítulo de las que me doy cuenta que no entiendo. Algunas de las preguntas serán respuestas en el curso de su estudio bíblico; algunas otras serán respuestas mientras habláis con otros acerca del tema, y algunas puede que nunca podáis verlas plenamente respondidas.

3. *¿Qué dice en el sumario o bosquejo?*

Haced un bosquejo del capítulo con sus divisiones más importantes, o escribid un sumario del capítulo. Si preferís escribir un sumario tened cuidado que no venga a ser una copia literal del mismo pasaje bíblico. Algunos han hallado que les iba bien el aplicar ambas técnicas; eso es, primero hacer una lista de las principales funciones y luego escribir un sumario de cada una de ellas.

4. *¿Qué dice para escribir vuestra aplicación personal?* Puede usarse la siguiente forma:

A) Establecido el problema, dad un ejemplo específico de vuestro caso;

B) Indicad la solución que el espíritu de Dios os indique aplicar;

C) Bosquejad los pasos específicos de vuestro plan. Tened cuidado en usar sólo pronombres personales, yo, mí; evitad pronombres colectivos, como nosotros. Recordad que no es nuestro problema, es mi problema;

D) Memorizar. Probablemente, no hay método escritural que dé tan buenos resultados en razón del tiempo empleado como aprender textos de memoria. Yo he estado aprendiendo textos de las Escrituras de memoria por varios años y lo considero como una disciplina extraordinariamente provechosa. Memorizar el versículo es sólo una pequeña parte de la tarea. Lo importante es repasarlo suficiente número de veces para que no perdáis ninguna palabra, y retengáis su pleno significado.

Hay muy buenos planes para el aprendizaje de versículos de memoria, y estoy seguro de que vuestro pastor puede facilitaros alguno que corresponda a vuestros deseos. Uno de los que he encontrado más útil es el sistema de memorización tópica publicado por «Los Navegantes». La razón porque lo sugiero es

porque este plan está designado para enseñar cómo memorizar las Escrituras uno mismo.

E) Meditar. Este concepto está en el dedo mayor, en la ilustración de la mano, y encuentra su aplicación en los otros dedos. Escucháis la palabra y la meditáis, leéis la palabra y la meditáis, la estudiáis y la meditáis, la aprendéis de memoria y la meditáis, la meditación se adapta a cualquier ejemplo, fija el pasaje en la mente y os ayuda a formular aplicaciones.

Si yo solamente escuchara la palabra de Dios y la meditara, es como si tratará de asir la Biblia con un dedo y el pulgar, lo cogería, pero sin mucha firmeza, pero si la oigo, la leo y la medito puedo asirla mejor. Sin embargo, aún no es suficiente. Puedo asir con mucha más fuerza la espada del espíritu cuando pongo los cinco dedos en operación.

2. *Oración.*

Este ejercicio es paralelo al estudio de la palabra y ocupa un papel de balance en la vida cristiana. La persona que está fuerte en la palabra, pero débil en oración es como un esqueleto; no hay carne en él, la persona que es muy fuerte en orar, pero débil en la palabra, es como una persona muy gorda, pero de esqueleto débil, la palabra y la oración forman el debido equilibrio en la vida cristiana.

La oración no requiere gran metodología, es simplemente conversar con Dios, pero a causa de su papel estratégico en la vida cristiana el diablo hace todo lo posible para impedirla, si usted es débil en la oración procúrese un compañero, alguien que venga a orar con usted regularmente en momentos con-venidos. Recuerdo cuando yo estaba en el colegio que comprendí mi debilidad en este aspecto, así que hablé con un compañero para que viniera a orar conmigo cada semana. Nos encontrábamos en un dormitorio vacío a las once y orábamos hasta las cuatro de la tarde. Yo no puedo recordar todas las cosas por las cuales

oramos, pero sé que fue un ejercicio extraordinariamente provechoso para ayudar a edificar el hábito de la oración en mi vida.

Uno de los más sugestivos libritos que yo he leído sobre el tema de la oración es *La oración fuente de poder*, por E. M. Bounds; recomiendo en gran manera su lectura y aplicación.

3. *Testimonio.*

Otra marca del discípulo fiel es que el testimonio sea una parte integral de su vida. Las últimas palabras del Señor Jesús a sus discípulos fueron «pero recibiréis poder después que el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1:8).

Testificar es una de las tareas que tratamos de evitar, pero después que entramos en ella la emoción y el gozo que causa es tan grande que nos maravillamos de que hayamos titubeado de empezar. Probablemente uno de los mayores temores que la gente tiene al testificar es el temor de ser rechazado. «No quieren oírme», nos decimos. «Probablemente está ocupado y preocupado con otras cosas, puede molestarse y reprenderme por tratar de hablarle de asuntos espirituales.» Sin embargo, ¿cuándo ha ocurrido que la gente se nos enfadara por hablarles de asuntos espirituales? La mayor parte de las veces hemos quedado sorprendidos de ver cuán atentamente escuchaban y se interesaban.

Hace algunos años yo estaba ayudando a un joven que era extraordinariamente tímido para testificar. Estaba empezando a estudiar para el ministerio, así que le pregunté: Joe ¿a cuántos estudiantes en la Universidad conoces personalmente; quiero decir a cuántos conoces por nombre?

Después de haber estado en la escuela un par de meses solamente conocía dos o tres por nombre.

Yo le dije a Joe: «En las próximas cuatro semanas quiero que conozcas personalmente a tantos estudiantes en la universidad como puedas, digamos que te propones conocer personalmente a cincuenta estudiantes. No tienes que testificarles enseguida el Evangelio, ni siquiera decirles que eres cristiano, todo lo que tienes que hacer es entrar en amistad con ellos, ve a los juegos atléticos y conversa con ellos sobre los incidentes del juego; come con ellos y entabla conversación con tal motivo. Haz todo lo que puedas para darte a conocer a cincuenta jóvenes, de modo que dentro de un mes cuando yo vuelva puedas introducirme a cada uno de ellos por nombre.» Un mes después volvía a visitar a Joe en la Universidad, y hallé que había llevado a seis jóvenes a Cristo. No llegamos a hablar acerca de si había conseguido conocer personalmente a cincuenta jóvenes; ni tuvimos necesidad de hacerlo; él había descubierto por sí mismo que al hacerse amigo de «públícanos y pecadores» el Señor proveía de un modo natural oportunidades para compartir su fe. Testificar, pues, empieza con establecer amistad con no cristianos. Cuando estas amistades maduran el Espíritu Santo proveerá oportunidades para testificar. Cuando usted entrena a un discípulo llévele consigo para experiencias de testimonios. Introdúzcalo a amigos no cristianos, y que él le vea a usted en acción de compartir su fe. De este modo él ganará confianza y se sentirá animado para hacer lo mismo con sus propios amigos no cristianos.

Yo recuerdo otra ocasión cuando trabajando con estudiantes en un Campus Universitario había un joven en mi grupo que era muy tímido acerca de hablar a otros acerca de Cristo. Podía persuadirle a que viniera a hacer estudios bíblicos y que aprendiera textos de memoria, pero no podía hacer que diera testimonio.

Después de varios meses de instarle Bill convino a duras penas conmigo de ir a llevar el Evangelio, con la condición de que él no tuviera que hablar. Salimos y hablamos a un amigo mío acerca del Señor. Repetimos esto varias veces con diferentes personas, hasta

que Bill ganó suficiente confianza para unirse conmigo en la conversación.

Entramos en la habitación de Ron y conversamos unos pocos minutos, entonces Bill cambió el tópico de la conversación y empezó a hablar del Evangelio. Al escucharle me di cuenta con horror que Bill estaba haciéndolo totalmente mal. Empezaba por lo último, usaba versículos equivocados; quebrantó todas las reglas del libro de evangelismo práctico que estábamos estudiando, yo me sentía tan incómodo que tuve que morderme la lengua varias veces para no entrar en la conversación y contradecirle.

Después de varios minutos que me parecieron horas, Bill dijo: «Bueno, Ron; ¿quieres aceptar a Cristo, sí o no?» «Por supuesto que quiero», fue la respuesta. Cuando nos arrodillamos al lado de la cama de Ron me parecía como si estuviera en un sueño. No podía creer a mis oídos, Ron había orado y recibido a Cristo; y como Bill continuó visitándole conmigo, en los meses subsiguientes, pude darme cuenta de que había venido a ser un verdadero discípulo de Cristo.

¡Qué lección me dio el Espíritu Santo! La evangelización es obra de Dios, no del hombre, y el Espíritu Santo puede usar los más débiles esfuerzos de las personas creyentes y utilizarlos para traer a Cristo a algún pecador que busca.

4. Comunión.

En el capítulo próximo hablaremos acerca del desarrollo de los dones de la gente y su uso en el cuerpo de Cristo. La comunión alrededor de la Palabra de Dios y la oración es el centro y una parte muy importante de la vida cristiana. Traiga a su discípulo a la comunión de hermanos y hermanas que puedan edificarle. No tenemos que decir mucho acerca de la comunión, pues juega un gran papel en la vida del cristiano normal, tanto que, si no

ponemos cuidado, puede venir a ser desproporcionadamente extenso en relación con el resto de los «radios».

Los radios de una rueda deben ser todos de una longitud similar para que la rueda se mueva suavemente, sin vibraciones; ningún radio debe ser más pesado o jugar un papel más prominente en la vida del discípulo que otro, además cuanto más largos son los radios mayor es la circunferencia de la rueda y ocupa más espacio cada revolución, el objetivo del discípulo es edificar cada uno de los radios.

Otra cosa puede ser dicha acerca de los radios, y es que ellos proveen el único contacto que el centro tiene con la circunferencia. El cristiano está en contacto con Jesucristo por medio de los radios. Dos de ellos, la palabra y la oración, tienen que ver con la vida interior y los otros dos, que son testimonio y comunión, tienen que ver con la vida exterior. Alguien ha dicho que si su exterior excede a su interior la falta de equilibrio producirá su caída. Esto expresa muy claramente la importancia del equilibrio en la vida cristiana.

El borde de la rueda

Jesús dijo: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él» (Juan 14:21).

La obediencia es el secreto del crecimiento de la vida del discípulo. Esta vida de obediencia es lo más visible para el mundo. Un joven de la India estaba estudiando en una de nuestras universidades. Otro estudiante le testificaba acerca de Cristo. El indio había observado cómo vivían los cristianos y su respuesta fue: «Lo que los cristianos hacéis es tan ruidoso que no me deja oír lo que decís.»

Los hechos de estos cristianos no correspondían a sus palabras.

Del mismo modo que los radios proveen el único contacto que la circunferencia tiene con el centro, así los cristianos son el único

contacto que Jesucristo tiene con el mundo. El único Cristo que los no creyentes ven es el Cristo dentro de cada cristiano. ¿Cuándo la gente le mira a usted ven a Cristo reflejado en su vida? Además de usar la ilustración de la rueda para ayudarle a entrenar a su discípulo, usted puede querer desarrollar algunas particularidades de carácter, tales como pureza de vida, fe, amor e integridad. Sin embargo, debemos recordar constantemente que nuestros objetivos educacionales deben estar en sincronización con las necesidades de nuestro hombre. Al desarrollar un plan sobre la base de estas necesidades, hacemos siempre tres preguntas:

1. ¿Qué necesita esta persona?
2. ¿Cómo puede obtenerlo?
3. ¿Cómo sabré que ha obtenido esto que necesita?

Estas tres preguntas pueden ser hechas también de otras muchas maneras. Por ejemplo:

1. ¿Qué me propongo?
2. ¿Cómo voy a corregirlo?
3. ¿Cómo sabré que lo he conseguido?

Cualquier cosa que queráis aplicar a estas tres preguntas hacedlas siempre de esta misma manera.

Apliquemos, por ejemplo, este plan a un tema específico, la fe, la respuesta a la primera pregunta es naturalmente fe. La segunda, sin embargo, es mucho más difícil, particularmente en un asunto como el de la fe, aquí necesitará algún pensamiento sugerente. Puede haber libros que convendría que el discípulo leyera con el fin de edificar su fe. Usted ciertamente necesitará incluir oración en su plan, tanto de su parte como por parte del discípulo. Hágale memorizar algunos versículos sobre el tema de la fe, ayúdele contándole alguna experiencia de fe, y si ha lugar, escoja alguna escena de su propia vida en la cual él pueda realmente confiar en Dios. Quizás en el asunto financiero de su ocupación u oficio. Al planear usted pida a Dios que le dé una imaginación santificada.

La pregunta tercera es probablemente la más difícil, puesto que tiene que ver con la valoración. Sin ella, sin embargo, nunca sabrá cuándo ha alcanzado su objetivo. Cualquier plan que usted incorpore debería estar basado en alguna medida técnica que le permitiera conocer hasta qué punto usted ha cumplido su objetivo.

El plan que usted desarrolla para cada esfera en la cual desea desarrollar a sus discípulos debe ser muy flexible. Hay la tentación de aplicarlo rígidamente y verlo resistido con tenacidad. Cualquier plan que usted desarrolle guárdelo para sí mismo, así como también para crear en todo lo posible una atmósfera de espontaneidad. No sujete el hombre al plan, sino más bien el plan al hombre.

Ayudándole a transmitir a otros

El proceso de entrenamiento no consiste meramente en compartir información, sino más bien implica ayudar a la gente a comprender el porqué del discipulado a fin de que ellos puedan obtener una visión. Con esto en mente a la primera oportunidad que usted tenga anime a sus discípulos a empezar a entrenar a otro, esto le ayudará de varias maneras.

1. Solidificará o fortalecerá sus propias convicciones.

En la mayoría de los casos, cuando el discípulo empieza a referir a otro las verdades del cristianismo, se le hacen penetrantes preguntas; sus respuestas tenderán a afirmar las verdades que tiene en su propio corazón, al mismo tiempo que procede a ayudar a la otra persona.

2. Provee un laboratorio para su propio desarrollo. Al edificar la vida de otra persona tiene la oportunidad de ver si lo que él mismo hace es aplicable a otros.

3. Le hace manejable para ser enseñado y más apto para aprender.

El tener a otra persona que le hace preguntas inteligentes le hará a él mismo más deseoso de aprender. Un amigo mío estaba enseñando artillería en F. T. Bliz Oklahoma poco después de la guerra de Corea. Los jóvenes oficiales en sus clases eran poco atentos y con frecuencia se dormían en medio de la clase. Varios años después tuvo que enseñar el mismo asunto en mitad de la guerra del Vietnam. Ninguno de sus alumnos se le distraía; ninguno se dormía; todos hacían preguntas y le prestaban una atención compacta. La razón del gran contraste es muy sencilla, en el último caso había una guerra declarada y los hombres sabían que tan pronto como terminaran su instrucción serían enviados a Vietnam a luchar. Mientras que para el primer grupo la guerra era cosa lejana y poco probable.

Cosas a recordar al entrenar a las personas

Hay mucho incluido en el proceso de entrenamiento que requeriría varios volúmenes para especificarlo de un modo detallado y comprensivo. Pido a Dios, sin embargo, que este capítulo obre como catalítico en su propia mente y le cause alguna experiencia. Hay algunos, sí y no, de sentido común, que son aplicables en nuestra relación interpersonal. Aquí hay algunos de los más evidentes para ser aplicados en su ministerio de entrenar discípulos.

1. Recordad que pertenece a Dios.

Si es ministro de Dios y Dios debe edificar su vida, todo lo que podéis esperar es ser un instrumento en las manos de Dios. «Si el Señor no edifica la casa en vano trabajan los que la edifican: si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela la guarda» (Salmo 127:1).

2. Debe saber que usted cree en él y tiene plena confianza en él.

'No le dé un trabajo y luego se lo quite.

3. No le permita depender de usted.

Edúquele con independencia de mente. Su labor es ayudarle a aprender de Dios, no le ate a sus faldas.

4. *Permítale la libertad de fallar.*

En los negocios del mundo muchos ejecutivos aprenden más mediante sus fallos que mediante sus éxitos; y, sin embargo, el mayor temor que tiene la gente es el temor al fracaso. Que su discípulo sepa que puede fallar sin temor de que usted le rechace.

5. *Enséñele a evaluar a los hombres.*

Jesús no se apresuró a escoger a los doce. Su elección de los apóstoles tuvo lugar cuando Él estaba ya en su ministerio. El apóstol Pablo dice también: «No impongas de ligero las manos a alguno ni seas partícipe con los pecados de otros hombres, mantente en pureza» (1 Timoteo 5:22).

6. *Busque dar confianza*

La persona debe aprender a creer en sí misma. «Con Cristo estoy juntamente crucificado, vivo no ya yo, mas Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne la vivo en la fe del hijo de Dios, el cual me amó y se dio a sí mismo por mí» (Gálatas 2). En este versículo vemos dos «yo», el yo crucificado y el resucitado. Al entrenar a un discípulo a menudo luchamos por crucificar el viejo «yo», pero empleamos poco tiempo en ayudar al nuevo yo resucitado en Cristo. Debemos tener confianza «no en la carne», pero al mismo tiempo creer que «todo lo puedo en Cristo que me fortalece».

Sumario

Hacer discípulos toma tiempo. No puede ser hecho mediante una serie de conferencias en un seminario o en una iglesia; no puede ser hecho simplemente leyendo un libro; no puede apresurarse. Una de las características dominantes de nuestra cultura moderna es nuestra capacidad y deseo de producir en masa. Todo lo producimos en masa: coches, muebles, vajillas y utensilios domésticos. Hemos venido a ser tan exigentes en la producción

en masa que es fácil contagiarse de esta mentalidad y aplicarla al arte de hacer discípulos. Pero no puede nacerse en esta esfera. Los discípulos son hechos, pero no producidos en masa, cada uno es moldeado y equipado individualmente por el espíritu de Dios. ¿Cuánto tiempo tardará en hacerlo?; es asunto de conjetura y varía mucho de persona en persona; dependiendo en gran parte de dónde estaba cuando enfocaron el proceso de entrenamiento. Pero una cosa es cierta, que toma tiempo. El Señor Jesús empezó con doce hombres monoteístas, temerosos de Dios que vinieron de buenos hogares. Se dedicó plenamente a su entrenamiento y desarrollo, era el maestro por excelencia en el arte de enseñar a los demás, sin embargo, le costó tres años completos. Difícilmente podemos nosotros hacerlo en menos.

9

Cómo educar a un discípulo Convicción y perspectiva

El baseball, como la mayoría de los deportes, tiene su centro famoso en «Oklahoma City». En la misma ciudad existen centros famosos de Cow Boys, como el de Buffalo Bill y William Rogers, hombres que forjaron la vida del Oeste, héroes de lo que se ha llamado el modo americano de vivir. En Hebreos 11 tenemos el «museo de la fama» de los héroes de la fe. Andando por sus corredores podéis ver héroes y heroínas, de las edades del pasado, hombres y mujeres de todas las esferas de la vida, pero todas con una cosa en común: creyeron a Dios.

La fe, definida de un modo simple, es creer las promesas de Dios y actuar según ellas, es obedecer las promesas de Dios. La fe nunca es pasiva. Siempre es activa, notad los verbos activos de este capítulo. Abel ofreció (vers. 4), Noé preparó (vers. 7), Abraham obedeció (vers. 8); pero la fe, sin un encargo de parte de Dios, no es fe; es presunción. Dios había hecho algunas magníficas promesas a la gente de Hebreos 11 y ellos actuaron de acuerdo con ellas. Sin estas promesas de parte de Dios sus actos quedarían reducidos a mera presunción.

Imaginémonos que usted está volando en un aeroplano a 10.000 pies de altura, usted se pregunta: ¿Podría Dios cogerme en el

espacio si yo saltara? Con una nota de titubeo su respuesta es «sí... no estoy seguro».

Creyendo que usted está padeciendo de una falta de fe, yo digo: «Yo creo que puede», y doy el salto. Mientras voy hacia abajo comprendo con horror que aunque mi afirmación es cierta, Dios puede cogerme en el aire, El nunca ha prometido que lo haría. Yo muero no por falta de fe, sino por falta de una promesa de parte de Dios. Yo fui presuntuoso. La fe debe tener una base para existir. Antes que una persona quiera dedicarse a actuar sobre las promesas de Dios debe haber dos cosas. Debe haber convicción y perspectiva, estos atributos se ven fácilmente en la vida de muchos según está descrita en Hebreos 11.

El versículo 32 dice: «Por fe Moisés cuando fue nacido, fue ocultado por sus padres por tres meses porque le vieron hermoso y no temieron el mandamiento del rey.» Observad que la fe relacionada a la vida de Moisés empezó con un padre y una madre. Moisés era un bebé, no podía actuar sobre las promesas de Dios; fue la fe de sus padres lo que le salvó entonces. El versículo 24 dice: «Por fe Moisés ya crecido, rehusó ser llamado hijo de la hija del Faraón. Antes era la fe de sus padres, ahora es la fe de Moisés. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Cuándo nació en él esta fe? Cuando fue crecido.»

Me imagino que cuando Moisés estaba creciendo atesoró con entusiasmo las cosas que oyó de labios de su madre. Recordaréis que después que la hija de Faraón lo halló lo devolvió a su madre para que le hiciera de nodriza

Oír a un niño pequeño decir: «Jesús vive en mi corazón», es hermoso; aun cuando sea simplemente una expresión de la fe de sus padres; pero viene un tiempo en cada una de nuestras vidas cuando ya no es válida la base de las convicciones de otros. Cuando somos crecidos, nuestras vidas han de estar basadas en nuestras propias convicciones. Moisés creyó en el mismo Dios en

que creían sus padres; pero eran sus propias convicciones, el resultado de su propia experiencia con Dios.

Miremos ahora a los versículos 24-27: «Rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón. Escogió sufrir aflicciones con el pueblo de Dios más bien que gozar de comodidades temporales de pecado. Olvidó a Egipto.» Esto fueron acciones basadas en sus propias convicciones.

Pensando en el entrenamiento de discípulos, lo que hacemos en las etapas iniciales es ampliamente determinado por la persona que nos ayuda. Las cosas que mi pequeña hijita dice y cree dependen básicamente de lo que oye de sus papas. Es divertido, por ejemplo, oír la orar, porque ella no entiende el significado de las palabras que dice y las mezcla, imitando frases que ha oído de otras personas.

Así es con el recién convertido. A menudo ora antes de las comidas, o va a la iglesia, no a causa de sus propias convicciones personales, sino porque otras personas le han sugerido que debe hacerlo así. Esto no es necesariamente malo. Habiendo venido a Cristo por la influencia de otra persona es natural que continúe haciendo lo que otros le sugieren.

Pero viene un tiempo cuando tales razones para hacer estas cosas no serán ya válidas, él tiene que llegar a tener sus propias convicciones. Saber lo que tiene de hacer, cómo y por qué, es importante; y en cada caso debe estar basado en una convicción personal de que aquello es lo que Dios quiere que haga.

Joe Marine va a un campo de entrenamiento de la marina en la isla de Parris Orkam Le June N. C. Después de 8 semanas de entrenamiento el oficial en jefe va a hacer una inspección en el cuartel. Si fuéramos con el comandante ¿cómo encontraríamos la cama de Joe?; perfectamente hecha, con las sábanas limpias y estiradas, sin la más pequeña arruga. ¿Y el armario? Perfectamente en orden, con cada cosa exactamente en su lugar? ¿Y el cuarto de baño? Tan limpio que pensaríais que nunca ha sido

utilizado. Pasan cuatro años y el joven marino es ahora un estudiante en la Universidad de California. Le visitamos en su habitación. ¿Cómo encontramos su cama? Pues en un montón, porque todavía no ha sido hecha. ¿Y su armario? Un rompecabezas, porque nada está en su lugar. ¿Y su cuarto de baño? Tan malo que nos recuerda los waters de las gasolineras de las estaciones de servicio en las regiones rurales. ¿Cuál es la diferencia? No es que Joe no sepa cómo hacer las cosas, el problema está en que no ve la necesidad de hacerlas como las hacía cuando estaba dentro de la rígida disciplina del cuerpo de Marina.

Muchos cristianos no tienen las convicciones ni los métodos necesarios para educar a otros discípulos cristianos, pero si tuviera que elegirse entre una convicción y un método, la convicción sería mucho más importante. (Digo sí, porque yo no creo que tal elección sea necesaria, hago la suposición aquí solamente para demostrar la importancia de la convicción.)

Descubrid a la persona que tiene una convicción, aunque no sepa mucho acerca de la técnica de enseñarlo a otros y veréis qué pronto encuentra el método. Dad a una persona toda la metodología e instrucción que queráis, si le falta la convicción en un momento u otro dejará tal disciplina. La persona que conoce los métodos, pero sin tener la convicción, es como un ramillete de flores recién cortadas; son de muy buen ver, pero no perdurarán.

El versículo 26 dice: «Estimando el reproche de Cristo como mayores riquezas que los tesoros de Egipto, pues esperaba la remuneración.» La traducción de Phillips lo expresa de la siguiente manera: «...pues buscaba la firme y última recompensa, no la inmediata». Esta es la perspectiva, la habilidad para ver el fin desde el principio. Podemos llamar a esto convicción bifocal; la habilidad de ver lo que está directamente enfrente de nosotros aunque a larga distancia.

La persona que tiene cosas en perspectiva hace sus decisiones inmediatas a la luz de lo último y permanente. De las dos piedras claves del arco, del entrenamiento, una es la convicción y otra la perspectiva.

La perspectiva es ver la cosa como es. Tiene que ver con la filosofía de la vida de la persona, lo que es importante para él; su sentido de los valores, las cosas que le mueven. Jesús dijo: «Considerad las aves del cielo que no siembran ni siegan, ni allegan en alfolés y Dios las alimenta, ¿no sois vosotros mucho mejores que ellas? ¿Y cuál de vosotros podrá acongojándose añadir un codo a su estatura? Si no podéis hacer estas cosas menores, cómo podéis hacer las más importantes? Considerad los lirios del campo como crecen, no trabajan ni hilan, y os digo que Salomón con toda su gloria no fue vestido como uno de ellos.»

«Si Dios viste, pues, a la hierba del campo que hoy es y mañana ha de ser echada en el horno de esta manera, qué no hará por vosotros, hombres de poca fe.» Y no busquéis qué comeremos, o qué beberemos o con qué nos vestiremos, ni estéis en ansiosa perplejidad. Porque todas esas cosas buscan las gentes del mundo; que vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas. Mas procurad el Reino de Dios y todas estas cosas os serán añadidas. No temáis, manada pequeña; porque al Padre ha placido daros el Reino. Vended lo que poseéis y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que nunca faltan; donde ladrón no llega, ni polilla corrompe. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.»

Esto es un ejemplo de perfecta perspectiva, esto es ver las cosas tal como son desde el principio. Aquí Jesús está instándonos a hacer decisiones presentes a la luz de resultados últimos.

La única vez en que una persona peca voluntariamente es cuando su perspectiva está fuera de foco; se engaña a sí misma creyendo que puede pecar y salir adelante. Un hombre va al Banco y roba 100.000 dólares, ¿creéis que si él hubiese podido verse a sí mismo

durante los próximos veinticinco años metido en una cárcel habría cometido el robo? ¡No! Roba al Banco pensando que no se descubrirá; comete el delito porque no puede ver las consecuencias de su acto, sino como una posibilidad improbable; le falta perspectiva. Este es el caso cada vez que pecamos. La convicción y perspectiva que caracterizó la vida de Moisés son los dos aspectos más importantes de su proceso de entrenamiento y son los ingredientes esenciales en el arte de hacer discípulos. Si el aspirante carece de convicción o de perspectivas, no puede ser entrenado.

¿Cómo desarrollaréis la convicción y la perspectiva? ¿Cómo las construiréis en vuestra propia vida y las pasaréis a la vida de otra persona? El salmista dice: «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela la guarda» (Salmo 127). El entrenamiento empieza y termina en Dios. Si Él no está obrando en nosotros, «el querer y el hacer por su buena voluntad», trabajamos en vano. Es Dios quien imparte la convicción y la perspectiva.

Habiendo dicho esto, sin embargo, hay ciertas directrices que pueden ayudarnos a ejercer nuestra responsabilidad. Mencionaré cuatro de ellas para vuestra consideración y aplicación. Estas cuatro no son exhaustivas, podéis amplificarlas y añadir muchas más de vuestra propia cosecha.

1. Dad más importancia a los principios que a los métodos.

En ésta, como en las otras tres directrices, la frase «más que» no significa «en lugar de»... No se trata de principios o métodos excluyentes el uno del otro; ambos principios y métodos son buenos y útiles, pero al formar la convicción y la perspectiva necesitamos dar mayor importancia al principio que al método; es solamente cuestión de énfasis.

En la parábola del sembrador, pronunciada por el Señor Jesús (Lucas 8), nos dice lo que ocurre cuando la semilla es sembrada,

pero no menciona cómo es sembrada la semilla; el cómo es dejado a nuestro arbitrio. Jesús está tratando de principios, no de métodos.

La Gran Comisión es otro ejemplo. El mandato es: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, empezando en Jerusalén, Samaria, Judea y hasta lo último de la tierra.» Su vida y ministerio son un ejemplo de cómo hacerlo; en Marcos 3:14 dice: «Y ordenó a doce para que estuviesen con él y les enviase a predicar.» Por este ejemplo de Jesús podemos ver que la mejor manera de hacer la tarea es seleccionar a unas pocas personas e invertir en ellas algún tiempo de nuestras vidas.

Pero el método de hacerlo, los detalles, fueron dejados a los discípulos. El libro de los Hechos es la metodología de cómo estos hombres trataron de obedecer la gran comisión de Cristo; la mayor parte de las cosas que hicieron fue la aplicación de los principios que les fueron enseñados por Jesús. En Hechos 6 leemos que las viudas eran olvidadas; el método que emplearon para solucionar esta necesidad fue la elección de diáconos. El oficio de diácono no es algo que Jesús enseñó durante su ministerio terrenal; fue un método usado para solucionar una necesidad.

Como cristianos, nosotros tenemos nuestra metodología, podemos tener cultos de adoración y escuela dominical los domingos por la mañana, y otros cultos por la tarde. Cada denominación tiene su propio método de hacer las cosas: Su orden de adoración, su forma de bautismo, su instrucción doctrinal y su plan de Escuela Dominical; todo esto puede ser bueno y útil, no hay nada malo en todos estos métodos. Sin embargo, si seguimos nuestra metodología a base de tradición (o sea porque siempre lo hemos visto hacer de esta manera) más que de principios cuidadosamente estudiados, podemos cerrar nuestras mentes a nuevos y mejores métodos. Siempre el cambio es peligroso, pero si está basado sobre principios bíblicos

debemos estar dispuestos a nuevas y mejores maneras de hacer las cosas.

Cuando hemos aprendido el principio que está detrás del método, esto es, por qué hacemos las cosas de una cierta manera, desarrollamos nuestra propia convicción y lo hacemos concienzudamente. Si no sabemos el porqué, el modo no durará, ni será realizado con eficacia.

El prospecto discípulo ve las cosas claramente (perspectiva) y desarrolla convicciones probando los por qué. Sin embargo, con frecuencia el porqué es una cuestión irritante y difícil de responder. Haced preguntas tales como ¿es esta la mejor manera de tener un tiempo quieto de retiro? ¿Por qué creemos que el estudio bíblico es necesario? ¿Cuáles serían las ventajas y los inconvenientes de hacerlo de otra manera? Estas preguntas ayudan a edificar una perspectiva y una convicción.

2. Dad mayor importancia a satisfacer las necesidades de otros que a desarrollar e impartir técnicas.

Jesús y sus discípulos bajaban los escalones del templo. Ante él había un hombre ciego; su necesidad era evidente; si yo hubiese estado allí con Jesús probablemente le habría entregado un tratado y empezado a testificar, para darme cuenta de repente que el hombre no podía seguir lo que yo estaba haciendo: era ciego.

El procedimiento de Jesús fue diferente: inclinándose al suelo, escupió e hizo lodo con la saliva y la puso sobre los ojos del ciego diciéndole: «Ve al estanque de Siloé.» Esto fue el mandato y «el hombre fue, se lavó y volvió viendo» (Juan 9:7).

Observaréis que el hombre, al final, encontró la salvación de su alma, pero Jesús empezó llenando su necesidad.

Muchos cristianos consideran que el entrenamiento es sentarse en una clase de evangelismo y aprender algunas técnicas; por ejemplo, cómo enseñar en una escuela dominical, cómo interesar

a otro miembro pudiente en un asunto financiero o cómo entregar un folleto y continuar con una presentación del Evangelio. En esta última ilustración, lo más probable que la persona a la cual «testificáis» no responda y así quedéis desalentados para intentarlo otra vez.

La persona no responde porque no os estáis dirigiendo al punto de su necesidad sentida. No tiene interés en continuar la conversación, y vosotros, porque no tenéis la respuesta anticipada, no veis la razón para continuar un trabajo que parece vano.

Cuando yo estaba evangelizando a estudiantes en Michigan, el Señor me dio mucho fruto; los estudiantes cristianos que compartían dormitorios con amigos no cristianos se portaban bien con ellos, iban a sus clases, sus comidas, a los juegos de fútbol y a todas partes juntos; se formaron relaciones que vinieron a ser fuentes naturales de comunicación para el evangelio. A menudo teníamos una comida que llamábamos «de Andrés», en nuestra propia casa, y con tales métodos de invitación tuvimos el privilegio de ver a muchos venir a Cristo. Habiendo oído de estos y otros éxitos, en diversos campamentos, una iglesia de Ohio pidió a un grupo de nosotros que fuéramos para una campaña evangelística. Decidieron invitar a sus amigos a una reunión «neutral» para dar uno o dos testimonios y un breve mensaje del Evangelio. Cuando llegó el momento de las decisiones por Cristo, se levantaron muchos de la congregación, pero ni un solo inconverso. Todos habían invitado a alguien, pero ninguno respondió.

Cuando nos reunimos para considerar por qué había ocurrido así, descubrimos que aun cuando muchos tenían conocidos no cristianos a quienes invitaron a la reunión especial, nadie había traído a un verdadero amigo, es decir, a un amigo íntimo.

¿Cómo puedes trabar amistad con un no creyente y discernir sus necesidades? Permíteme ofrecer unas pocas sugerencias.

A) Sé un buen oidor. Vivimos en una edad cuando todo el mundo quiere hablar y nadie quiere escuchar. Cuando otros encuentran que tú quieres escuchar, es tremendo cómo y cuánto hablan y hablan. A menudo, en una atmósfera adecuada, expondrán sus necesidades y revelarán sus preocupaciones.

¿No ha hablado usted a alguien y ha descubierto que se le hacía pesado, y cómo se ha sentido usted? Si usted quiere hacerse amigos no se haga el desentendido cuando éstos hablan; sea un buen oyente.

B) Comparta sus necesidades, debilidades y experiencias. No haga sentir a su amigo que es la única persona necesitada. La Biblia dice: «No os ha tomado tentación sino humana» (I Cor. 10:13). Demuestre que esto es cierto en su propia vida. Compartiendo sus propios fallos y faltas creará una atmósfera para que otros se sientan libres para compartir los suyos.

En Amarillo, Texas, un grupo de jóvenes se juntaban cada semana para orar y tener comunión espiritual en la casa de alguno de ellos. Leían un pasaje de la Escritura y discutían sus necesidades a la luz de aquella lectura; creyentes y no creyentes se reunían como amigos para compartir sus preocupaciones comunes. Los cristianos trataban de evitar la impresión de: nosotros y vosotros. En vez de esto hablaban de: nuestros problemas, nuestras luchas, nuestras faltas; luego oraban juntos acerca de todo ello. Como resultado, un número muy considerable de personas han llegado a considerar a Cristo como su Salvador.

C) Emplee tiempo con aquella persona. Invite a su amigo a una comida, únase a él en sus excursiones, vaya a pescar con él o con ellos. A medida que se forman las relaciones se derriban las barreras.

Una verdadera amistad significa mutua aceptación del uno por el otro. Si yo le acepto a él tal como es, existirá una libertad entre nosotros que permitirá compartir mutuas necesidades y preocupaciones.

Al exponer tales necesidades surgirá de un modo natural la conversación acerca del lugar que Cristo ocupa en tu vida. Hay solamente tres posibilidades y un montón de otras ideas que pueden haber acudido ya a tu mente.

Llenando las necesidades es la manera como vienen la convicción y la perspectiva, tanto al que enseña como al que es enseñado. Cuando usted y su amigo no cristiano discuten las cosas esenciales de la vida cristiana, quedará usted admirado de cómo comparte más puntos de vista que lo que usted suponía, y doctrinas que hasta entonces eran solamente para él una jerga teológica vendrán a ser profundas convicciones.

3. Dad mayor importancia a desarrollar los procesos del pensamiento que las habilidades.

Jesucristo está mucho más interesado en lo que somos que en lo que hacemos. Es cuestión suya el ser; es de Dios el hacer. El Salvador quiere volver a programar nuestro computador, cambiar todo nuestro proceso de pensamiento.

¿Cuál era su queja con los fariseos? ¿Que no sabían evangelizar? Jesús mismo dijo que cruzaban la tierra y el mar para hacer un solo prosélito. ¿Que no conocían la palabra de Dios? La estudiaban con gran diligencia. Diezmaban sus entradas, oraban y ayunaban regularmente. Desde todos los puntos de vista externos eran muy buenas personas.

En Proverbios 23:7 dice: «Como piensa el hombre en su corazón, así es él.» Es aquí donde Jesús halló la falta; aquí es donde tuvo que machacar, sobre la filosofía de su vida, su modo de pensar. Su problema era su actitud interna, en cuanto al sentido de los valores, en toda su perspectiva de la vida.

Una lista parcial de conceptos que significa un cambio interior incluye los siguientes: El control soberano de Dios sobre nuestra vida, de modo que no sintamos la necesidad de fraguar nuestro propio destino, sino ser siervos sumisos a la autoridad de otro,

mirando los intereses de otras personas a costa de los propios. Usted puede hacer su propia lista de conceptos que siempre son esenciales para el discípulo de Jesucristo.

A menudo este cambio en el proceso del pensamiento viene poco a poco y sutilmente. No es hasta que tenemos un punto de comparación que el cambio se hace evidente. Un amigo mío que se entrenaba en la vida cristiana en California, dijo que no fue hasta que estuvo en su hogar, meses después, y empezó a tener relación con antiguos amigos que se dio cuenta de cuan grandes cambios habían ocurrido en su vida.

Mucha gente piensa que entrenar es impartir ideas o habilidades, pero esto tiene lugar más bien en la clase de un colegio, no en este entrenamiento personal del cual estamos hablando. Estamos tratando de impartir un nuevo carácter, de cambiar el sentido de los valores de otra persona.

El mundo dice: «Obtén todo lo que puedas, y que se fastidien los demás.»

Dios dice: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.»

El mundo dice: «Consigue una compañera como sea.

Dios dice: «Confíame la tarea de proveerte una esposa en mi propio tiempo.»

El mundo dice: «Sube la escalera del éxito aun cuando tengas que pisotear los callos de alguien.»

Dios dice: «No mires a tus propios intereses, sino a los de los otros.»

Esta clase de cambios en la vida son de gran importancia para Dios, más que adquirir grandes habilidades sobre alguna técnica particular de estudio bíblico. Es mucho más importante traer tu filosofía de la vida de conformidad con la Biblia, y las convicciones y perspectivas seguirán de un modo natural.

4. Dad más importancia a confiar en Dios que enseñar teorías acerca de Dios.

Al principio de este capítulo hablamos acerca de la parábola del sembrador (Lucas 8). Volvamos a este pasaje y démosle otra mirada. También puede ser llamado la parábola de los cuatro terrenos. O «la parábola de las cuatro respuestas a la Palabra de Dios».

La primera respuesta a la Palabra de Dios es *ninguna fe*

El versículo 12 dice: «El diablo arrebató la palabra que fue sembrada en los corazones para que no crean y se salven.»

La segunda respuesta a la Palabra es fe sin convicción, «Los que cayeron en pedregales son los que oyen y reciben la Palabra con gozo, pero no tienen raíz en sí, antes son temporales, que venida la persecución o la tentación por causa de la Palabra, luego se ofenden» (vers. 13). Estos dieron asentimiento mental a la Palabra, pero cuando vino el tiempo en que el Evangelio tenía que costarles algo abandonaron la nave. Les faltaba la convicción de que el Evangelio es algo digno de un coste.

La tercera respuesta se ve en el Versículo 14. «Y los que cayeron en espinas estos son los que oyeron la Palabra, pero los cuidados de esta vida y el engaño de las riquezas ahogan la Palabra, y la hacen infructuosa «Esto es fe sin perspectiva.» Después de recibir la Palabra se vuelven a su medio ambiente y dan mayor importancia a las cosas que tienen menos. La vida cristiana mediocre es un subproducto de esta falta de perspectiva en el caso de que la Palabra no sea del todo ahogada.

El versículo 15 nos da la respuesta final de parte de Dios. Los que oyeron la Palabra y obraron conforme a ella. Esta cuarta ilustración es la respuesta propia de la Palabra de Dios en el corazón humano y significa reproducción. Así que los cuatro puntos son: Falta de fe; fe sin convicción; fe sin perspectiva; fe reproductiva. Después de esta breve exposición acerca de la fe, Jesús se dirige a la vida real, dando a los discípulos una oportunidad para ver lo que significa andar por fe. El resto del capítulo 8 de Lucas puede ser dividido como sigue:

Versos 22-25: Cruzando el mar tempestuoso;

Versos 26-39: El loco endemoniado en la tierra de los gadareños;

Versos 40-56: Resurrección de la hija de Jairo;

Versos 43-48: Curación de la mujer con flujo de sangre.

En todas estas situaciones de la vida Jesús está tratando de comunicar la importancia de la fe. El modelo en cada una de estas historias es prácticamente el mismo:

1. Se levanta una necesidad;
2. Jesús interviene y promete suplir la necesidad;
3. Jesús responde instando a creer en Él: «Cree solamente». «Tened fe».

La hija de Jairo está enferma, Jesús promete suplir esta necesidad, pero la hija muere y Jesús dice: «No temas, cree solamente» y será sana. Jesús no estaba interesado en gente que discutía las diferentes teorías acerca de los atributos de Dios, Él quería enseñar a la gente a confiar en Dios. ¿Quién os imagináis que conocía más acerca de Dios, Abraham en el Antiguo Testamento o los teólogos modernos? Permittedme creer que son los teólogos modernos. Abraham no podía decir nada acerca de las dos venidas de Cristo, ni del pos —o pre— milenianismo. Indudablemente sabía muy poco acerca de la naturaleza dual de Cristo, del nacimiento virginal, o de una docena de otros puntos difíciles de la teología, pero Abraham conocía a Dios, y tiene un lugar singular en la Escritura como hombre que agradó a Dios. Sólo en el Nuevo Testamento se le menciona 74 veces. Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia (Gálatas 3:3). Dios se agradó tanto de este hombre que en Hebreos 11:16 dice: «Dios no se avergonzó de ser llamado Dios de Abraham.» Una cosa es ser conocidos de Dios y otra diferente es conocerle vosotros. El Creador, el Dios del cielo y de la tierra dice: «Yo soy el Dios de Abraham.» ¡El Creador puede ser conocido por la criatura y si tú quieres conocer como soy, mira a Abraham! ¿Puede el Dios

viviente ser conocido por medio de ti? ¿Puede decir: Si quieres saber cómo soy mira la vida de la persona que está leyendo este libro?

Hemos dicho que en el entrenamiento de discípulos, debéis:

1. Dar mayor importancia a los principios que a los métodos;
2. Mayor interés en suplir las necesidades de la gente que en desarrollar o impartir técnicas;
3. Mayor importancia en desarrollar los procesos del pensamiento que en las habilidades;
4. Mayor importancia en confiar en Dios que en enseñar teorías acerca de Dios.

Por ahora podéis comprender que estas cuatro sugerencias son simplemente cuatro facetas de la misma verdad, como las facetas de un diamante. La joya que estamos mirando es convicción y perspectiva.

Alguien me dijo una vez que el 90 por ciento de la vida cristiana es sobrevivir. Esto puede ser o no ser, pero si sobrevivir es el objetivo de tu vida cristiana, estás fallado, eres como un boxeador que entra en el ring sabiendo sólo defenderse. No tiene posibilidad de ganar, necesita saber también los procedimientos de ataque. Para el cristiano la palabra ataque es otro modo de expresar un plan u objetivo. Una actitud activa en su andar con Dios requiere convicción y perspectiva; y esto es difícil de obtener. El entrenamiento es duro, pero recuerda que el entrenamiento trae el crecimiento, y el crecimiento significa fortalecimiento. El crecer nunca ha sido ni será una experiencia agradable, es por esto que los niños lloran. Un niño aprende a andar, cae en tierra y se daña, pero vosotros le decís: «Levántate y pruébalo otra vez.» El podría decir: «No, ya lo he probado varias veces y no resulta, creo que tendré que conformarme a andar a gatas.» No, él tiene que ser levantado y probar una y otra vez. Mi

hijito cayó tantas veces que tuvimos que llamarle; «Cara de nafras.»

El crecer es un proceso tan penoso que a la primera oportunidad que obtenemos nos paramos. Pero hay ciertos motivos que mantienen en el niño su deseo de crecer. Suponed que mi hija me dijera: «Papá, yo ya he hecho todo el crecimiento que he querido; me gusta la edad y la medida que tengo, creo que voy a parame aquí.» Pero el caso es que ella no puede dejar de crecer. Ella quiere, y lógicamente está obligada a crecer. Las leyes del Estado también nos obligan a crecer. Un niño podría decir que ya sabe bastante al aprobar el quinto curso, pero las leyes le obligan a llegar hasta el final.

Y finalmente hay el estímulo de una sociedad que espera que el niño sea capaz de cuidar de sí mismo para aprender un oficio o profesión. Cuando el joven tiene unos 20 años estos estímulos son más fáciles, hemos hecho todo el crecimiento físico necesario, tenemos completada nuestra educación y hemos aprendido a ganarnos la vida. Es tan grande la tentación de cesar de crecer cuando nos hemos graduado de la escuela superior, que llaman «nuevo principio» a cualquier cosa que nos anime a continuar creciendo; pero nuestro deseo de zafarnos de la obligación de crecer es, en muchos casos, un obstáculo demasiado grande para vencerlo. Resulta más cómodo apoyarnos en la experiencia pasada por el resto de nuestras vidas. Habiendo empezado bien caemos en la mediocridad, la perspectiva y la convicción, o sea la habilidad para ver el final desde el principio, y una fe profundamente acendrada respecto a lo que está en el corazón de Dios, son las únicas cosas que yo sé que controlarán esta inclinación natural.

Juan W. Gardner en su libro «Excelencias» dice: «Nosotros caemos en el error de creer que la felicidad implica necesariamente facilidad y acción; tranquilidad; un estado en el cual todos los deseos propios sean satisfechos, pero la mayoría de

la gente no encuentra la felicidad en este estado vegetativo, sino en luchar hacia objetivos significativos. La persona dedicada jamás da por conseguidos todos sus objetivos. Su vida es una prosecución incesante de objetivos, algunos de ellos inalcanzables. Jamás puede tener tiempo para rodearse de lujos. Puede a menudo estar tenso, preocupado o fatigado. Tiene poco de aquel no saber qué hacer, que en los libros se asocia fácilmente con el concepto de felicidad. Esta persona ha encontrado una felicidad más significativa. Lo cierto es que la felicidad en el sentido de inhibición total no es el estado al cual un hombre puede aspirar. Es la felicidad de las vacas y posiblemente de los pájaros, pero no de los seres humanos.» (Harper & Row N. Y.)

Hemos dicho que las piedras centrales de la educación de los discípulos de Cristo son: Convicción y perspectiva. Estas hacen la diferencia entre el que «cumplió» y el que también «ocurrió». No fue fácil para Moisés y no lo será para usted. Moisés pasó 40 años de su vida en el palacio de Faraón. Los próximos 40 en la orilla del desierto, quitándose arena de entre los dedos de los pies, mientras hacía el papel de pastor para otra persona. Los últimos 40 años fueron empleados en peregrinar por el desierto, sufriendo con su propio pueblo. Después de tan brillante principio ¡qué fin tan miserable!

Todo lo que había adquirido en su juventud le inclinaría a abandonar la tarea, pero no lo hizo; se mantuvo firme en ella y la cumplió. Como resultado, todo el mundo conoce a Moisés. Todo árabe, judío o cristiano, sabe acerca de Moisés. Cada persona educada en el mundo ha oído hablar del gran Legislador.

La vida de Moisés, de aparente frustración y fracaso, fue, en realidad, una gran éxito. ¿Por qué terminó tan bien? Porque tenía convicción y perspectiva.

10

Cómo entrenar a un discípulo

Dones y llamamiento

Poco antes de su muerte en el Calvario, Jesús expresó a su Padre todo lo que tenía en su corazón. En esta oración que tenemos referida en Juan 17 hallamos que una de las mayores preocupaciones era que los cristianos permanecieran unidos.

Los dones del Espíritu Santo concedidos a la iglesia tenían como propósito el que la oración del Señor Jesús en favor de la unidad tuviera efecto. El hizo que todos los cristianos tengan algún don y ninguno todos los dones a la vez. Esto aseguraba la importancia de cada creyente, porque los dones eran necesarios para complementar el resto del cuerpo. También aseguraba la dependencia de cada creyente en otros. Puesto que ninguno tiene todos los dones necesita a sus hermanos y hermanas en Cristo. Esta es la fórmula de Dios para la unidad; sin embargo, este plan de unidad ha sido destruido por ciertos problemas que el enemigo se ha cuidado bien de introducir en la vida de la Iglesia.

Uno de los problemas son los antecedentes de los recién convertidos. Muchos vienen hoy día del existencialismo que enseña que el significado y realidad de la vida sólo puede encontrarse en la «experiencia». La droga, el sexo. Cualquier otra cosa que tenga por objeto encontrar propósito en la vida son una

burla. El deseo de «tener una experiencia» ha invadido el cristianismo. En algunos casos encuentra su expresión en las personas que están procurando los dones más espectaculares del Espíritu Santo.

Otro problema que está confrontando la Iglesia respecto a los dones, es que éstos son buscados a menudo en un espíritu de competencia. Yo estoy orgulloso porque tengo dones que otros no tienen, o vengo a estar envidioso porque otros tienen dones que a mí me faltan. Lo que originalmente fue dado con propósito de unirnos en una hermandad, viene a ser lo que nos divide.

La razón para esta desunión es la ausencia de verdadero amor cristiano. Precisamente por esto el apóstol Pablo interpone el gran capítulo del amor (1 Corintios 13) entre sus dos grandes capítulos acerca de los dones espirituales. Otro gran problema al que tenemos que hacer frente hoy en día acerca de los dones, es el tremendo sentimiento de inhabilidad que muchos cristianos tienen, simplemente, porque no están seguros de cuáles son sus dones. Saben que ellos deben tener algún don, por lo menos es lo que han aprendido de la Biblia, pero si se les preguntase cuáles son sus dones especiales serían incapaces de responder.

Cuando nosotros entrenamos a cristianos jóvenes para que vengan a ser discípulos de Cristo, uno de nuestros objetivos principales debe ser ayudarles a descubrir y desarrollar sus propios dones. Al hacer discípulos no estamos procurando producir técnicos espirituales que sean capaces de reproducirse ellos mismos por una metodología prescrita, sino que estamos buscando desarrollar hombres y mujeres que como discípulos ejerciten diligentemente sus peculiares dones y habilidades.

El propósito e importancia de sus dones

Para explorar este asunto estudiemos brevemente el análisis de los dones que nos da el apóstol Pablo en 1 Corintios 12. En los vers. 1 y 12 vemos la distribución y diversidad de dones. Se

pregunta con frecuencia si los dones descritos en la Sagrada Escritura son exhaustivos o son ejemplo de una más amplia lista de dones. Esta lista que tenemos en la Biblia ¿significa la totalidad de los dones que Dios distribuye? La evidencia, tanto para un punto de vista como para el otro, es insuficiente, pero yo creo que los dones mencionados en los vers. 8 y 10 son simplemente ilustrativos.

Esto es importante cuando estamos tratando de ayudar a alguien a descubrir sus dones, porque tenéis que decidir si habéis de limitaros a los dones citados en la Biblia o el asunto es más amplio. Cuando yo realizo esta tarea lo hago bajo el supuesto de que todos los talentos o habilidades que una persona tiene son dados por Dios, y vienen a ser dones «espirituales» cuando son controlados e impulsados por el Espíritu Santo. Además de los dones mencionados en el Nuevo Testamento podemos considerar como tales los que se refieren a la música, escritura o arte. Después de haber ayudado a un discípulo a determinar cuáles son sus dones, podemos pensar cómo pueden ser usados los tales para cumplir el objetivo de hacer discípulos.

Todo lo que Dios tiene para mí me fue concedido por la obra expiatoria de Jesucristo, y como creyente es mi responsabilidad apropiarme todo lo que Él me ha concedido. Al ayudar a un discípulo a descubrir, desarrollar y utilizar sus dones es, simplemente, ayudarle a cumplir su responsabilidad, a apropiarse de lo que le ha sido concedido por la cruz de Cristo.

En los versículos 12 a 31 vemos la dependencia de los miembros al cuerpo respecto a los miembros. Como dijimos antes, la concesión de dones especiales a cada creyente significa que cada uno tiene un lugar significativo en el cuerpo y una completa dependencia sobre cada otro creyente.

Este pasaje ilustra la insensatez de la comparación. Es ridículo para mí compararme con mi hermano, como si mi mano se comparara con mi pie. Puedo entender mi papel en el cuerpo de

Cristo y el papel de mis hermanos y hermanas, puedo alegrarme en sus éxitos, porque sé que contribuyen al cuerpo en su totalidad.

Mientras visitaba la ciudad de México se me mostró un hermoso mosaico en la pared, en uno de los edificios de la Universidad. El magnífico cuadro era compuesto por el arreglo de piedrecitas de varios colores y tamaños, en forma de un dibujo. Si cada una de las piedrecitas hubiese sido quitada del cuadro habría sido un galimatías imposible de reconstruir. El usar alguno de los dones del cuerpo haría incompleto lo que Dios está haciendo.

Considerad un juez de línea en un campo de fútbol. El, por si mismo no puede ganar el juego, pero su atención es indispensable si la pelota ha de cumplir su objetivo. Un oboe en una orquesta sinfónica no es el único instrumento, pero cuando es tocado en armonía con los otros instrumentos suena muy hermoso. En los versículos 11 al 28 aprendemos que Dios es quien decide qué función cada una de nosotros tiene que jugar en el Cuerpo. Los sentimientos de inaptitud e inferioridad que muchos cristianos experimentan, a menudo proceden de una equivocada comparación de uno mismo con otros. Por ejemplo; si yo he sido llevado a Cristo y educado por un pastor podría tener la tendencia de compararme a mí mismo con la facilidad de palabra de mi educador, y sentirme muy inferior a él. Si en cambio fuese un músico talentoso quien me condujo a Cristo y quien me educó podría comparar mis habilidades con poco podría yo imitar sus dones musicales y estaría tentado a experimentar sentimientos de inferioridad.

Podemos fácilmente ver aquí la importancia de ayudar a una persona a descubrir sus dones y comprender pronto su importancia única. Estos dones cualesquiera que sean aseguran su valor como individuo. Tiene que recordarse, sin embargo, que no hay ningún don dado exclusivamente para propia edificación personal. La misma naturaleza del don, cualquiera que sea, puede

ser usada para edificar el cuerpo de Cristo. El valor del don es medido por el grado en que contribuye al beneficio del resto de la familia cristiana.

Los versículos 52 y 26 enseñan que el cuerpo es dependiente de cada uno de los miembros para su adecuado funcionamiento. Pablo dice en Colosenses 1:24: «Ahora me gozo en lo que padezco con vosotros y cumplo en mi carne lo que falta a las aflicciones de Cristo en su cuerpo que es la Iglesia.» Yo entiendo que Pablo está diciendo aquí que en cierto sentido Cristo todavía está sufriendo. No está sufriendo físicamente, puesto que Él terminó su obra redentora en la cruz, pero como cabeza nuestra. Él continúa sufriendo, como lo sugiere el cap. 12 vers. 25 y 26 de Corintios. Cuando la cabeza está en peligro de ser herida, la mano inmediatamente responde aunque sea arriesgándose ella misma. Cada vez que un miembro sufre por causa de Jesucristo afecta a todos los otros miembros del cuerpo. Por ejemplo: Cuando Jim Elliot y sus cuatro compañeros fueron martirizados en el Ecuador toda la Iglesia sufrió.

El vacío que dejó su muerte, vino a ser nuestra responsabilidad colectiva. De nuevo adopta Pablo su ilustración del cuerpo y dice que cuando uno de los miembros es amputado, el cuerpo puede adaptarse, pero no puede funcionar tan bien como antes, por tanto decimos que el cuerpo es perjudicado.

Si los dones de una persona no son utilizados para el bienestar del cuerpo no se sentirá una parte de la comunidad y pronto perderá su sentido de valor personal. Esta puede ser una de las razones porque tales organizaciones como «Club de Leones», «Los optimistas», los «Masones», etc., tienen éxito. Han a sus miembros un sentimiento de pertenencia y personal importancia.

Descubriendo sus dones

Cada creyente debe saber que sus dones han de ser y son utilizados para el bienestar de la Iglesia. La Iglesia es,

efectivamente, perjudicada si los dones de algún miembro no son aplicados debidamente. ¿Cómo, pues, ayudaremos a la gente a descubrir y desarrollar sus propios dones? Permitidme ofrecerles cuatro sugerencias.

1. Si se trata de un discípulo, haced que se sienta responsable a todas las personas que le rodean.

La primera carta a los Corintios enseña que el propósito de los dones espirituales es ayudar a construir el cuerpo. Los dones nunca son algo para nosotros mismos. Si una persona no sabe cuál es su don, puede ser porque no se ha dado a servir a los demás. Cada cual descubre sus propios dones por una entrega altruista a las necesidades de los demás. Por tanto, ayudad y animad a la persona que estáis entrenando a interesarse en las vidas de la otra gente. Al servir a otros, sus dones saldrán a la luz.

2. Ayudadle a ejercer cualquier don que usted o él sospechan que pueda tener.

Usemos como un ejemplo la enseñanza. Si su discípulo sospecha que tiene el don de enseñar, pero no está seguro de ello, anímele a usar cada oportunidad que se le presente. Al enseñar se hará evidente si tiene el don o no.

3. Hablando en general, el don de una persona reside, en la esfera en la cual radican sus intereses y más fácilmente puede ejercer fe.

Permítanme ilustrarlo con mi propia vida. Yo no tengo el don de curar. Cuando yo estoy con personas enfermas hallo muy difícil ejercer fe para que se pongan bien. Sin embargo, yo predico y si alguna vez me siento temeroso o aprensivo al ponerme delante de un auditorio puedo, con la ayuda del Señor, ejercer bastante fe para llevar a cabo tal cometido.

4. Haced que ejerza su don potencial frente a personas que puedan apreciarlo debidamente.

Si su discípulo piensa que tiene el don de enseñar, que algunos maestros bien dotados lo evalúen; si piensa que tiene el don de hablar, que lo oigan predicar y lo evalúen otros predicadores bien dotados.

Permitidme aquí una palabra de advertencia. El no tener un don específico no le exime a usted de responsabilidad en aquellas esferas en las cuales Dios le ha mandado obedecer. Pongamos, por ejemplo, el don de evangelista. Puede ser que usted y yo no tengamos el don de evangelistas, pero Dios nos manda que testifiquemos. Su mandato no queda abrogado simplemente porque nosotros no nos sentimos muy inclinados a ejercer este don. Puede que yo no sea un evangelista muy capacitado, sin embargo, yo estoy obligado a hacer obra de evangelización.

Los dones y el llamamiento de Dios

Dios nunca pide a una persona a hacer algo que no pueda en absoluto. Hay veces cuando puede pedir a una persona hacer algo que El piensa que no puede hacer. Dios pidió a Moisés presentarse delante de Faraón en favor del pueblo de Egipto. Sintiendo muy inapto para ello, Moisés, respondió a Dios: «Señor, yo no soy hombre para esto». Pero Dios le aseguró que sí, que había escogido a la persona adecuada, y que le dotaría de los dones adecuados para cumplir su tarea.

Los dones y el llamamiento de Dios siempre van mano a mano. La mayoría de las iglesias tienen alguna forma de ordenación para sus pastores, generalmente precedida por un examen del Concilio. El Concilio examina a la persona para ver si tiene aquellos dones y el entrenamiento necesario para la obra del ministerio. La persona dice a la Iglesia: «Yo me siento llamado por Dios para ser pastor.»

La Iglesia responde: «Debemos examinarte para ver si concurren en ti los dones y el llamamiento necesario.»

La ordenación, entonces, es un reconocimiento del hecho de que los dones y el llamamiento de Dios van juntos.

Es imperativo que pronto, en el proceso disciplinario, la persona empiece a ver sus dones y desarrollarlos. Su llamamiento para la vida debe estar en armonía con cualesquiera que sean sus dones. Hay muchos cristianos inseguros acerca de la obra de su vida, simplemente porque no están seguros de sus dones. La vida del discípulo es una vida de plenitud, porque está comprometida en la tarea más satisfactoria e interesante que la vida puede ofrecer, que es el transformar a otras personas a la imagen de Jesucristo.

Para experimentar esta plenitud, sin embargo, la vida del discípulo debe estar de acuerdo con el camino que Dios le ha trazado. Su función está en armonía con sus dones. Por encima de todo el entrenamiento de un discípulo debe incluir el ayudarle a descubrir y desarrollar sus dones.

11

Multiplicando sus esfuerzos

En el año 1945 un grupo de científicos eminentes se reunieron en un extraño lugar del desierto de Nuevo Méjico para probar los resultados de muchos y largos meses de búsqueda. El éxito de su prueba podía ser de inestimable significado. Podía ser la clave para terminar una guerra larga y costosa. Iban a hacer la primera prueba de una bomba atómica.

La energía atómica, ora en forma de armas nucleares, o para centrales productoras de valiosa energía, ha dado nueva forma al progreso de la civilización desde los oscuros días de Hiroshima y Nagasaki. El principio básico del mecanismo de una bomba atómica es simple. Electrones que se mueven rápidamente producen la fricción que ha de tener lugar dentro de la bomba. Al golpear el neutrón al núcleo de una substancia radioactiva, tal como el uranio, lo hace romper formando dos nuevos núcleos diferentes y dando lugar a tres neutrones más. Cada uno de estos tres neutrones puede dar lugar a un nuevo núcleo y repetir el proceso. Al romperse estos núcleos se produce energía. Tiene lugar una reacción en cadena y la energía desatada toma la forma de una explosión.

Hay un poder explosivo en la multiplicación, un poder que el discípulo puede ver desatada en el Evangelio de Jesucristo.

El principio de multiplicación

La multiplicación es una de las leyes fundamentales del Universo. Las ovejas, el ganado, las bestias salvajes, las aves, las flores y las bacterias, todo actúa de acuerdo con el principio de multiplicación. La multiplicación es el modo de Dios de hacer las cosas.

En Génesis 1:28 leemos: «Y les bendijo Dios y les dijo "Creced y multiplicaos y llenad la tierra y sub-yugadla, y dominad sobre los peces de la mar y sobre las aves de los cielos y sobre toda cosa viviente que se mueve sobre la Tierra".»

En este versículo hallamos el primer mandato que Dios dio al hombre. Un mandato de multiplicarse. Este es el único mandato que Dios nos ha dado, que siempre hemos sido capaces de guardar. El hombre, ciertamente, se ha multiplicado sobre la faz de la Tierra.

Numéricamente es así. Si unos padres tienen dos hijos mantienen el status quo, o sea, no hay crecimiento en la población, pero si los padres tienen tres o más hijos la población empieza a multiplicarse, cuantos más hijos más aprisa tiene lugar el proceso de multiplicación.

Hay un coste relacionado con la multiplicación. Todos los padres saben que la reproducción es costosa. Cuantos más niños tengáis tanto más costará criarlos; hay más decisiones a tomar; hay más probabilidades de que alguna enfermedad haga presa en algún miembro de la familia; hay mayor probabilidad de dificultades y ansiedad para toda la familia

Ciertamente, mayor número de hijos significa mayor tiempo empleado en su cuidado.

Para el salmón el coste de la multiplicación es su propia vida. El salmón nada corriente arriba, pone sus huevos en la arena y muere. También el grano tiene que morir para reproducirse, Jesús dijo: «De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere el sólo queda, pero si muriere lleva mucho fruto» (Juan 12:24).

En la bomba atómica además del tremendo costo financiero hay el coste de los mismos átomos, éstos tienen que ser destruidos y quebrantados para producir su efecto. El coste envuelto en la multiplicación puede ser visto también en el hecho de que es, inicialmente, más lento que en el proceso de adición. Esto es particularmente importante cuando lo aplicamos al cumplimiento de la Gran Comisión. Supongamos que un discípulo de Cristo bien dotado puede llegar un alma a Cristo diariamente, al cabo del año habrá llevado 365 personas a Cristo. Pero suponed a otro discípulo poco dotado que en un año sólo ha sido capaz de convertir a una sola persona; pero que además de convertirle lo ha educado como discípulo, ha orado con él, le ha enseñado como alimentarse de la Palabra de Dios, le ha puesto en comunión con creyentes espirituales y le ha enseñado a presentar el Evangelio a otras personas. Al fin del primer año este nuevo convertido ha sido capaz de llevar a otra persona a Cristo, y la ha enseñado a servirle como él fue enseñado.

Al final del segundo año el discípulo ha doblado su ministerio. Durante el segundo año los nuevos convertidos cada uno ha hecho lo mismo, al final del segundo año son 4 las personas que han sido ganadas para Cristo. Podemos ver que al principio este proceso es lento, pero notad que se trata aquí no sólo de convertidos sino de discípulos capaces de reproducirse. A esta proporción de doblar cada año, el discípulo que llevó una sola alma a Cristo habrá superado al cabo de 19 años al evangelista capaz de llevar más de 300 personas a Cristo cada año. Desde entonces el ministerio multiplicador se propagará mucho más que

el de varios evangelistas bien dotados y capaces de llevar millares de almas a Cristo, pero que no los educan como discípulos capaces de multiplicarse.

Esto no significa que no haya necesidad del ministerio de un evangelista, pero sí que un evangelista, por sí sólo, no puede realizar la tarea de alcanzar a un mundo perdido.

Es como aquel padre que ofreció a sus dos hijos elegir entre recibir un dólar cada semana o un centavo la primera semana, dos la segunda, cuatro la tercera y así doblando la cantidad anterior durante un año entero. El hijo más egoísta que prefirió un dólar tuvo al cabo del año 52 dólares; pero el que eligió un centavo había obtenido millares de dólares, de modo que el padre no pudo pagarle, pues habría necesitado una fortuna igual a la deuda pública de los Estados Unidos.

Dios quiere que los mismos principios que obran en el mundo físico sean aplicados a la esfera espiritual. La razón del porque la Iglesia de Jesucristo encuentra tan difícil hoy día cumplir la Gran Comisión, es porque la población del mundo está multiplicándose, mientras que la Iglesia solamente está sumando. La suma nunca puede alcanzar a la multiplicación. Hace algún tiempo en una exposición en el Museo de Ciencias e Industrias de Chicago se puso un grano de trigo en el primer decímetro cuadrado, dos en el segundo, 4 en el tercero, 8, 16, 32, 64, 128, etc. En el último decímetro cuadrado del pizarrón había un montón tal de granos que no podía ser contenido en el espacio de su decímetro correspondiente, al final había un letrero que decía: ¿Cuántos granos de trigo creen ustedes que habría en la multiplicación 64? Para hallar la respuesta bastaba con apretar un botón y salía de una computadora suficientes granos para cubrir todo el continente de la India en un grueso de 50 pies.

La multiplicación puede ser difícil en los períodos iniciales; aún más lenta que la adición, pero es el medio más efectivo para

cumplir la Gran Comisión de Cristo, prácticamente el único medio efectivo.

La calidad es la clave de la multiplicación

La clave para el éxito de la multiplicación es educar al discípulo de un modo profundo. Cada vez que una persona falla en ser un reproductor espiritual, se reducen grandemente las posibilidades finales.

Uno de los objetivos de Adolfo Hitler fue la destrucción de la raza judía, pero su empeño falló. El proceso de multiplicación había seguido por tantos años que cuando Hitler apareció en escena era imposible; en cambio si hubiese estado con Abraham en el monte Moriah y hubiese podido tomar el cuchillo y hundirlo en el cuello de Isaac, habría destruí-do toda la raza judía de un solo golpe. Hoy día la explosión nuclear se usa para producir energía. Este uso crecerá incesantemente durante los próximos años. La reacción nuclear es controlada cuando se realiza para usos industriales introduciendo una serie de bastones de grafito en la cámara de reacción. Esto disminuye el proceso de multiplicación impidiendo una explosión prematura. Mientras que la Iglesia de Jesucristo trata de multiplicarse el diablo ha estado injertando siempre sus varitas de grafito para disminuir el proceso. Una de las formas que Satanás emplea fue indicada por Jesucristo: «Los cuidados de este mundo, el engaño de las riquezas y las codicias de otras muchas cosas ahogan la Palabra y la hacen infructuosa» (Marcos 4:19).

Notad que el apóstol Pablo dice a Timoteo, su hijo en la fe: «Y las cosas que tú has oído de mí en presencia de muchos testigos, confía a hombres fieles que serán capaces de enseñar también a otros» (2 Timoteo 2:2).

Aquí aparecen claramente cuatro generaciones, Pablo, Timoteo, hombres fieles a quien Timoteo entrenó, y también otros. La multiplicación está asegurada

tan sólo cuando hay un adecuado entrenamiento de personas fieles que puedan llevar el proceso educativo a sucesivas generaciones.

Es fácil ver que el proceso de entrenamiento necesario para asegurar la multiplicación es lento y costoso. Toma una gran cantidad de tiempo y donde quiera que hay un corte se perjudica grandemente todo el proceso. He aquí porque el ministerio de multiplicación de los discípulos nunca ha sido popular. Todo el mundo quiere los resultados que produce, pero pocos están dispuestos a pagar el precio para obtener tales resultados. Un amigo mío con quien yo estaba hablando del ministerio de hacer discípulos me dijo: «Yo estoy en el proceso de educar a 50 personas ahora mismo.» Aquí yo comprendí que él y yo estábamos hablando de dos cosas enteramente diferentes, pues es imposible entrenar a 50 personas a la vez. Los discípulos no pueden ser producidos en masa. Mientras estaba en la Tierra nuestro Señor Jesucristo, que era Dios en forma de hombre, que estaba dotado de poderes espirituales, que no tenía ninguna debilidad ni fallo, ni la responsabilidad de estar casado, o de regentar un negocio y todo el tiempo estaba entregado al ministerio, a pesar de todas estas ventajas comprendió que solamente podía educar, efectivamente, a 12 discípulos y aún de estos 12 de un modo más íntimo a 3. Si 12 era el número que nuestro Señor decidió, yo dudo mucho que nosotros, con todas nuestras limitaciones, podamos educar 50 discípulos a la vez.

En la segunda carta de Pablo a los Corintios explica que en una ocasión en que estaba empeñado en cierta tarea misionera, dio tanta importancia a un solo discípulo, que dice: «Por lo cual, cuando vine a Troas a predicar el Evangelio de Cristo y me fue abierta una puerta, no tuve reposo en mi espíritu porque no hallé a Tito, mi hermano, así que despidiéndome de ellos fui con ellos a Macedonia (2 Corintios 2.12-13).

Cuando Pablo vino a Troas no solamente el Señor le abrió una gran oportunidad para predicar el Evangelio, sino que dice también que la gente estaba dispuesta a escuchar, pero Pablo tenía un problema: no conocía en donde paraba su colaborador Tito, y a causa de esto rehusó la oportunidad de alcanzar la ciudad de Troas y salió en busca de su hermano Tito. Nosotros nos sentimos inclinados a pensar que hizo mal, porque permitía al sentimiento gobernar su juicio. Pero quizás el hallar a Tito era más importante que predicar a toda la ciudad de Troas, porque si Pablo alcanzaba a Tito y lo educaba, doblaría la efectividad de su ministerio y juntos podrían evangelizar dos ciudades como la de Troas en vez de una sola.

La importancia del individuo en el proceso de multiplicación puede ser visto también en Hechos 8; «Felipe que se cree ser uno de los 12 diáconos escogidos anteriormente (según Hechos 6) fue a la ciudad de Samaria y predicó el Evangelio y la gente de un acuerdo prestaba mucha atención a las cosas que Felipe decía, oyendo y viendo los milagros que hacía» (6). La campaña evangelística en Samaria tenía tanto éxito que algunos de los líderes de Jerusalén vinieron a dar su apoyo a aquella empresa. Sin embargo, en mitad de esta gran campaña evangelística, el Señor llamó a Felipe y le envió al camino desierto de Gaza para hablar a un solo hombre: Un eunuco etíope (vers. 25-26). Si Felipe podía multiplicar su ministerio por medio del eunuco entonces posiblemente este etíope podía venir a ser la llave para poder entrar en la nación de Etiopía. El ministerio de educar discípulos carece del esplendor y excitación de la plataforma o de grandes reuniones de masas, pero no podemos sobre enfatizar la importancia de invertir nuestros esfuerzos en la persona adecuada, que tiene visión, disciplina, y está consagrada enteramente a Jesús. El permanecer con una persona y ayudarla a vencer los obstáculos de venir a ser un discípulo, es una tarea larga y difícil.

A menudo yo he oído la excusa, yo no tengo el don para hacer esta clase de ministerio, o «Dios no me ha llamado a este trabajo». La Gran Comisión dada en Mateo 28:19-20, dice: «Por tanto ir y enseñad, haced discípulos en todas las naciones. Se necesita un maestro experimentado en hacer discípulos para prepararlos efectivamente. Teóricamente la Iglesia siempre ha creído que la Gran Comisión no fue dada a un gran número de personas selectas, sino a todos los creyentes. Si esto es verdad, entonces, todos los creyentes deben ser hacedores de discípulos, o para decirlo en otras palabras: Estar empeñados en la tarea de educar discípulos. Sean cuáles fueran nuestros dones o nuestro llamamiento, todos los hombres y mujeres cristianos deberían ser hacedores de discípulos.

Cada cual tiene los dones necesarios para ser un hacedor de discípulos. Usted puede ser un maestro, o un ama de casa, o un ingeniero, pero sea cual sea su ocupación usted puede ser un hacedor de discípulos. Si no lo somos, entonces le sugeriría que hiciera lo mismo que hizo Timoteo con Pablo, o que Pedro, Santiago y Juan hicieron con el Señor Jesús. Póngase en contacto con un buen hacedor de discípulos, apóyese en él, aprenda el cómo se hace para desarrollar esta cualidad tan necesaria y reproducirse usted mismo en las vidas de otros. Cada cristiano debería hacerse dos preguntas: ¿Quién es mi Pablo? ¿Quién es la persona a la cual yo puedo recurrir para enseñarme a ser un hacedor de discípulos? Y en segundo lugar: ¿Dónde está la persona que yo tengo que ayudar a mi vez para venir a ser un educador de discípulos?

Ilustraciones bíblicas de la multiplicación

Jacob tuvo 12 hijos nacidos en Palestina. La Biblia nos dice que se multiplicaron y llenaron la tierra de Egipto. «Y los hijos de Israel se multiplicaron y fructificaron y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó la tierra» (Éxodo 1:7).

Jesús escogió del mismo modo 12 personas para que fueran sus hijos espirituales, y gastó tres años de su vida en prepararlos y les dijo que tendrían que llevar mucho fruto y esparcir el Evangelio a toda criatura. Usted y yo somos cristianos hoy día porque aquellos 12 hombres escogidos obedecieron a la visión de Jesús, e hicieron lo que les mandó. La reproducción espiritual es un hecho.

El deseo de Pablo en su segundo viaje misionero era predicar el Evangelio por toda el Asia, pero en Hechos 16:6-11 se nos dice que el Espíritu Santo le impidió de hacerlo, y finalmente les impulso a la ciudad de Troas. Allí Pablo recibió la visión de ir a Macedonia a predicar el Evangelio y, de este modo, al serle impedido por el Espíritu Santo predicar el Evangelio en Asia, Pablo y su grupo salieron hacia el lugar que hoy es llamado Europa.

Observad ahora lo que ocurrió a Pablo en su tercer viaje misionero como nos es referido en Hechos 19. Pablo estaba otra vez en Asia; esta vez en la ciudad de Éfeso. En los vers. 8-10 se nos dice: «Y fue a la sinagoga y habló osadamente por espacio de tres meses disputando y persuadiendo las cosas referentes al reino de Dios, pero cuando diversos hombres endurecidos no creyeron, sino que hablaron mal del camino que Pablo predicaba ante toda la multitud, él partió de ellos y separó a los discípulos, llevándolos a la Escuela de un cierto Tirano discutiendo cada día con ellos sobre la Palabra de Dios. Así que de los que vivían en Asia todos oyeron la Palabra del Señor Jesús, tanto judíos como griegos.»

Aquí tenemos una hermosa ilustración de la multiplicación espiritual. Porque por el ministerio instructor de Pablo en la escuela de Tirano, todos los que estaban en la provincia de Asia pudieron oír la Palabra del Señor Jesús e inmediatamente añade: Tanto judíos como griegos.

Aquí tenemos una bella ilustración de la multiplicación espiritual. Por el ministerio de hacer discípulos que Pablo ejerció en la escuela de Tirano, todas las personas de Asia oyeron del Señor

Jesús, y para hacerlo más enfático Lucas añade: «Tanto judíos como griegos.»

La multiplicación de los discípulos es la visión y el método del Nuevo Testamento. No hemos podido hacer este capítulo más extenso, pero la multiplicación según las Escrituras puede ser un estudio tópico que usted mismo podría hacer. Si lo hace, verá cuan provechoso es.

El discipulado no es el ministerio de cualquier organización particular de la Iglesia, es el ministerio de Dios. Ha estado en su divino corazón desde el principio del tiempo. Del mismo modo que El estableció la propagación física de la raza humana sobre la base de propagación, de igual manera ha establecido la propagación espiritual de la raza humana sobre la base de la multiplicación. Pero a causa de la batalla espiritual implicada en esta empresa muchos hacedores de discípulos se han descalificado a sí mismos. El clamor de Dios al profeta Ezequiel en su día fue: «Busqué entre ello a hombre que hiciese de vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí en favor de la tierra, para que yo no la destruyese, y no lo hallé.» ¿Ha oído usted este grito? ¿Será usted el hacedor de discípulos para Dios?

12

Escogiendo un objetivo para la vida

Webster define un objetivo como un «propósito o fin de la acción. Un punto que ha de ser alcanzado».

Un antiguo proverbio dice: «El que nada desea nada obtiene.» Necesitamos una vida de propósito y objetivo.

Su vida puede ser representada por una línea recta que tiene su origen en el nacimiento y una flecha en el lado opuesto, indicando el tiempo desconocido de su muerte. Ninguno de nosotros sabe cuan larga será su vida, pero supongamos para el caso que usted ha vivido 20 años o así, y tiene aproximadamente 40 años delante de usted.

Aquí está la pregunta: cuando usted venga al fin de estos 40 años, si no tiene más que la muerte delante y nada más que memorias detrás, ¿qué necesitará ver para poder llegar a la conclusión: «Mi vida ha sido un éxito»? ¿Un éxito?

Pienso que usted no querrá esperar a haber llegado al fin de estos 40 años que le quedan hasta que pueda responder a semejante pregunta; porque en tal caso su vida sería sin dirección, propósito u objetivo. Asegúrese de responder a esta pregunta de un modo

específico, pues cuanto más específico usted sea en la respuesta, mejor oportunidad tendrá de alcanzar su objetivo.

El Señor Jesús pudo responder positivamente, pues dijo a Dios el Padre: «Te he glorificado en la Tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (Juan 17:4). Dos veces en su ministerio el Señor dijo: He acabado, una fue en la cruz, y ésta se refiere naturalmente a la obra de la redención, pero antes, cuando estaba orando en el jardín de Getsemaní, dijo: «He acabado». Aquí se está refiriendo a su ministerio terreno. Más de 40 veces en el capítulo 17 de Juan se refiere El a sus discípulos, que eran su ministerio inmediato. Inmediatamente hace referencia a estos 12 hombres que ocuparon tres años de su vida; y en el contexto dice: «He acabado la obra que me diste que hiciese. En esencia el Señor Jesús estaba mirando al Padre y diciéndole: ¡Oh, Dios mío!, todo lo que tenías en tú corazón para mi vida lo he hecho.»

Cuando usted tenga que morir ¿será capaz de mirar a Dios Todopoderoso y decir: ¡Oh, Padre!, todo lo que tú tenías en tu corazón para mi vida lo he cumplido, he terminado la obra que me diste que hiciese? Si no lo puede decir con toda seguridad, le ruego, por lo que más quiera, que no dé reposo a su corazón hasta que haya puesto su vida en línea con este propósito.

Otro hombre que pudo ser capaz de decir algo semejante fue el apóstol Pablo, quien declara: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor; juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.» (2Tim. 4:7 y 8).

Poco antes había dicho: «Yo estoy ya para ser ofrecido y el tiempo de mi partida está cercano» (v. 6). Cuando el tiempo de su partida esté cercano ¿podrá usted decir con el apóstol Pablo «he terminado la carrera; he hecho lo que tú querías que hiciese?»

Cuando yo estaba en el colegio buscaba un propósito de significado para mi vida; existía un gran vacío dentro de mí, yo no

podía decir lo que era, pues no lo sabía; pero sabía que tal vacío existía. Entonces encontré a mi amigo Bob quien me hizo comprender que aquel vacío podría ser llenado por la persona de Jesucristo. El Dios Todopoderoso quería entrar en mi vida y tomar residencia en ella y esto fue un maravilloso nuevo concepto para mí.

Cuando oí al señor Bob explicar las Escrituras pensé dentro de mí mismo, Henrichsen has sido un tonto de rechazar esta oferta. Aquí está Dios el Creador, el Hacedor de cielos y Tierra, el único que formó las estrellas del cielo y dio existencia en la Tierra a todas las cosas maravillosas que nos rodean, y según la Biblia, Él está queriendo entrar en tu vida y tomar residencia en ella.

Así que una noche entré en la habitación de mi amigo Bob; me puse de rodillas, oré y recibí a Cristo. Sólo muy ligeramente comprendía lo que estaba haciendo, pero cuando me levanté era un hombre nuevo y lo he sido desde entonces.

El vacío estaba llenado.

Entonces empecé a hacerme preguntas: ¿Qué es lo que realmente vale en la vida? ¿Qué es lo realmente importante? ¿Por qué motivo debería yo dar mi vida? Hice una búsqueda intensiva en mi Biblia por esta respuesta.

Vine a encontrarme con 2 Pedro 3:10: «Mas el día del Señor vendrá como ladrón de noche, en el cual los cielos pasarán con grande estruendo y los elementos ardiendo serán desechos, y la Tierra y las obras que en ella están serán quemadas.» Yo era entonces ingeniero; director de una empresa de ingeniería. La razón por la que yo era ingeniero es porque había trabajado antes en una empresa constructora en las montañas de Sierra Nevada. Era una empresa dura.

Mi objetivo de ser ingeniero civil y construir puentes, diques y carreteras permaneció hasta que me di cuenta de 2 Pedro 3:10: «Fue un gran choque para mí el comprender que todo lo que yo había planeado y edificado Dios lo destruiría. Quiero que sepáis

que esto me desalentó mucho. ¿Para qué edificar un puente si Dios tendría un día que destruirlo, no valía la pena, ¿para qué dar mi tiempo y mi esfuerzo a construir cosas que Dios ha dicho que lo tendrá que quemar?» Leyendo más la Biblia quedé aún más desalentado cuando leí: «Pero grande ganancia es la piedad con contentamiento, pues nada hemos traído a este mundo y nada podremos sacar, así que teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto.» (1 Tim. 6:6-8). Este fue el cuadro que se presentó a mi imaginación: Yo he venido al mundo con las manos vacías, edifico puentes y pantanos, pero Dios viene detrás y lo quema todo. Yo tengo que dejar el mundo y me quedo con las manos vacías. ¡Qué desencanto!

Así que yo oré: «Señor, Dios, no quiero dar mi vida para nada. ¿Por qué gastar 70 años en algo y descubrir que tú lo vas a quemar y me llevarás con las manos vacías?

Sin duda, debe haber algún propósito, algo de significado, alguna dirección para una vida humana; sin duda, debe haber algo que Dios no tiene el propósito de quemar. Continué con mi investigación en las Escrituras y por su gracia encontré la primera cosa en Juan 5:28-29, donde dice: «No os maravilléis de esto, porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida, más los que hicieron lo malo a resurrección de condenación.» Al final del tiempo ¿quiénes van a resucitar? Los que han hecho bien y los que han hecho mal. Cada cual para existir para siempre.

He hablado con personas que dicen que no creen en la resurrección. Dicen que no quieren ser resucitados. Yo les he respondido: «Amiguito, tú vas a resucitar lo quieras o no lo quieras.» He oído quienes me han dicho: «Quizá sí que soy un mal sujeto y Dios me aniquilará.» Pero yo os digo que no va a ser así; buen o mal sujeto resucitarán, unos para mejor y otros para peor; pero la gente humana ha de vivir para siempre.

La segunda cosa que permanece para siempre se menciona en Isaías 40:8: «Sécase la hierba, cáese la flor, pero la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre.» Dios dice que la hierba y las flores van a morir, pero no la Palabra de Dios. Hay otras cosas eternas, Dios, ángeles, las virtudes como el amor, por eso yo quería algo permanente, algo que pudiera unir a mi vida, que le diera sentido; algo en favor de lo cual yo pudiera gastar mi vida; así que buscando los verdaderos objetivos de la vida descubrí que podía darme yo mismo a la gente y a la Palabra de Dios, sabiendo que Dios no vendría detrás a quemarlo, pues nos ha informado ya de que se trata de algo eterno. Jesús dijo: «Trabajad no por la comida que perece, sino por la que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre es dar, pues para esto le envió el Padre que es Dios» (Juan 6:27).

Esto no significa que una persona no pueda ser maestro, ama de casa, hombre de negocios, e incluso edificar puentes. Estar implicado en tales vocaciones puede ser de perfecto acuerdo con la voluntad de Dios para esta vida, pero no permita Dios que usted dé su vida, simple y únicamente, a cambio de estas cosas de poca importancia.

El apóstol Pablo hacía tiendas para ganar su sustento. Si hubieseis comprado alguna de ellas estoy seguro que hubieseis tenido un buen abrigo, pues el mismo Pablo lo dijo: «Y todo lo que hagáis sea de palabra o de hecho hacedlo de todo corazón, como al Señor y no para los hombres» (Col. 3:23). Pero recordad que Pablo no tenía como objetivo de su vida ser constructor de tiendas, sino emplear su vida en favor de la gente. ¿Qué queda de aquellas tiendas hoy?

Otro versículo me impresionó: «Porque la porción de Jehová es su pueblo, Jacob la heredad que le tocó» (Deut. 32:9).

Vosotros y yo conocemos a personas que están esperando que alguien se muera para obtener su heredad. El Dios Todopoderoso puede escoger por heredad, cualquier cosa que desee; si no existe

bastaría que El hablase y vendría a existir, pues los cielos fueron hechos por la Palabra de Dios y por el aliento de su boca el ejército de ellos» (Salmo 33:6). Así que ¿a cuál de las cosas que El mismo ha creado, da El mismo la máxima importancia? A la gente, al pueblo. ¿No es fantástico?

Que de todo lo que existe, o pueda existir, el Dios Todopoderoso ha escogido a seres humanos como heredad suya. Teniendo esto en mente, considerad el texto de Isaías 43:4: «Porque a mis ojos fuiste de gran estima, fuiste honorable, yo te amé, daré pues hombres por ti y naciones por tu vida.» Aun cuando Israel es el objeto inmediato de este pasaje y Dios está hablando de dar órdenes a favor de Israel, el principio puede ser aplicado a nosotros también. Esto es, nuestras vidas pueden ser dadas por causa de alguna persona que sea un vaso escogido de Dios (como lo era Israel). Así que ganando a la gente tenemos la misma heredad que Dios ha escogido para sí. Como lo dijo Jesús en otras palabras: «Seguidme y os haré pescadores de hombres» (Marcos 4:19).

Algunas personas dan su vida a cambio de dinero, de propiedad o muchas otras cosas; sin embargo, Dios dice que todas estas cosas van a ser quemadas, pero nos da la fantástica promesa de que nuestra heredad puede ser igual que la suya, podemos «pescar hombres». Esta es la promesa que debéis mantener a través de toda vuestra vida. Dad vuestra vida a cambio de gente.

¿Qué significa dar la vida a cambio de gente? El apóstol Pablo escribe: «Tan grande es nuestro afecto por vosotros que hubiéramos querido entregaros, no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque habéis llegado a sernos muy queridos» (1.ª Tes. 2:8). Esto significa vivir para otras personas. Cuando Pablo fue a Tesalónica no solamente les impartió el mensaje del Evangelio, sino que estaba dispuesto a dar su vida por ellos, porque le eran queridísimos.

Dar la vida por las gentes significa vivir para el propio bien de ellos. Esto no es simplemente formar parte de comités o de planes de trabajo, sin ninguna entrega de su corazón, no hay apenas coste relacionado con esto, pero cuando dais nacimiento espiritual a un individuo no podéis hacerlo de un modo casual, tenéis una responsabilidad con aquella persona; esto es costoso y es la razón por la que mucha gente prefiere trabajar en un comité que tomar parte personal en la vida de otras personas.

Un muchacho creció en una familia con varios otros hijos. Vivían en el campo, porque sus padres creían que sus hijos podían aprender más sus propias responsabilidades allí, y esto significaba trabajo duro para los padres y para los hijos y una vida sin muchos de los lujos sociales. La familia tenía amigos íntimos que eran sin hijos, y vivían en una gran ciudad cercana. Cada año, estos amigos tomaban a estos niños para estar un día con ellos. Desde la mañana hasta la noche les llevaban a parques de diversión, al zoo y a comer en restaurantes.

Viajando en el tren después de un día de tanta excitación y placer, el muchacho comparaba las dos familias y su estilo de vida. Su propia familia criando hijos y trabajando duro, teniendo vacaciones muy limitadas. En cambio, los otros disfrutando de un hermoso piso, comida, teatro, poco trabajo, buenos fines de semana y largas vacaciones. Y al pensar esto decidió que cuando se casara iba a copiar el sistema de vida de los amigos de sus padres. Pero cuando se casó vio las cosas de otra manera; comprendió la diferencia que había entre un matrimonio confortable sin hijos y un matrimonio costoso pero con hijos. La diferencia era la reproducción. De igual modo hay una diferencia entre un cristianismo cómodo y un cristianismo costoso y es la reproducción espiritual.

Cuesta algo interesarse por las vidas de las demás personas; he aquí por qué no hay un interés muy grande en aceptar la oferta

de Dios de dar nuestras vidas a cambio de las personas, como El mismo lo hizo.

Otra promesa fantástica en la Biblia se encuentra en Isaías 58:10-12: «Y si dieres tu pan al hambriento y saciares el alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía; Jehová te pastoreará siempre y en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos y serás como huerto de riego y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas, los cimientos de generación y generación levantarán, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar.»

Aquí hay toda una lista de promesas que Dios da, pero todas están condicionadas a un sí. Sí, ¿qué es? Si dieres tu pan al hambriento y saciares al alma afligida. Vivimos en una edad en la cual hay muchas almas hambrientas y afligidas. Las oportunidades para saciarlas son legión. Magníficas oportunidades para entrar en las vidas de otra gente e influenciarlas para el bien. Yo encuentro que cada vez que un individuo se presenta delante de Dios diciendo: «Señor, éste va a ser mi objetivo; yo voy a dar mi vida a la gente, yo derramaré mi alma a los afligidos y satisfaré a los hambrientos», nunca le faltarán oportunidades para hacerlo.

Cuando corra la voz de que estás interesado en la gente, vendrán a llamar a tu puerta; tu teléfono sonará a menudo, tu casa puede venir a ser como una gran estación central; puede que la gente espiritual-mente necesitada y hambrienta te rodee. No necesitas ser un individuo muy bien dotado para hallarte rodeado de personas que te necesitan. Simplemente escúchales, esto es todo. No necesitas ser un consejero muy capacitado; quedarás maravillado de ver cuánta gente necesita hablarte y encontrarás muchas almas hambrientas y afligidas esperando respuesta.

Cuando tú te entregues a otra gente de esta manera, vendrás a ser un colaborador con Dios en la segunda creación. Esto es cierto. Dios creó el cielo y la tierra e hizo todo lo que existe, pero

vino el pecado y Dios dijo: «Tendré que destruir todo lo que he creado y volver a crearlo, solamente que esta segunda creación va a ser mucho mejor que la primera. Tan magnífica que voy a permitir que mi pueblo trabaje conmigo en esta gran empresa.»

Cuando tú entregas tu vida por la vida de los demás, compartes con ellos las inescrutables riquezas del Evangelio de Jesucristo y vienes a ser envuelto en sus preocupaciones, entonces te conviertes en un colaborador de Dios en una creación mucho más grande que la primera.

Sin embargo, la gente se deja perder tal oportunidad día por día. Un hombre que quería ayudar a algunos otros hombres a empezar un estudio bíblico, me pidió si quería ayudarlo. A causa de aquellos hombres que trabajan muy de mañana, decidimos reunimos a las 5 de la mañana, una vez por semana, en casa de uno de los amigos de mi amigo.

La noche antes de la primera reunión fui a casa de este hombre con los materiales para el estudio bíblico para ver cómo teníamos que empezar. Cuando entré sentí inmediatamente que algo no funcionaba; el aire era tenso, pues su esposa estaba presente y antes de poco empezó a quejarse diciendo que ella no quería que viniesen otros hombres a sentarse sobre su mobiliario, derramando café y migajas de pasteles sobre su alfombra. Además, las 5 de la mañana era un tiempo inoportuno y no veía por qué la familia tenía que despertarse para que estos hombres pudieran tener su estudio bíblico. Su voz empezó a temblar y lágrimas corrieron por sus mejillas y estuvo a punto de darle un ataque de histerismo. Al escucharla yo oré en silencio: ¡Oh, Dios mío, líbrame de la maldición de creer que el mobiliario de mi cuarto de estar es más importante que la gente!

¿No son las vidas de la gente infinitamente de mucho más valor que el mobiliario y la alfombra, que Dios ha dicho que algún día se tendrá, que quemar? Porque el interesarse por la vida de otros es costoso, pocos, muy pocos, lo toman en consideración. Cuesta

tiempo, sí, tiempo de nuestra vida. Es posible que tu teléfono suene a medianoche con la voz de algún alma apurado buscando respuesta a sus necesidades. Puede costarte la vida, pero ten en cuenta que tu vida no es tuya propia.

« ¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques. He aquí que yo traigo mal sobre toda carne —dice Jehová—; pero a ti te daré tu vida por botín en todos los lugares donde fueres» (Jeremías 45:5).

Jesús dijo: «Cualquiera que quisiere salvar su vida la perderá, pero el que la perdiere por causa de mí éste la salvará» (Lucas 9:24). Yo someto a vuestra consideración que no hay mayor objetivo en la vida que darla en favor de otros.

